



GALAXIA
Ciencia-Ficción

FASCINANTES RELATOS DEL ESPACIO Y TIEMPO,
ESCRITOS POR UNO DE LOS ACTUALES MAESTROS
DE LA CIENCIA FICCIÓN

**ALAN
E. NOURSE**

EN LA

RATONERA

ALAN E. NOURSE

Primera colección de relatos del autor.



Alan E. Nourse

En la ratonera

Galaxia - 32

ePub r1.0

Titivillus 31.05.16

Título original: *Tiger by the Tail*
Alan E. Nourse, 1951
Traducción: Luis Enrique de Juan

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



UN TIGRE POR LA COLA

El departamento de los grandes almacenes estaba tan lleno de gente —debido a las rebajas de fin de temporada— que era sorprendente el haberla visto. La vendedora, en el mostrador, se hallaba muy atareada en el otro extremo, y la mujer se hallaba igualmente atareada en su propio extremo, trasladando objetos del mostrador a su ancho bolso negro. Kearney la observó alarmado durante varios minutos antes de llamar al detective de la otra sección.

—¡Mire a esa mujer! —dijo—. Está disponiendo de todos esos objetos como si el establecimiento fuera suyo.

—¿Una cleptómana? ¿A qué esperamos? —preguntó el otro—. Vamos a hablar con ella.

Kearney se rascó la cabeza.

—Obsérvela por un minuto. Pasa algo raro.

Permanecieron observándola. La mujer estaba en pie junto al mostrador de artículos de cocina y sus manos se movían por encima de las mercancías que había en un estante. Cogió tres cortadores de tarta y los metió en su bolsa. Siguieron dos anchos moldes de tarta y un triturador de patata, y luego una pequeña alacena para tartas, dos pequeños botes y una gran cacerola de aluminio.

El segundo detective la miraba con expresión de incredulidad.

—Está cogiendo suficientes cacharros para llenar un almacén. Y los mete todos en ese bolso. Kearny, ¡toda esa chatarra no puede entrar en un bolso!

—Ya lo sé —contestó Kearny—. Vamos.

Se acercaron a la mujer avanzando cada uno por un camino distinto, y Kearny la cogió suavemente del brazo.

—Nos gustaría hablar con usted, señora. Haga el favor de acompañarnos en silencio.

La dama alzó un rostro carente de toda expresión.

—¿Qué quieren ustedes decir? —preguntó.

—Hemos estado observando durante quince minutos cómo llenaba usted ese bolso.

—¿Este bolso? —preguntó aturdida la dama.

Kearny le quitó el bolso del brazo, lo abrió, echó una mirada a su interior y lo sacudió alarmado. Luego, muy sorprendido, abrió los ojos de par en par.

—Jerry, mire esto.

Jerry lo miró y cuando intentó hablar, no encontró palabras. El bolso estaba vacío.

Frank Collins estacionó su coche frente al Instituto de Física, siendo introducido, tras de pasar por la prueba de la huella digital, en el ala del laboratorio. Evanson salió a su encuentro en el corredor.

—Me alegro que haya usted venido —dijo Evanson sombríamente.

—Escuche, John, ¿qué es todo eso sobre un bolso? Espero que no me haya gastado usted una broma.

—Nada de eso —afirmó Evanson—. Espere a verlo.

Condujo al otro hasta una de las más amplias secciones del laboratorio. Collins, intranquilo, echó una mirada a los brillantes paneles de control, a los gigantescos generadores y elevadores de tensión, al panel de los relés con sus brillantes tubos y sus enredados hilos.

—No comprendo para qué me ha llamado usted. Yo soy ingeniero mecánico.

Evanson se dirigió a un pequeño despacho inmediato al laboratorio.

—También saca usted a la gente de apuros. Reúnase con el equipo investigador, Frank.

Los del equipo investigador llevaban máscaras, lentes y una caperuza. Collins hizo un ademán de asentimiento y miró el bolso que había sobre la mesa.

—Me parece igual a cualquier otro bolso —dijo, y al cogerlo le pareció que pesaba como cualquier otro bolso—. ¿Qué hay dentro de él? —preguntó.

—Usted nos lo dirá —contestó Evanson.

Collins abrió el bolso. En su interior había una extraña oscuridad. Cerca de la abertura se veía un cerco metálico de tono mate. Collins lo volvió boca abajo y lo sacudió. Nada cayó de él.

—No meta la mano en su interior —le advirtió Evanson—. No ofrece seguridad. Alguien lo hizo y perdió su reloj de pulsera.

Collins levantó la mirada. En su simpático rostro había curiosidad.

—¿De dónde sacaron ustedes esto?

—Hace unos días, un par de encargados de sección atraparon a una ladrona en los almacenes Taylor-Hyden. La mujer se proveía de batería de cocina y estaba llenando su bolso. La cogieron in fraganti, pero cuando quisieron sacar del bolso la batería de cocina, no encontraron nada. Uno de ellos perdió su reloj de pulsera buscando en el interior del bolso.

—Sí, pero... ¿cómo llegó a ustedes el bolso?

Evanson se encogió de hombros.

—Llevaron a la mujer al departamento psiquiátrico de la policía, naturalmente. Ella negó incluso que hubiera visto nunca aquel bolso. Y cuando los muchachos de la policía observaron el bolso, nos llamaron a escape. Ahora verá usted por qué.

Evanson tomó un metro rígido y empezó a meterlo en el bolso. Penetró unos diez centímetros, o sea hasta el fondo del bolso...

¡Y siguió penetrando!

El metro no encontró fondo. Ni siquiera se notaba su bulto en el bolso.

Collins lanzó una exclamación.

—¡Santo cielo! ¿Adonde se va el metro?

—Quizás se vaya a alguna otra parte. Otra dimensión. No lo sé.

—¡Tonterías!

—¿Qué otra cosa puede ser, entonces? —preguntó Evanson, apartando el metro—. Además, haga usted lo que haga, no puede sacar el forro fuera.

Collins contempló el oscuro interior del bolso. Con cautela, metió un dedo, frotó el anillo metálico, lo arañó con una uña. Una débil línea apareció.

—Esto es aluminio —afirmó—. Un círculo de aluminio.

Evanson asintió con un movimiento de cabeza.

—Todos los objetos que la mujer robó eran de aluminio —dijo—. He aquí por qué le hemos llamado. Usted es ingeniero y entiende de metales. Hemos estado haciendo cábalas durante tres días sobre lo que pasa en el interior de ese bolso. Y no hemos dado con ello. Quizás usted pueda decírnoslo.

—¿Qué es lo que han hecho ustedes?

—Echar objetos en su interior. Examinarlo con todos los instrumentos. Rayos X... En fin, todos. Y no hemos puesto nada en claro. Nos gustaría saber adónde va todo lo que se echa.

Collins metió en el bolso un botón de aluminio. Éste pasó a través del círculo de aluminio y desapareció.

—Vamos a ver —dijo haciendo una mueca—. ¿Quiere usted decir que ya no podemos sacar ese botón?

—Se trata de una forma geométrica de segundo orden —manifestó Evanson, mientras encendía cuidadosamente un cigarrillo—. Se puede sacar lo que hay dentro de una forma de primer orden, como una esfera o una pelota de goma, sólo con hacer un orificio en la superficie. Pero no se puede, no importa lo que se haga, sacar un tubo interior.

—¡Hum! ¿Por qué no?

—Porque hay un agujero en él. Y uno no puede sacar un agujero a través de otro agujero. Aunque se trate de un agujero infinitesimal.

—¿Sí? —preguntó Collins frunciendo el ceño.

—Lo mismo pasa con este bolso. Creemos que envuelve un trozo de otro universo. Un universo de cuatro dimensiones. Y usted no puede sacar un trozo de otro universo a éste sin causar una serie de perturbaciones.

—Pero se puede sacar un tubo interior —protestó Collins—. Todo puede quedar deformado, pero se lo puede sacar a través del agujero.

Evanson echó una ojeada al bolso, que se hallaba sobre la mesa.

—Quizá. Una geometría de segundo orden bajo una situación tensa. Pero hay un obstáculo: no habría ya más un tubo interior.

Tomó otro trozo de aluminio y lo tiró en el bolso. Después sacudió la cabeza con ademán de cansancio.

—No lo sé. El material se va a alguna parte.

Arrojó luego en el bolso una regla de madera y observó cómo

salía de nuevo.

—Sólo admite aluminio —dijo—. Nada más. Ese detective de los grandes almacenes tenía un reloj militar hecho de aluminio, el cual desapareció de su muñeca; pero llevaba dos anillos de oro en la misma mano y a ninguno le pasó nada.

—Vamos a jugar a las adivinanzas —propuso Collins.

Evanson le miró con viveza.

—¿Qué quiere usted decir?

Collins sonrió.

—Parece que lo que está al otro lado de ese bolso quiere aluminio. ¿Por qué? Hay un anillo de aluminio alrededor de la boca del bolso... a todo alrededor de ella. Como una boca de túnel. Pero no es grande, y no hay mucho aluminio ahí. Parece que ellos necesitan mucho más.

—¿Ellos?

—Bien, lo que toma el metal y rechaza la madera.

—Y ¿para qué?

—Podemos aventurar una sospecha. Quizás estén construyendo otra abertura. Una más grande.

Evanson le miró fijamente.

—No divague —dijo—. ¿Por qué...?

—Sólo pensaba en voz alta —contestó Collins, humildemente.

Luego cogió el metro de acero. Sujetándolo firmemente por un extremo, metió el otro en el bolso.

—Eso no lo quieren —murmuró Evanson, que observaba intrigado—. Están intentando rechazarlo.

Haciendo un esfuerzo, Collins continuó empujando la vara hacia dentro. Súbitamente, ésta se curvó y apareció el otro extremo. Con rapidez, Collins se apoderó de él y empezó a tirar con fuerza de ambos extremos a la vez.

—¡Caramba! —exclamó Evanson—. ¡Está usted torciendo su universo para acomodarlo a nuestra geometría!

El bolso parecía aflojarse en su interior. De pronto, uno de los extremos del metro se escapó de la mano de Collins. Éste se retiró hacia atrás, separándose del bolso. El metro había quedado de nuevo recto.

—¿Tienen por aquí un cabrestante?

—Creo que sí —contestó Evanson.

—Bien —dijo Collins—. Creo que ahora sé cómo formar un gancho para coger su universo.

La gran barra de acero de tres pulgadas rodó fácilmente hasta el laboratorio sobre una carretilla. El extremo de la barra estaba cubierto con brillante aluminio y su punta formaba un agudo gancho.

—¿Está el cabrestante dispuesto? —preguntó Collins.

—Sí —contestó Evanson.

—Entonces coloque el bolso en el extremo de la barra y que ésta penetre en él.

El extremo de la barra desapareció dentro del bolso.

—¿Qué intenta usted hacer? —inquirió intrigado Evanson.

—Parece que quieren aluminio, así que se lo vamos a dar. Si están construyendo otra abertura con él, yo engancharé esa abertura y la haré salir a este laboratorio. Ellos pondrán el aluminio sobre esta barra con el resto. Si podemos enganchar lo que ya tienen hecho, tendrán que marcharse y dejarnos retirar la barra, o bien abrir hacia este laboratorio.

—Pero... ¿y si no hacen ninguna de las dos cosas?

—Tienen que hacer una de las dos. Si nosotros tiramos de una sección no libre de su universo a través del bolso, esto producirá un terrible desastre en todo su plano geométrico. Todo su universo quedará retorcido. Justamente como un tubo interior.

El cabrestante crujía mientras Collins movía la barra de un lado para otro dentro del bolso.

—Tire un poco hacia arriba —dijo al operador.

Evanson movió la cabeza con amargura.

—No veo... —empezó a decir. Pero la barra se balanceó bajo una súbita presión.

—¡Firme! ¡Lo ha enganchado usted! —gritó Collins.

El cabrestante crujía ruidosamente y el motor aullaba debido al esfuerzo. La barra de acero empezó a salir del bolso lentamente, milímetro a milímetro. Cada diez minutos, uno de los técnicos hacía una marca de yeso en la barra junto a la boca del bolso.

Frank Collins llenó su pipa y empezó a dar nerviosas chupadas.

—Yo veo esto de la siguiente manera —dijo—. Esos seres metieron un pequeño agujero de la cuarta dimensión en nuestro universo y lograron controlar a esa mujer. De esta forma la forzaron a reunir piezas de aluminio para poder hacer una abertura mayor.

—Pero... ¿por qué?

Evanson preparaba café, que sacaba de un termo. Era tarde y todo el edificio se hallaba silencioso y desierto, excepto aquella sección del laboratorio. El único ruido que se percibía era el que producía el cabrestante tirando del otro universo.

—¡Quién sabe! —contestó Collins—. Tal vez para lograr más aluminio. Sea cual sea la razón, desean venir a nuestro universo. Quizá el suyo atraviesa algún peligro. La razón puede ser tan ajena a nuestra naturaleza que quizá nos sea imposible concebirla.

—Pero... ¿y eso de engancharles? —preguntó Evanson, que estaba preocupado.

—Así lo controlamos. Si colocamos un trozo no libre de su universo dentro del nuestro, ellos no podrán utilizar la abertura. El orificio quedará obturado. Cuanto más tiremos, más tensión tendrán en la estructura de su universo. Entonces tendrán que escuchar nuestros términos. Entonces tendrán que darnos información, para que nosotros podamos construir aberturas y examinarles a conciencia. Si no lo hacen, averiaremos su universo.

—Pero... ¿ni siquiera sabemos lo que están haciendo!

Collins se encogió de hombros e hizo otra marca de yeso en la barra, que producía ruido debido a la tensión.

—No creo que debamos correr ese riesgo —dijo Evanson, en tono de lamentación—. No tengo permiso para hacer esto. Le he dejado a usted hasta ahora por... por rutina —y se estremeció súbitamente—. Esto es algo tan vago que me parece que no tiene ningún sentido...

Collins sacudió vivamente su pipa.

—Rutina es todo lo que necesitamos —repuso.

—Digo que estamos cometiendo un error —continuó el otro—. Creo que debemos apartar en seguida la barra del bolso y esperar a que venga Chalmers por la mañana.

Con creciente inquietud Collins miró al cabrestante. Sus dedos temblaban al encender de nuevo la pipa.

—No diga tonterías —exclamó—. Ahora ya no podemos retirar la barra. Las roldanas se hallan bajo una gran presión. Ni siquiera podemos cortar esa barra con una llama oxidante, no en menos de veinte minutos... Y cuando se rompiera, haría saltar en pedazos todo el edificio.

—Pero el peligro... —murmuró Evanson poniéndose en pie; tenía la frente húmeda de sudor y señaló con la cabeza el crujiente cabrestante—. Está usted poniendo en peligro nuestro propio universo...

—¡Cálmese, cálmese! —dijo enfadado Collins—. Ya no podemos volver atrás. Lo estamos haciendo, y eso es todo. Cuando se coge a un tigre por la cola, se ha de mantener el pulso.

Evanson se paseó excitado por la estancia.

—Me parece —dijo, con voz tensa— que el tigre tendría todas las ventajas. Y si la cosa sale mal, ¡piense lo que ellos podrían hacer a nuestro universo!

Collins se frotó nerviosamente la barbilla.

—Bien, de todos modos... —replicó— me alegro de que nosotros pensáramos primero en ello.

Se interrumpió bruscamente, al tiempo que palidecía. Evanson siguió su mirada y quedó sin aliento. El termo se le cayó al suelo, produciendo un gran estrépito. Señaló la segunda marca de yeso, que penetraba lentamente en el interior del bolso.

—Quiere usted decir que tenía esperanzas de que pensáramos primero —repuso.

HERMANA PESADILLA

Atravesaba un túnel.

Al principio, no se le ocurrió preguntarse por qué atravesaba aquel túnel ni cómo había llegado hasta allí, ni tampoco qué túnel era. Andaba rápidamente con pasos cortos e iguales, y parecía que hacía horas que marchaba en la misma dirección.

No fue la oscuridad lo que al principio le aturdió. El túnel no estaba muy iluminado, pero había luz bastante, ya que las paredes brillaban tenuemente produciendo una azulada luminosidad. Ante él continuaban extendiéndose las brillantes paredes, según podía ver. El túnel era de unos diez pies de ancho por otros diez de alto, y sus suaves muros se arqueaban formando una perfecta curva sobre su cabeza. Bajo sus pies el suelo parecía blando, cediendo un poco ante su peso mientras andaba y produciendo un suave y ahogado rumor, que rimaba perfectamente con su paso. Era agradable y tranquilizador, y él no se había parado a preguntarse qué estaba haciendo allí. Después de todo, resultaba obvio. Tan sencillo como cualquier cosa, de lo más sencillo. Estaba atravesando un túnel.

Pero de pronto, su espíritu experimentó la necesidad de andar con precaución y sus cejas se fruncieron en su quieto rostro. Se detuvo, mirando las brillantes paredes con creciente confusión.

¡Qué lugar tan extraño!, pensó. ¡Un túnel!

Volvió la cabeza, escuchando durante un largo momento, hasta que el profundo silencio del lugar le puso la piel de gallina. Absorbió con fuerza por la nariz y se rascó la cabeza. Mi nombre es David Cox, se dijo, y estoy atravesando un túnel.

Caviló durante un momento, intentando recordar. ¿Cuánto tiempo llevaba andando? ¿Una hora? Sacudió la cabeza. Debía de hacer más de una hora. No podía recordar, cosa rara, cuándo había

empezado a caminar. Y... ¿cómo había llegado allí? ¿Qué había estado haciendo antes de penetrar en el túnel? Su alarma creció pronto, cuando pidió respuestas que no podía dar. ¿Qué le había sucedido a su memoria? Las pequeñas puertas de su mente parecían cerrarse rápidamente cuando él se aproximaba a ellas. Es ridículo, pensó, estar andando por un túnel sin siquiera saber a dónde conduce...

En medio del silencio, miró hacia adelante. Se encontraba completamente solo. No percibía ningún sonido a su alrededor, ningún movimiento, ningún signo de otro ser humano, ninguna muestra de vida. El frío aumentaba. Se acercó cautelosamente a una de las paredes y la golpeó con sus nudillos. Su golpe produjo sólo un apagado sonido. Entonces se encogió de hombros y continuó la marcha. Después de todo, no existía verdadera razón para sentirse alarmado. Un túnel tenía que acabar en alguna parte.

Y entonces oyó el ruido. Llegó a sus oídos muy débilmente al principio. Era como un curioso silbido de aire. Como el sonido de una aguda gaita oída a distancia. Cortaba el silencio como una navaja. Escuchó sin atreverse apenas a respirar. ¿Bajaba la luz? ¿O eran que sus ojos no actuaban? Los guiñó, notando que la luz disminuía al tiempo que el silbido se hacía intenso y sonaba más cercano, mezclándose con otro sonido, éste más grave. Un fuerte rugido llegó de pronto hasta sus oídos mezclado con el agudo silbido de antes, y entonces vio la luz, a lo lejos.

Era una sola luz, redonda y amarilla, colocada en el centro del túnel, y aumentaba de intensidad y de brillantez al intensificarse el rugido. Una ráfaga de viento le cepilló la mejilla mientras contemplaba fijamente, fascinado, la luz amarilla que se acercaba. Una horrible imagen cruzó por su mente, la imagen de un hombre caído en una vía de ferrocarril mientras una negra locomotora se acercaba a él haciendo sonar su sirena, avanzando como monstruo que surgiera de la noche. Un grito brotó de sus labios. ¡Era el tren! Atronando por el túnel mientras avanzaba hacia él. Sin vías, como un demonio que gritase su advertencia al acercarse, y su luz, que cada vez era más intensa y más brillante, le cegaba. La locomotora avanzaba inexorablemente, llenando el túnel de un lado al otro, soltando por sus válvulas humo, fuego y vapor, mientras su silbato no dejaba de sonar.

Lleno de pánico, David Cox se arrojó al suelo boca abajo intentando frenéticamente enterrarse bajo la alfombra del suelo del túnel, cerrando su espíritu a todo lo que no fuera un horrible y ciego terror. La luz alcanzó su máxima intensidad; el viento y el ruido aumentaron hasta ser un súbito trueno sobre su cabeza. Luego el ruido se transformó en un fuerte y metálico clac-clac-clac de ruedas de acero sobre rieles de acero junto a sus oídos, acabando por perderse lentamente en la distancia detrás de él...

Sin poder dominar el temblor de sus músculos, Cox intentó incorporarse sobre sus rodillas a la vez que luchaba por recobrar el uso de sus facultades mentales. Sus ojos estaban cerrados fuertemente y, de súbito, el suelo no fue ya suave, sino de un material arenoso que parecía deslizarse bajo sus dedos.

Abrió los ojos dando un respingo y un grito subió a sus labios. El túnel había desaparecido. Se encontraba hundido hasta los tobillos en un vasto desierto amarillo, y sobre él había un sol abrasador en medio de un cielo púrpura. Guiñó los ojos ante las dunas amarillas, sin creer lo que éstos veían, y un retorcido árbol de Josué respondió a su guiño a diez escasos pasos de distancia.

En la habitación había dos hombres y una joven, que miraba el cuerpo del hombre extendido en la cama. Por la ventana penetraba el último sol de la tarde, que ponía manchas amarillas sobre la blanca colcha. El hombre acostado yacía inmóvil; sus pálidos ojos abiertos e inexpresivos, sin darse cuenta de nada de lo que había en la habitación. Su rostro estaba tan blanco como la colcha.

La joven carraspeó.

—Creo que ha dejado de respirar —murmuró.

El más alto de los hombres, vestido de blanco, le tomó por un hombro y con suavidad le hizo volver el rostro a otro lado.

—Respira aún —le aseguró—. No debería usted estar aquí, Mary. Tiene que irse a casa e intentar descansar un poco. Él estará perfectamente.

El otro hombre, con el rostro congestionado por la ira, lanzó una exclamación de burla.

—Es que no debía estar tampoco aquí —masculló, señalando al que yacía en la cama—. Le digo, Paul, que David Cox no es el

hombre adecuado. No me importa lo que usted diga. Él nunca saldrá airoso de esto.

El doctor Paul Schiml aspiró profundamente y volvió el rostro hacia su interlocutor.

—Si Cox no puede salir airoso, no hay hombre en el Centro Médico Hoffman que pueda... ni que quiera. Usted lo sabe de sobra.

—Lo que sé es que existen otros cincuenta que han seguido el mismo programa de entrenamiento y que son más adecuados para esto que David Cox.

—Eso no es cierto. —La voz de doctor Schiml sonó muy clara en la silenciosa habitación—. Reacciones rápidas, ingenuidad, oportuno sentido del momento... Ninguno se puede comparar con Dave. —Miró con desprecio al hombre del rostro rojo—. Lo comprendo, Connover. Usted no se preocupa por David, sino sólo por su propio cuello. Ha tenido usted miedo desde el principio, desde que las primeras naves arribaron a la Tierra, pues ha estado a cargo de un programa en el que no creía, y ahora teme lo que pueda suceder si David Cox no sale airoso de la prueba. Estuviera quien estuviese en esa cama, usted continuaría sintiendo miedo. —Sorbíó con disgusto por la nariz—. Bien, no necesita preocuparse. Si alguien puede hacerlo, David Cox lo hará. Tiene que conseguirlo.

—¿Y si no lo hace?

El doctor miró a Connover durante un momento. Luego se volvió de pronto y se acercó a la cama. Apenas si quedaba un soplo de vida en el hombre que yacía allí; sólo su entrecortada respiración indicaba que seguía vivo. Con dedos suaves, el doctor examinó una pequeña incisión que se veía en el cráneo del hombre que estaba en la cama, y luego miró atentamente la multitud de pequeños y brillantes hilos que iban a parar al panel luminoso que había junto a la cabecera. Se agachó sin dejar de mirar el panel, y luego hizo un vivo ademán dirigido a Connover.

—Ya está aquí lo primero —murmuró.

Durante un momento sólo se oyó un ligero runruneo que surgía del panel. Connover dejó escapar un débil silbido.

—Un túnel —exclamó—. Eso tiene sentido. Pero... ¿qué diablos? —Se volvió hacia Schiml con los ojos muy abiertos—. ¡Puede morir!

—Claro que puede morir. Lo sabíamos desde el principio.

—Pero él no lo sabe.

—Él no sabe nada.

Schiml señaló el panel.

—Un tren. ¿Ingenioso? ¡Asombroso! ¿Puede uno pensar en algo peor? —Observó durante un momento y luego continuó—: No hay sitio donde escapar. Tiene que caer necesariamente bajo el tren.

Los tres, sin apenas respirar, observaron. De pronto, la joven rompió en incontenibles sollozos a la vez que escondía el rostro en el hombro del doctor.

—¡Es horrible! —murmuró—. ¡Es horrible! No podrá hacerlo nunca, nunca... Morirá antes.

—No, Mary, no. David podrá hacerlo. Le ayudará el entrenamiento que ha recibido. —La voz del doctor era muy persuasiva—. Tiene usted que creerme, Mary. Esto es la prueba, la prueba final. Él no puede defraudarnos. Ahora no puede.

Cox sentía el peligro a su alrededor. No era nada tangible, sólo una profunda y oscura voz que sonaba en su cerebro y que le advertía del peligro. Se estremeció y, con la frente cubierta de sudor, miró al desvergonzado sol amarillo. Hacía calor, un calor sofocante y despiadado que parecía introducirse dentro del cuerpo como cera derretida. Tenía tensos todos los músculos del cuerpo. Permaneció inmóvil, mirando con sus pálidos ojos las desnudas y amarillas dunas de arena, pues sabía que el peligro estaba allí.

En aquel momento, el árbol de Josué se movió. Lanzando una exclamación, Cox se echó sobre la arena a diez pies del árbol, con los ojos abiertos.

Se había producido sólo un ligero movimiento en las retorcidas ramas del árbol... Quizá se hubiera equivocado. Su imaginación podía estarle jugando una mala pasada. Temblaba mientras miraba de soslayo, a través del sofocante calor, el triste y retorcido árbol.

Y entonces, súbitamente, se le ocurrió algo. ¡Un desierto! Él había estado en un túnel... Sí, estaba seguro, era un túnel, y luego apareció aquella luz y aquel ruido ensordecedor... Por lo tanto, ¿qué estaba haciendo allí?

Se sentó lentamente sobre la arena y pasó sus dedos por los ardientes granos, estudiándolos con infinita curiosidad. No había duda: aquello era un desierto. Pero... ¿cómo? En primer lugar,

¿cómo había llegado al túnel? ¿Y cómo había podido ser transportado a aquel lugar, excepto utilizando medios de un universo irracional?

Su pensamiento trabajaba afanosamente, luchando contra la curiosa y sombreada pantalla que parecía interponerse en su memoria. Él sabía que existía una respuesta. Algo estaba equivocado: él no tenía que estar allí. En el fondo de su espíritu anidaba el convencimiento de que se encontraba en un terrible peligro, pero que aquel peligro era... una tontería. Si por lo menos pudiese pensar, si pudiese recordar...

Tensó los hombros y quedó rígido, sin poder apartar los ojos de aquel amarillo montón que tenía enfrente. Sin apenas respirar, observó aquella colina amarilla. Entonces la cosa se movió de nuevo, rápidamente, hasta quedar inmóvil a diez pies de él otra vez.

En aquella fracción de segundo, la cosa había tenido una gran semejanza con un gato. Un enorme y salvaje gato amarillo. Pero luego se convirtió en una colina de arena.

Rápidamente Cox se puso a andar en cuatro patas, bajando por el declive y separándose de la cosa. La arena quemaba sus manos y casi profirió un grito cuando unos granos se le metieron en los ojos. Pero continuó observando, con todos los músculos tensos. Aquella cosa se movió de nuevo, con un movimiento tangencial al suyo, deslizándose rápidamente colina abajo, paralelo a los movimientos del hombre... Era una cosa enorme, amarilla, colmilluda, que se movía con la gracia y flotante velocidad del oro derretido... y que mantenía sus pequeños ojos clavados en Cox. Entonces se quedó quieta de nuevo, mezclándose con la amarilla y brillante arena. ¡Estaba acechándole!

Presas de un ciego pánico, Cox se puso en pie y bajó corriendo la ladera arenosa, huyendo de aquello, con los ojos encendidos, hasta poner una duna entre aquel ser y su persona. Luego se arrojó sobre la arena, mirando por encima del borde de la duna. Se produjo un movimiento amarillo, y el gato de arena se plantó en la cuesta, detrás de él, a veinte yardas de distancia, agazapado en la arena, jadeando de hambre.

Cox miró a su alrededor frenéticamente. ¡Ningún arma! ¡Nada más que amarillas y ondulantes colinas de arena, el sol abrasador y los altos y retorcidos árboles de Josué! Miró de repente hacia atrás

y vio que el gato de arena se arrastraba tras él, lenta, muy lentamente. Ahora se encontraba a treinta yardas.

Le volvió el aliento en jadeantes inspiraciones mientras observaba a aquel ser. Tenía ocho pies de largo y delgadas y musculosas ancas que temblaban al sol. Sus rojos ojos brillaban con odio salvaje. Se movía con segura confianza, con la cruel certidumbre de que mataría. Cox intentó pensar, intentó limpiar su mente del miedo y del pánico de que era presa, intentó transformar en gritos el incrédulo asombro que le atormentaba. Tenía que marcharse de allí, pero no podía correr. Aquel ser era demasiado rápido. Cox sabía que era algo increíble que él estuviera allí, pues su mente parecía intentar decirle que no lo creyera, que no era cierto... Pero continuaba sintiendo la arena bajo sus sudorosas palmas y aquello era real, completamente real. Y el gato de arena estaba cada vez más cerca...

En un impulso corrió en zigzag, bajó la cuesta de la colina y subió a la siguiente, observando por encima de su hombro el brillo del movimiento amarillo. A cada cambio de dirección, el gato también cambiaba, acechando sin cesar. ¡Si al menos lo perdiera de vista durante un momento! Si no le veía, podría forzar a su mente a que le diera una respuesta.

Corrió diez pies hacia la derecha, se detuvo, y luego corrió diez pies hacia la izquierda, dirigiéndose al enorme promontorio que se alzaba, como un desnudo centinela, sobre la duna de más allá. El gato de arena le siguió, moviéndose hacia la derecha y luego hacia la izquierda. De nuevo corrió Cox, seguro ahora de que debía seguir aquel plan, moviéndose hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Una larga carrera para separarse de la roca y luego otra larga carrera para acercarse a ella. El gato se hallaba más cerca, sólo a veinte yardas, acortando a cada carrera la distancia que mediaba entre ellos. Jadeando, Cox intentó recuperar el aliento, así como dominar sus nervios. Sabía que el pánico le podía matar.

Rápidamente se elevó hasta el borde de la duna, hacia la derecha del promontorio y luego, de pronto, se dejó caer por el otro lado, poniendo el promontorio entre él y el gato, sin dejar de mirar cautelosamente a su alrededor. Dio resultado. Lentamente, tan lentamente como antes, el gato ascendió por la duna, mirando desde su borde en la dirección en que él había corrido. Luego se

dejó caer sobre su vientre, deteniéndose, mirando, mientras un salvaje rugido de rabia brotaba de su abierta boca.

Vivamente, Cox rebuscó en la arena hasta encontrar un trozo de piedra del tamaño de un ladrillo. Entonces aspiró profundamente, salió de detrás del promontorio y se dirigió hacia el gato, moviéndose silenciosamente sobre la suave arena. Lleno de miedo, pero también de salvaje furia, cayó sobre la bestia y, levantando la piedra, la dejó caer con todas sus fuerzas sobre la plana y amarilla cabeza. El gato de arena rugió y aulló al tiempo que arañaba el aire con sus garras. Cox levantó de nuevo la piedra y de nuevo la dejó caer sobre el cráneo de aquel ser. Las garras como navajas rozaron sus costados... hasta que la bestia, rugiendo y presa de convulsiones, quedó en el suelo retorciéndose.

Súbitamente todo se sumió en la oscuridad y una fría brisa de invierno dio en el rostro de Cox. Las estrellas titilaban sobre su cabeza en el gélido aire nocturno. El gato de arena había desaparecido y también los árboles de Josué. El joven yacía en una hondonada, húmedo de frío barro, y uno de sus costados sangraba.

Temblando, miró a su alrededor. Se hallaba acostado sobre un frío riachuelo. Más arriba de él pudo ver una especie de ribazo que terminaba en una baja verja de hierro. ¡Un camino! Penosamente Cox se arrastró hasta el borde del ribazo y miró a su alrededor.

La franja de pulido metal brillaba a la luz de las estrellas mientras frías bocanadas de viento mezclado con nieve mordían sus orejas y ponían lágrimas en sus ojos. Las lágrimas se helaban en sus párpados y la dura frialdad del aire penetraba en sus pulmones, produciéndole dolor cada vez que respiraba.

A la distancia oyó un rumor de ruedas. La carretera temblaba mientras se aproximaban unos vehículos enormes. Instintivamente, Cox se escondió en el terraplén de la carretera al tiempo que una larga hilera de grotescos monstruos metálicos pasaba por ella produciendo un ruido atronador, avanzando firmemente por la carretera de metal, brillando dentro de sus sombrías pantallas fluorescentes, pero sin mostrar el menor signo de vida. El joven pudo ver las delgadas torrecillas y los salientes parecidos a cañones que se delineaban contra el sombrío cielo de la noche. Armas, pensó. Sí, eran enormes máquinas parecidas a tanques que brillaban y rugían a lo largo de la carretera para cumplir algún recado de

muerte.

Pasó el último de los vehículos y, cautelosamente, David Cox trepó de nuevo a la carretera. Un trueno se oyó, y la lluvia empezó a caer en enormes gotas frías que golpeaban sobre él con la fuerza de balas de ametralladora, azotando su piel y empapando su cabello y sus ropas.

El joven se estremeció lastimosamente, su mente presa de la mayor confusión. Si por lo menos pudiera encontrar un lugar para pensar, para descansar, para recogerse en sí mismo, y para intentar vendar la herida de su costado... Miró carretera adelante y pensó que podría llegar a las esqueléticas ruinas de un edificio que se alzaba contra la luz de las estrellas. Penosamente se arrastró a través de la cinta de acero, llegando hasta la cuneta del otro lado. Tenía los pies entumecidos y el dolor de su costado había aumentado, llegando a ser un tormento insoportable, pero se las arregló para caminar tambaleándose por el campo, empleando toda la fuerza que le restaba en buscar cobijo.

Sí, era un edificio... o lo había sido alguna vez. Dos de sus muros se hallaban completamente derruidos, bombardeados, y el tejado se había venido abajo. Pero se alzaba aún una pared intacta. El interior del edificio había sido devorado por un incendio.

Cox apartó los escombros y la basura de la puerta, y logró que ésta girase sobre sus enmohecidos goznes. Dentro del edificio encontró un rincón seco y localizó un trozo de manta en un montón de basura. Se sentó en aquel rincón y sacudió la cabeza, intentando desesperadamente encontrar una orientación.

Su costado había dejado de sangrar. Un rápido examen le mostró cuatro arañazos profundos y de feo aspecto, que le llegaban hasta el muslo. ¡Eran de garras! Naturalmente, el gato de arena le había alcanzado en su última y desesperada rabia. Cox se echó hacia atrás al tiempo que manoseaba su negro cabello con dedos temblorosos. El gato de arena estaba en el desierto, no allí. Y antes había habido un túnel y un tren ruidoso que se echaba sobre él, un tren que avanzaba sin que hubiera rieles. Y ahora, un frío mundo devastado por la guerra...

Unas cosas no se compaginaban con las otras. Desesperadamente, el joven intentó recordar lo que le había sucedido entre escena y escena. Nada, al parecer. Se había deslizado

de una a otra en un abrir y cerrar de ojos. Pero eso era imposible... Uno no puede saltar de esa forma de un lugar a otro. Por lo menos, él no lo creía posible.

Y, sin embargo, estaba allí. No había duda de ello. Aquel edificio era real, el frío y la oscuridad eran reales. Pero las marcas dejadas por la garra del animal también eran reales. Y lo de la herida no había sucedido allí, sino en otro lugar. ¿Cómo había llegado allí? ¿Es que había deseado llegar hasta allí? Sacudió la cabeza irritado. Aquello era ridículo. Pero había habido tres diferentes lugares... los cuales debían tener algo en común, algún común denominador. ¿Qué había en común entre los tres lugares, qué posible conexión existía entre ellos?

De pronto comprendió cuál era la conexión... y se incorporó rápidamente mirando fijamente la oscuridad. ¡Era obvio! Un túnel, y peligro. Un desierto, y peligro. Y ahora, aquel frío y hostil lugar... ¡y peligro! Peligro para él, ¡peligro crudo y desnudo!

Pensó sobre eso durante un rato. Le parecía que, en cierto modo, el peligro había formado su vida entera, y que no podía pensar sino en él.

La única cosa que había conocido siempre era el peligro. ¿Podría ser cierto esto? Instintivamente sabía que no lo era. Antes, en alguna parte, había tenido paz, amor y días felices. Pero clavada en su mente se hallaba la aguda y terrible certidumbre de la inminente muerte, la seguridad de que podía morir allí, de pronto, en cualquier momento, y que sólo sus propios recursos podían salvarle.

Era como si repitiese los bien ensayados gestos de una obra teatral. Alguien le había dictado todo aquello. No había nacido de forma original en su propia mente. Era propaganda, información condicional, algo que le habían enseñado. ¿Se lo habría dicho Mary?

Lanzó una exclamación. ¡Mary! Excitado, repitió el nombre una y otra vez. Allí estaba la ligadura. Mary, su esposa. Ciertamente, había habido paz y cordialidad, y comodidad y amor. Mary era su esposa, y él había conocido todas aquellas cosas en su compañía, y todo se hallaba en un oscuro rincón de su memoria. Se sintió contento al recordar a Mary. Le sucediera lo que le sucediese, había conocido a Mary, que le amaba más que a nada en el mundo.

El viento se filtraba en el derruido edificio, lanzándole fría nieve

al rostro. Allí no estaba Mary. Sin saber por qué, él estaba allí, en peligro, y en aquel lugar no había ni cordialidad ni amor. Dando un respingo, hizo que su mente volviera a la realidad. Él no había querido ir allí. No podía haber ido por su propia voluntad. Existía tan sólo una posible respuesta: le habían puesto allí.

Su mente dio con esta idea y el joven se echó a temblar. Igual que la mano se mete en un guante, el pensamiento se metió en su mente, llenando un terrible vacío. Sí, era eso. Él había sido colocado allí por alguna razón. No cambiaba de lugar por su propia voluntad, sino que era cambiado de lugar, contra su voluntad y contra su deseo. Le llevaban de peligro en peligro como si fuera una pieza de ajedrez que formara parte de una horrible partida de muerte.

Pero nadie le tocaba, nadie se acercaba a él... ¿Cómo podían producirse aquellos cambios? La respuesta a esto le hizo estremecerse y su mano tembló al apretar contra su pecho su chaqueta. Era obvio: los cambios se producían en su propia mente.

Se frotó la barbilla, cubierta de barba. Si esto era cierto, entonces aquellos sucesos no habían sucedido realmente. No había estado en un túnel. No había existido ningún gato de arena. No se hallaba echado en un rincón húmedo, con aquel terrible frío que le subía por las piernas.

Irritado de pronto, desechó el pensamiento. No cabía la menor duda, todo había sido real. Las heridas que tenía en el costado eran verdaderas. Sabía, sin el menor género de duda, que había habido un gato de arena. Sabía que el animal le hubiese matado de haber podido, y que entonces él estaría muerto.

«Usted puede morir, y sólo sus propios recursos le salvarán».

¿Quién le había dicho esto? Había habido un programa, un entrenamiento, en algún lugar, preparándole para algo, para algo muy importante. Su mente trabajaba en la oscuridad, intentando penetrar en los más recónditos recovecos de su memoria. Aquellas palabras... En su memoria apareció un hombre bajito, de rostro rojo, y otro alto y delgado, vestido de blanco... ¡Schiml! Schiml había pronunciado aquellas palabras. ¡Schiml le había colocado allí!

De pronto, lo veía todo con claridad. Él estaba en peligro y debía superar este peligro, y no tenía porqué conocer de antemano lo que estaba sucediendo. Había habido un largo programa de

entrenamiento llevado a cabo por Connover, Schiml y todos los demás, y ahora estaba pasando la prueba. Pero nada podía sucederle, pues aquellas cosas eran todas producto de su imaginación.

Se estremeció en medio de la frialdad ambiente. De todos modos, no se atrevía a creer en lo que acababa de pensar.

El doctor Schiml se sentó junto a la cama y secó las gotas de sudor de la frente de Cox. Los ojos del doctor brillaban de excitación al mirar la pálida forma extendida en la cama y luego al colorado Connover.

—Ha dado el primer paso —dijo con voz ronca—. Estaba seguro de que lo haría.

Connover hizo una mueca, pero afirmó con la cabeza, sin apartar los ojos del panel que había junto a la cama.

—Sí, ha dado muy bien el primer paso. Se ha dado cuenta de cuál es la fuente de lo que le rodea. Pero no es bastante.

Los ojos de Schiml brillaron durante un instante.

—Cuando calculamos la prueba por primera vez, ni siquiera nos atrevimos a suponer la posibilidad de esto. Ahora ya ve usted que ha sido posible. Pues bien, también dará los otros pasos.

Connover, colérico, se volvió vivamente hacia el doctor.

—¿Cómo va a poder hacerlo? ¡No posee los datos! Cualquier loco deduciría, bajo circunstancias especiales, que lo que ve son fenómenos mentales subjetivos. Pero usted pide lo imposible si espera que él vaya más lejos a lo largo de esa línea de razonamiento. No posee bastante memoria de la realidad para poder trabajar con ella.

—Tiene a Mary, a usted y a mí —respondió el doctor—. Sabe que ha habido un programa de entrenamiento y sabe que está pasando una prueba, y ahora sabe que está viviendo las pesadillas de su propia mente. Ya resolverá el resto.

—Y ese conocimiento aumenta el peligro mil veces. Se volverá descuidado, se confiará...

La joven se estremeció. Había estado mirando inexpresivamente al hombre acostado, pero ahora se dirigió al doctor Schiml.

—Connover tiene razón —dijo tristemente—. David no ha sido

puesto en antecedentes. Puede sentirse indiferente y abandonarse... —Sintiéndose desamparada, no acabó la frase.

—¿No comprende, Mary? Esto es exactamente lo que vamos a averiguar. Tenemos que saber si el entrenamiento ha servido de algo. Puede descuidarse, es cierto, pero nunca se descuidará demasiado. ¿Recuerda al gato? Le hizo daño. Realmente le hizo daño. Dará el paso siguiente y lo dará bien. Será doloroso al principio, pero lo hará.

El rostro de la joven se encendió de disgusto.

—¡Eso puede matarle! Están ustedes pidiendo demasiado. No es un superhombre, sino tan sólo un hombre corriente, indefenso. No posee poderes mágicos.

El rostro del doctor estaba pálido.

—Eso es cierto —murmuró—. Pero yo le aseguro que posee una especie de poderes no mágicos, unos poderes que hemos estado introduciendo en su mente durante el pasado año. Tendrá que hacer uso de esos poderes, eso es todo. Tendrá que hacerlo.

Los ojos de Mary se fijaron una vez más en la forma inmóvil que yacía sobre la cama.

—¿Cuántas pruebas necesitan ustedes? —preguntó suavemente—. ¿Cuánto tendrá aún que sufrir antes de que suspendan la prueba y le devuelvan al mundo?

El doctor miró a Connover.

—No se preocupe —contestó con amabilidad—. Pronto detendremos el experimento. En cuanto él dé los pasos necesarios. Pero hasta entonces, no.

—¿Y si no los da?

La joven no vio que la mano del médico temblaba al ajustar los cables al panel.

—No se preocupe —repitió el doctor—. Los dará.

David Cox sintió que las piernas se le iban entumeciendo más y más cada vez. Yacía echado sobre el frío e inhóspito suelo del ruinoso edificio, mirando la oscuridad que le rodeaba. Su descubrimiento le había producido un gran alivio; ahora respiraba más fácilmente y notaba que su mente descansaba después de la tensión anterior. Sabía, sin que le quedara la menor duda, que no se hallaba en

medio de la realidad... que aquel frío e inhóspito lugar no era real, que se trataba sólo de una horrible pesadilla elaborada en las escondidas profundidades de su propia mente, presentada ante él por alguna razón que no alcanzaba a comprender y que era como una idiota y horrible sustitución de la realidad. En lo más profundo de su mente, algo murmuraba que ningún daño podía ocurrirle. La sensación de peligro que invadía su espíritu era falsa, una creación del mundo no real que le rodeaba. Estaba sufriendo una prueba, esto era obvio; aunque él, por más que procuraba atravesar la dura pantalla de su memoria, no comprendía por qué le estaban probando.

Sin embargo, como se había dado cuenta de la irrealidad, la prueba debía de haber concluido. Ya no podrían engañarle más. Sonrió para sí. Armado con aquel conocimiento, no existía ya peligro. El peligro no era real. Incluso la herida de su costado era imaginada, no verdadera.

Pero el frío continuaba ascendiendo insidiosamente por sus piernas, produciéndole un estremecimiento, cada vez más arriba, hasta llegar al tronco. Cox no se movía. Se limitaba a esperar. Después de todo, terminada la prueba, lo más seguro era que le devolvieran pronto a la realidad.

Semejante a una helada hoja de cuchillo, algo se introdujo en su mente con suma rapidez y sin advertencia alguna. Cox gritó, quejándose agónicamente ante el salvaje golpe. Intentó incorporarse y encontró que sus músculos se hallaban entumecidos y paralizados. De nuevo recibió el golpe, más agudo, más enfocado, ahondando con una fuerza que parecía partir su cerebro en dos. Gritó de nuevo, cerrando sus ojos con fuerza, retorciéndose en el suelo. Se puso tenso, esperando el nuevo golpe, mientras toda su mente intentaba rehacerse para formar como una barrera protectora.

Frenéticamente se retorció levantando la parte alta de su cuerpo, intentando desesperadamente, y sin saber lo que hacía, ponerse en pie y echar a correr. Pero cayó cabeza abajo sobre la basura. De nuevo le llegó la sensación del cuchillo en el cerebro, arañándole la mente de una manera tan salvaje que le dejó sin aliento. Arrastrándose por el suelo, alcanzó la puerta y contempló lastimosamente la negrura del exterior.

Distinguió la forma gris de uno de los monstruos de acero que

había visto pasar con atronador ruido por la carretera un poco antes. El monstruo se hallaba sobre la rocosa y helada tundra del campo, inmóvil, el brillo de su fuerza eléctrica rodeándole como una aurora espectral. Cox sabía que el ataque procedía de allí, anonadador, como si fueran unos grilletes que paralizasen su mente sin dejarle posibilidad de escapar. Un ataque de inimaginada ferocidad. El joven luchó, intentando levantar alguna especie de escudo que le protegiera. Se había equivocado: podía ser dañado, la prueba no había terminado... Pero ¿por qué aquella horrible tortura? De nuevo y de nuevo se repitió la sensación del cuchillo en su cerebro, hasta que gritó y se retorció, esperando con angustia la próxima vez.

De pronto notó que su mente caía en un estanque de una suave tibieza de terciopelo, de suave dulzura, un asilo de deliciosa ternura. Una ola de alivio le inundó mientras se abandonaba al encanto de la apacible música que danzaba por su mente, cayendo fácilmente en la trampa... hasta que de pronto recibió otro salvaje golpe en su mente, haciéndole caer al suelo con retorcimientos de agonía.

No, no, no, gritaba su mente. No te abandones, ¡lucha! Y él intentaba volver a construir la barrera, levantar una pantalla que le protegiera. Esto no es real, se decía. Esto no sucede realmente. Esto es una ridícula e imposible pesadilla. Sí, aquello no podía dañarle... Pero el caso era que le estaba haciendo daño, un daño insoportable.

Llegó otro golpe y ya fue demasiado para él. Sabía que tenía la muerte muy cerca. Lo que estaba fuera, en el campo, intentaba matarle, intentaba transformarle en una burbujeante masa de protoplasma sin vida, sin espíritu, como...

... como los hombres que regresaron en la nave espacial.

Respiró profundamente. Por milagro, se dio cuenta de que otro eslabón de la cadena se había colocado en su sitio. ¡La nave espacial! Él la vio una vez, hacía mucho tiempo. Algún desconocido rincón de su mente recordaba el estrecho y averiado casco de la nave que regresó, después de muchos años, a la Tierra, su planeta natal, trayendo a los hombres casi sin vida, maltrechos, que habían partido en ella al empezar el viaje. Recordó a aquellos hombres: apenas estaban vivos, y traían en sus instrumentos recuerdos de un inimaginable horror y, en sus labios, incoherentes balbuceos.

Hombres que habían viajado por el espacio, encontrándose con un salvajismo desconocido con el que no podían luchar; hombres que se ponían a gritar como locos ante el pensamiento de que algún día podían volver al espacio. ¿Era por eso por lo que estaba siendo probado? ¿Se debía a eso su entrenamiento y el haber sufrido tanto?

Otro golpe llegó hasta él, acabando con las pocas fuerzas que le restaban, anulándole, quitándole la imagen de su mente. Aquellos hombres... ¿se habían enfrentado con esto? ¿Era esto lo que les había destruido, tan lejos de su casa, tan infinitamente solos en un mundo desconocido? ¿O era algo más, algo un centenar de veces más horrible?

Volvió a gritar cuando se dio cuenta con cierta certidumbre de que, imaginación o no, aquel peligro era real, tan horriblemente real que se estaba muriendo por haber llegado a ese límite de lo insoportable más allá del cual se encontraba una muerte cierta. Fríamente buscó un arma; fríamente buscó un escudo para evitar los horribles golpes, para luchar horror contra horror, para morir luchando si era necesario.

Con amargura cerro su mente al odio y al miedo, buscando entre las profundidades de su mente algo con que enfrentarse a la cosa monstruosa que tenía ante sí. En un ímpetu de rabia, comenzó a imaginar escenas de salvajismo, de violencia, de odio y de destrucción, algo que pudiese responder golpe por golpe. Estaban intentando matarle, él sabía que podían matarle, y luchaba contra ellos con toda la fuerza de que disponía, experimentando la sensación de una batalla entre su mente y el monstruo que se hallaba en el exterior. Era una lucha a muerte, y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo, todo en el más profundo silencio, hasta que, de algún modo, el joven sintió que la tensión cedía. Se oyó un grito en el campo..., un grito de desconocido miedo, de odio y derrota. Y luego siguió el silencio.

David Cox, exhausto, se dejó caer en el suelo. Se quejaba y sus labios se movían débilmente. He tenido que luchar con ellos, murmuraba. He tenido que luchar con ellos... De lo contrario, me habrían matado... me habrían matado...

La joven sollozaba en la silenciosa habitación.

—¡Oh, detenga eso! —suplicó—. ¡Paul, detenga eso! No puede más... ¡Oh, es horrible!

—Esto es más de lo que yo puedo contemplar —dijo Connover con voz ronca; su rostro estaba muy pálido, como si estuviera enfermo—. ¿Cómo puede usted continuar?

—No soy yo el que continúa —respondió con voz tranquila el doctor Schiml—. No soy yo el que forja esas cosas. Todo lo que hago es aplicar pequeños estímulos a pequeños trozos del tejido de las neuronas. Nada más. El resto surge de su propia mente.

Mary se volvió hacia él con fiereza.

—¿Cómo puede ser eso cierto? ¿Cómo puede haber tal... tal horror en su mente? Eso no es David, y usted lo sabe. David es amable, bueno y gentil. ¿Cómo se pueden producir tales pesadillas en su mente?

—Todo el mundo alberga pesadillas en su mente, Mary. Incluso usted. Y todo el mundo tiene el poder de la muerte en su cabeza.

—Pero Cox está dando todos los pasos que habíamos planeado —gritó Connover—. ¿Qué más espera usted?

—Está dando algunos de los pasos —corrigió Schiml, en tono airado—. ¿Es que quiere usted arrojar por la ventana el trabajo de todos estos meses, Connover? Por supuesto, David reacciona muy bien. Se ha dado cuenta de que existe un peligro que puede matarle; esto era enormemente importante. Se da cuenta asimismo de que se halla sometido a una prueba, aunque en su entrenamiento no se habló de ello. Está empezando a darse cuenta de por qué falló la nave del espacio. Y se da cuenta de que ha de luchar para sobrevivir.

»Desde donde partió, ha realizado un largo camino, un notable camino. Pero ahora no nos podemos detener. Ni siquiera se ha aproximado aún al más vital descubrimiento. Se siente demasiado fuerte, demasiado confiado, sin la suficiente desesperación. No le puedo ayudar, Connover. Tiene que salir airoso por sí mismo.

—Pero no podrá resistir otro ataque como el último —exclamó Connover—. Con entrenamiento o sin él, ningún hombre podría. Usted, deliberadamente, va a dejar que se mate a sí mismo, Paul. Nadie podría sobrevivir a eso.

—Pues él tendrá que hacerlo. Las tripulaciones de las naves

espaciales no pudieron. He aquí por qué regresaron como lo han hecho.

Connover reflexionó.

—Bien, yo me lavo las manos sobre esta cuestión —dijo—. Me limito a indicarle que debe detenerlo ahora. —Miró fijamente al alto doctor—. Si el muchacho muere, no seré yo el responsable.

—Pero usted estuvo de acuerdo...

—Bien, pues he dejado de estarlo. Esto ha ido demasiado lejos.

Schiml le miró con disgusto durante un largo momento. Luego suspiró.

—Si así es como están las cosas, yo acepto toda la responsabilidad. Pero la prueba acabará.

—¿Y si muere?

Los ojos de Schiml se volvieron sombríos.

—Es muy sencillo —contestó—. Si muere, nunca tendremos otra oportunidad. Jamás habrá otra nave del espacio.

Cox no pudo calcular cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Penosamente levantó la cabeza, agachándola cuando el dolor se presentó de nuevo en su cerebro, y entornó los ojos al mirar el reflejo de sí mismo que le daba el frío espejo de acero de la pared. Contempló el reflejo y empezó a reconocerse a sí mismo.

Era él, David Cox, con su negro cabello cubierto de barro y pegado al casco, con su rostro surcado por lívidas y feas ronchas, con sus ojos rojos por el esfuerzo y la fatiga. Lanzando un gemido, se dio la vuelta para ponerse en pie sobre el pulido suelo, sin dejar de mirar alrededor. Titubeante, frotó su costado. La herida seguía aún allí, un dolor agudo bajo sus dedos, y su cabeza también le dolía fuertemente. Pero el lugar...

Sabía que se había producido otro cambio. Era una habitación perfectamente cerrada, sin una abertura, sin una ventana, sin una salida. Tenía el techo bajo techo y seis lados, cada uno de ellos un pulido espejo. El techo y el suelo reflejaron su imagen cuando al fin de puso en pie y aspiró el ligero pero agudo olor a ozono que flotaba en la habitación. En los espejos, cien Davides luchaban por mantenerse en pie mientras se guiñaban estúpidamente los ojos el uno al otro. Un centenar de maltrechos y sombríos Davides que

surgían de cada ángulo, de arriba y de abajo, reflejándose y contrarreflejándose en la brillante iluminación de la pieza.

Entonces oyó el grito. Un largo y lastimoso grito de agonía que las paredes se arrojaron una a la otra y que casi le rompió los tímpanos. El grito se produjo de nuevo, más fuerte, más lastimoso. Sin darse cuenta de lo que hacía, Cox se metió los dedos en los oídos, pero el sonido llegaba lo mismo hasta ellos, golpeando su cráneo. Al mismo tiempo que el grito resonó un pesado y machacante crujido de maquinaria en movimiento, chirriante, tintineante, que le arañaba los oídos. El grito se produjo de nuevo, más fuerte, más lastimoso y apremiante, y un aullido de maldición se unió al ruido chirriante de la maquinaria. Cox permanecía erguido en el centro de la habitación esperando, alerta, dispuesto para cualquier especie de ataque, tenso todo su cuerpo para rechazar lo que pudiera venir a amenazarle.

En lo más profundo de su mente crecía una especie de odio hacia sí mismo por ser el personaje en que se cebaba aquella continua tortura, y también hacia el doctor Schiml, hacia Connover y hacia todos los que tomaron parte en aquello. ¿Qué querían? ¿Qué motivo había para aquellos ataques, para aquella horrible inestabilidad? ¿Qué era lo que justificaba aquellos peligros, que podían matarle tan fácilmente? Sintió debilidad, una terrible sensación de que no podría soportarlo, de que se tendería en el suelo para morir, de que el límite de su resistencia se aproximaba. Pero continuó erguido, con los puños cerrados, esperando. ¿Cuánto podría resistir un hombre? Los que le hacían aquello, ¿qué deseaban de él? Y... ¿cuándo se detendrían?

Esta idea se quebró de pronto al tiempo que un frío estremecimiento le corría por la espina dorsal. Se había quedado mirando fijamente y casi con la boca abierta el espejo que tenía enfrente de su rostro. Entornó los ojos mirando la imagen, y luego, incrédulo, se golpeó a sí mismo. Algo le estaba sucediendo. Su imagen no era la de siempre...

Otro grito cortó el aire, un desgarrador y horrible aullido de dolor y tormento, que puso hielo en su espalda mientras se sentía desfallecer. Fascinado, vio que su mano desaparecía, se torcía, se transformaba en una masa pegajosa de tentáculos, llena de pululantes gusanos. Dejó de mirar el espejo y dirigió los ojos a su

propia mano... y entonces el grito brotó de su propia garganta. Su grito fue reproducido por el eco y vuelto a reproducir, como si cada espejo gritase también, burlándose de él. Toda la habitación gritó a su alrededor, junto con los crujientes y chirriantes ruidos de maquinaria con arena en sus ruedas, que se mezclaban a los gritos. Ahora también su brazo se estaba transformando, retorciéndose como algo que tenía vida independiente...

¡Tenía que salir de aquella habitación! Lanzando un grito de rabia indefensa, se arrojó contra uno de los espejos, oyendo que el golpe producía un rumor seco mientras él caía de nuevo, dando un salto, en el suelo. Su mente se esforzó en encontrar un camino. Miró a su alrededor buscando una puerta, pero allí no había más que espejos, espejos que jugaban malas pasadas a su mano y a su brazo, que se torcía hacia su hombro. Cada vez que buscaba una puerta en una pared no descubría otra cosa que el reflejo de otra pared, y otra y otra.

Apoyado sobre manos y rodillas, recorrió toda la habitación. ¿Había cuatro paredes, cinco, seis... o bien siete u ocho? ¿O es que él se repetía al contarlas? No lo sabía. Y cada vez que miraba una pared veía su horrible y cambiante brazo, hasta que con un esfuerzo sobrehumano intentó rehacerse y, cogiendo aquello que se movía con su mano buena, lo separó de sí, y la cosa quedó aparte, una masa parecida a mermelada que se retorció temblorosa. Aquel muñón que se había separado de su cuerpo continuó retorciéndose y cambiando, pero él no miraba otra cosa que el espejo...

Un pensamiento se deslizó en su mente y se apoderó de él frenéticamente, como si cogiera una paja en el viento. Lo que veía era un reflejo. No podía ver nada sino un reflejo. ¿Cuántas paredes había? No podía contarlas, nunca estaba seguro. Pero tenía que salir de aquella habitación. ¡Tenía que salir! Cerró los ojos, huyendo de la brillante luz, pero haciendo que los penosos gritos resonaran más fuertemente en su espíritu. Lenta y penosamente se puso en pie apoyado en la pared de la habitación mientras mantenía los ojos cerrados con fuerza, negándose a mirarse en los espejos. Luego tanteó con la mano buena la suave superficie de los mismos...

Una raja. La siguió. Suavidad... A continuación, metal. ¡Un pomo! Con un grito que fue como un sollozo de alivio, dio vuelta al pomo, notando que la pared cedía, y salió al exterior por la

abertura, pisando sobre un terreno desigual y tosco, con los ojos aún cerrados, y dio un portazo tras de él. Quedó jadeante, mientras el ruido de maquinaria y los gritos se alejaban como una nube, sumiéndole en un absoluto silencio casi palpable.

Había luz. Abrió los ojos, cerrándolos en seguida mientras lanzaba una exclamación al tiempo que la cabeza empezaba a darle vueltas por efecto del asombro y del miedo. Luego, cautelosamente, abrió los ojos poco a poco, luchando contra un terrible y ancestral miedo, pero acto seguido los cerró con una sensación de vértigo.

¡Se hallaba en lo más elevado de un pináculo de mil pies de altura!

Instantáneamente se echó en tierra, asiéndose desesperadamente a los suaves extremos de la roca. El trozo de plana roca en donde se hallaba tenía el tamaño de un ataúd, seis pies de largo por tres de ancho. Sobre su cabeza se veía un frío cielo azul con blancas nubes aborregadas. Pero por todos lados, a pocas pulgadas de donde él se encontraba, se abría un hondo y cruel precipicio que quitaba el aliento y que terminaba en el lejano mar del fondo.

Una sombra pasó sobre él, y el joven, tenso y temeroso, levantó la vista. Por encima de su cabeza pasaban unas enormes alas negras, un largo y desnudo cuello rojo, crueles garras, oscuras y brillantes, y un pico curvado que destellaba a la luz del sol. Un pájaro como nunca había visto antes, que se acercaba a él, y luego se separaba de él, describiendo enormes círculos bajo el brillante cielo azul. Un pájaro que le aventajaba en tamaño, con malignos ojos que parecían botones y que le miraban sin pestañear... Lanzó un sollozo mientras se agarraba más y más a la roca.

¿Por qué? ¿Por qué no detenían aquella tortura? ¿Por qué no la detenían y le hacían volver a la realidad? Experimentaba la sensación de que el fin se aproximaba, y sus fuerzas fallaban y su voluntad también fallaba. Pequeños vapores de desesperanza nublaban su cerebro, desesperación por no poder resistir ya mucho tiempo, desesperación que era ya más fuerte que el miedo a la muerte que le había mantenido en tensión hasta entonces.

El pájaro volaba tan cerca que podía oír el ruido que hacían sus alas mientras las patas terminadas en uñas de acero se aproximaban cada vez más a sus hombros. Cox miró por el borde del precipicio buscando algo que le ayudara a descender, donde poder apoyar el

pie, pero no descubrió nada. Tenía que bajar, no podía luchar contra aquel ser. Con los ojos entornados miró el agua azul que había abajo. Tratar de deslizarse sería una imbecilidad: notaba su brazo mutilado, perdido entre la tela de la manga. Con sólo un brazo para sujetarse no tenía esperanzas de librarse del pájaro, aun cuando encontrara algún medio de bajar.

Una pata de acero le rompió la camisa, enviando una cuchillada de dolor a su cuerpo y haciendo que en su cerebro se cristalizara una loca idea. Aquella roca tan alta por encima del agua podía significar que el agua tenía mucha profundidad. Era una elección disparatada, pero no había otra cosa que hacer. Tras respirar profundamente, llegó hasta el filo de la roca, reunió todas sus fuerzas y se lanzó al espacio.

Rompió el agua produciendo un terrible impacto. Contuvo su respiración, pero luchó desesperadamente para lograr salir a la superficie con ayuda de su brazo sano, esperando ser liberado, rogando para que sus probadores se dieran ya por satisfechos, para que detuvieran la tortura, haciéndole volver a la realidad.

Finalmente salió a la superficie, y luego, de pronto, sintió tierra sólida bajo sus pies. Miró hacia atrás y vio que la roca en forma de pináculo había desaparecido y que el cielo tenía un horroroso matiz naranja. Jadeando y sin fuerzas, anduvo tambaleándose por la orilla.

Pero aquella orilla no era normal. Con un arrebato de ira, David vio que en la terrible superficie en la que se hallaba, la arena bajo sus pies se movía como si estuviera viva, cual si estuviera formada por avispas que le subían hasta los tobillos, que los rodeaban como queriendo que cayera de rodillas. Había estrellas que titilaban en el suelo, y del cielo caían grandes piedras de granito negro que le rozaban las orejas cual si fueran enormes balas de un cañón no terrestre. El mundo estaba cambiado, y las cosas aparecían contorsionadas o retorcidas en formas imposibles. En el aire olió el húmedo y fuerte olor del cloro.

Lanzando un grito de rabia se arrojó sobre la hirviente arena, a la que dio de puñetazos con desesperada furia al tiempo que gritaba una y otra vez. No podía resistir más, aquello era el fin, no tenía fuerzas para seguir luchando... Tenían que devolverle a la realidad, tenían que detener aquello.

Un horrible pensamiento se apoderó de su mente, haciéndole caer de rodillas. Sus ojos, hundidos, se abrieron de par en par sin poder ver el imposible y tergiversado paisaje. El miedo le dominaba, un miedo hondo, profundo, que profería en su mente un miedo desolado y vacío. Cuidadosamente revivió todas las pruebas que había sufrido, todo lo que había pensado, visto y sufrido. Había corrido, había luchado todo lo que humanamente era posible... lo suficiente para satisfacer a cualquiera que le probara. En lo que hacía a su reacciones, conscientes e inconscientes, a su habilidad para encontrar recursos ante el peligro, a su honradez de espíritu, a su resistencia, a su empuje, a sus ánimos... no podían pedir más. Y, sin embargo, no le liberaban. Con toda seguridad, si algún ser humano era capaz de resistir las terribles sorpresas de las estrellas y de los mundos alrededor de las estrellas, ese ser humano era él. ¡Pero no le liberaban!

El pensamiento se presentó de nuevo, más fuerte, llenándole de horrible certidumbre. Se estremeció, y un enorme sollozo surgió de sus labios. Ahora lo comprendía todo, estaba seguro de ello. Se había sentido esperanzado, en la creencia de que les satisfaría luchando y acabarían por poner término a la prueba. Pero ahora, con terrible claridad, veía el cuadro desde un ángulo diferente.

No se detendrían. Ellos nunca pararían de someterle a aquellos horrores. A pesar de lo mucho que pudiera resistir, nunca pararían. Había estado luchando por una causa perdida, luchando para satisfacer algo insaciable. Y podía seguir luchando, pero sólo para acabar cayendo muerto.

La ira se mezcló a la desesperación, una ira ciega que rompía su corazón y torcía su boca en una mueca de rabia. Había sido burlado, vencido. Les había servido de experimento, de prueba, para saber lo que podía resistir un entrenado hombre del espacio; había sido entregado a sabiendas a la muerte, como un indefenso conejillo de indias sin cerebro.

Dirían que lo hicieron por el bien de la humanidad... Cox escupió sobre la arena. A él le importaba un comino la humanidad. ¡Preparar a un hombre para que visitara las estrellas! ¡Al diablo con las estrellas! Él era un hombre, había sostenido una cruel batalla, se había enfrentado con la muerte, con una muerte dotada de las formas más horribles que su propia mente podía concebir. Y no iba

a morir. ¡No iba a morir por más horrores que Connover, Schiml y sus ayudantes del entrenamiento psíquico le enviaran!

Se echó hacia atrás sobre la arena, con el rostro rojo por la cólera que le corría por las venas. Se daba cuenta de que tenía que luchar contra su propia mente, que aquellas cosas las producía su propia mente, dirigida por las agujas de Schiml, estimulada por pequeñas cargas eléctricas. Todo venía de su propia mente. Claro que podían matarle. ¡Oh, sí! Nunca perdía de vista este hecho.

Pero él también podía matarles a ellos.

De pronto vio una enorme roca que se dirigía hacia él. Era negra, llena de picos, como un monstruoso pedazo de carbón, y se dirigía directamente hacia su cabeza, volando por el aire como una enorme bala procedente del infierno. Rebosante de amarga ira, David Cox permaneció inmóvil, haciendo frente a la roca que se aproximaba, con la mente fija en un solo y poderoso pensamiento. Con toda la fuerza que le quedaba, gritó:

—¡Detente!

La roca titubeó a medio camino, se detuvo, y acabó desvaneciéndose en una niebla de luz azul.

Cox se volvió para enfrentarse ahora con aquella cosa movediza, parecida a una selva. Tenía los músculos tensos, y grandes venas se le marcaban en el cuello.

Esto no es cierto, le gritaba su mente. Tú te puedes despertar solo. Ellos no te ayudarán, pero tú puedes hacerlo solo, puedes hacer que todo esto desaparezca. Tú solo puedes dominar tu mente.

Y entonces, como las nieblas de un ensueño, el mundo empezó a desaparecer a su alrededor, retorciéndose como virutas en el delgado y vivo aire, cambiando, retorciéndose, cambiando de nuevo, hasta que las últimas fuerzas que le restaban fueron abandonando su maltrecho cuerpo y su mente se unió al mundo que desaparecía, sumiéndose en una nube de inconsciencia. Lo último que distinguió antes de que todo se fundiera fue el dulce rostro de una joven, un rostro rebosante de miedo y de amor, inclinado sobre él y pronunciando su nombre...

Se despertó de pronto. Poco a poco empezó a distinguir la brillante y acogedora sala del hospital. Su cama se hallaba junto a una

ventana y a través de ella se veía un frío sol mañanero que brillaba sobre la atareada ciudad que se extendía debajo. Se veían, más allá, los edificios y terrenos del Centro Médico Hoffman, que se extendían como un oasis verde en medio de la poblada ciudad. El joven vio asimismo, aún más allá, las brillantes puntas en forma de aguja de las naves espaciales que él sabía que estaban esperándole.

Volvió el rostro hacia el alto y delgado hombre vestido de blanco que se hallaba junto a su cama.

—Paul —dijo en voz baja—, he salido airoso.

—Ha salido usted airoso —contestó el doctor. Sonreía feliz y tomó asiento en el borde del lecho.

—Pero... tuve que terminar la prueba por mí mismo. Ustedes no podían detenerla, ¿verdad?

Schimpl asintió gravemente con la cabeza.

—Ése era el último paso que tenía que dar, el paso realmente crítico de toda la prueba. Y yo no podía decirle esto a los otros, naturalmente. De haberlo sabido, no me habrían dejado llevar a cabo la prueba. Connover no habría dado su consentimiento. Pero sin ese último paso, la prueba habría resultado inútil. ¿Comprende?

Cox asintió lentamente.

—Tuve que superar la reacción física de algún modo. Tuve que forzarme a mí mismo.

—No sabíamos en absoluto lo que usted encontraría allá —dijo Schimpl, con lentitud—. Todo lo que sabíamos era que los otros encontraron algo, y el daño que eso les produjo. Ellos no pudieron superar la amenaza que encontraron. Sabíamos que un entrenamiento para reaccionar con una respuesta al mismo nivel que el peligro no sería tampoco suficiente. Usted tenía que experimentar reacciones rápidas que fueran más profundas que sus poderes racionales, y debía lograrlo cuando se encontrara al límite de sus fuerzas físicas. Y nosotros teníamos que saber si usted experimentaba esas reacciones.

Schimpl se inclinó para inspeccionar, con dedos infinitamente suaves, la vendada cabeza de Cox.

—Si los horrores con que se enfrentara hubieran sido patrañas que desaparecían en cuanto el camino se hiciera difícil, usted no habría alcanzado ese último eslabón, el que le salvará cuando salga al espacio exterior. Ése ha sido el último esfuerzo, el único que los

otros no supieron conseguir... y que tenía que descubrir por sí solo. Usted tenía que comprender por su cuenta que no íbamos a ayudarlo; que si debía salvarse, la cosa dependía sólo de usted.

»Cuando al fin vaya a donde fueron los otros astronautas, nadie estará allí para ayudarlo. Estará usted solo. Pero no importa lo que encuentre en los mundos desconocidos, ahora tendrá usted una especie de ángel guardián que le ayudará.

—¿El entrenamiento?

—El entrenamiento le servirá, aunque realizado en un nivel de inconsciencia, naturalmente. Pero lo que más le protegerá reside en su propia mente: una afinación de sus sentidos, de su poder analítico, y un poderoso y agudo sentido de la lucha, sean cuales fueren las pesadillas a las que se enfrente.

Cox asintió con la cabeza.

—Ya comprendo. Como dijo usted al principio del entrenamiento, se trata de una especie de hermana nuestra. Esta prueba era el paso final para comprobar si yo podía sobrevivir a tales pesadillas.

—Y usted, en su viaje interestelar, llevará escondidos en su mente ese conocimiento y esa experiencia, que le ayudarán cuando sea necesario. Usted será el próximo hombre que enviemos, usted junto con su hermana pesadilla.

Cox miró por la ventana durante un largo momento.

—¿Está bien Mary? —preguntó en voz baja.

—Está ahí fuera, esperando verle a usted.

David Cox se incorporó lentamente mientras recordaba con claridad todos los detalles de la prueba a que había sido sometido. Una prueba terrible y, sin embargo, necesaria. Así, cuando regresara del viaje estelar, no tendría el aspecto de los otros. De esta manera, los hombres podrían efectuar viajes interestelares y volver sanos y salvos.

Recordó asimismo la ira que le había poseído. Cogió la mano del doctor y la mantuvo fuertemente entre las suyas.

—Gracias, Paul —dijo—. Si regreso del viaje...

—Querrá decir «cuando regrese del viaje»... —contestó sonriendo el doctor Schiml—. Sí, Cox, cuando regrese usted del viaje, nos tomaremos juntos una cerveza. Eso es lo que haremos.

PROBLEMA

Aquella mañana, la carta llegó al buzón demasiado pronto para haber venido por correo regular. Pete Greenwood examinó el matasellos de New Philly con una sensación de presentimiento. La carta decía:

Peter:

¿Puedes venirte para el este sin más? El asunto Grdznth amenaza con volverse un «Problema» con mayúscula, y necesitamos un experto vendedor de refrigeradores que nos saque con rapidez las castañas del fuego. ¿Comprendido? Los matemáticos se divierten con esto, pero los ciudadanos no se divierten tanto. Ven, por favor.

Tommy

Lanzando un suspiro, Pete volvió a meter la carta en el sobre. Había perdido una apuesta hecha consigo mismo, ya que la carta había llegado tres días más tarde de lo que supuso. Pero de todas formas había llegado, como sucedía siempre que Tommy Heinz se encontraba en un apuro.

No es que no sintiera simpatía hacia Tommy. Era el hombre adecuado para un Problema y tenía todo lo necesario que ha de tener un hombre de Problemas. Ni siquiera él sabía a ciencia cierta todo lo que era capaz de hacer. ¡Un problema en un redondo ojo Grdznth! Pero lo que Tommy necesitaba con urgencia era un Batallón de Bazookas, no otro hombre de Problemas.

Con un suspiro de resignación, Pete tomó el *jet* que iba rumbo al este.

Se hallaba dormitando cuando la gruesa dama que iba sentada más arriba del pasillo dejó escapar un chillido. Una enorme cabeza de reptil se había materializado, salida no se sabía de dónde, y colgaba en el aire, mirando a su alrededor con incertidumbre. En otro lugar, a cuatro pies de distancia, se materializó un cuerpo verde y escamoso con largas uñas en forma de navaja, robustas patas traseras y una aplastada cola terminada en una aguja. Durante un momento, aquel ser flotó en el aire de arriba a abajo, agitando las patas. Después, la cabeza se juntó con el cuerpo, el ser ejecutó una pirueta poniéndose en posición horizontal y cayó suavemente sobre el suelo como una pelota de circo de ocho pies de diámetro.

Dos filas más adelante, un niño lanzó un ahogado chillido e intentó esconderse bajo el cuello de piel de su madre. La gruesa dama lanzó una exclamación de indignación. Alguien que se encontraba detrás de Pete gimió en voz alta, retirándose en seguida tras un periódico.

El ser tosió e intentó disculparse.

—Lo siento muchísimo —dijo con voz ronca—. Es tan difícil establecer control, ¿saben ustedes? Lo siento muchísimo...

Su voz retumbó mientras bajaba por el pasillo en busca del asiento vacío que había junto a Pete. La dama gruesa profirió otra exclamación a la vez que un indignado murmullo corría a lo largo de la cabina.

—Siéntese —dijo Pete, dirigiéndose al ser—. Póngase cómodo. Le hacen una recepción muy calurosa en estos días, ¿verdad?

—¿No le importa a usted que me siente? —preguntó el ser.

—En absoluto —contestó Pete, quitando del asiento su maletín y dejándolo en el suelo.

A distancia, la enorme bestia parecía algo así como una combinación de pesadilla, en la que se amalgamaban un gran cocodrilo y un pequeño tiranosauero. Ahora, de cerca, Pete pudo ver que las supuestas escamas no eran sino pequeñas arrugas de la satinada piel verde. Sabía, naturalmente, que los Grdznth eran mamíferos —«dóciles y pacíficos mamíferos», según había declarado Tommy enfáticamente—, pero al tener sentado a uno de ellos junto a él, tuvo que luchar contra una ola de horror y asco.

El ser era increíblemente feo. Grandes bolsas amarillas colgaban bajo sus ojos de reptil, y una doble hilera de largos y curvados

dientes brillaba vivamente en su boca. A despecho de sí mismo, Pete se asió fuertemente a los brazos del asiento cuando el Grdznth le lanzó su húmedo aliento a través de sus húmedas narices.

—Desconcierta usted, ¿verdad? —preguntó Pete.

El Grdznth asintió tristemente.

—Es horrible, pero no puedo remediarlo —contestó—. Siempre desconcierto. El otro día estuve en el presbiterio de la catedral de St. John. Casi eché a perder las plegarias de la mañana. —Hizo una pausa para recobrar aliento—. ¡Qué esfuerzo tuve que hacer! La barrera de energía, ¿comprende usted? Resulta terriblemente duro dar el salto. —Se detuvo de pronto para mirar por la ventanilla—. Querido, ¿vamos rumbo al este?

—Temo que sí, amigo mío.

—¡Oh, querido! Yo deseaba ir a Florida.

—Bien, pues se ha equivocado usted de avión —repuso Pete—. ¿Y por qué a Florida?

El Grdznth le miró con expresión de reproche.

—Por mis esposas, naturalmente. El clima es allí mejor, y ellas no deben sufrir molestias.

—Desde luego —contestó Pete—. En su situación... Lo había olvidado.

—Me han dicho que las cosas en el este se han puesto desagradables precisamente ahora —dijo el Grdznth.

Pete pensó en Tommy, rojo y frenético, discutiendo con hordas de indignados ciudadanos.

—Yo también me he enterado —contestó—. ¿Cuántos de ustedes han venido?

—¡Oh, no muchos, después de todo! Sólo las esposas... medio millón o así... junto con sus esposos, naturalmente. —El ser produjo un enervante ruido con sus uñas—. No nos queda mucho tiempo, ¿sabe usted? Sólo unas pocas semanas más, unos pocos meses a lo sumo. Si no nos hubiésemos detenido aquí, no sé lo que habríamos hecho.

—No se preocupe ahora —dijo Pete con indulgencia—. Ha sido una gran cosa tenerles a ustedes.

Los pasajeros escuchaban con el oído tenso mientras miraban fijamente a Pete. La dama gruesa hablaba en voz baja e indignada con su compañera de asiento. El niño había salido a medias del

cuello de piel de su madre y se dedicaba a mostrar la lengua al Grdznth.

El extraño ser dio pruebas de inquietud.

—Realmente creo... creo que quizá Florida sería mejor.

—¿Va usted a cambiar ahora? No salga delante de todos... —pidió Pete.

—No, si no voy a hacerlo. Ha sido usted muy amable, pero...

El Grdznth estaba empezando a desaparecer.

—Intente bajar cuatro millas hacia abajo y luego haga mil millas hacia el sur —dijo Pete.

El ser le dirigió una sonrisa toda dientes, le hizo una inclinación de cabeza y fue haciéndose cada vez más invisible. Cinco segundos después el asiento estaba casi vacío. Pete se retrepó en el suyo sonriendo para sí al tiempo que un ambiente de malestar le rodeaba como una ola. Él era, de corazón, un hombre de Relaciones Públicas... pero en aquel momento no estaba de servicio. Continuó riéndose para sí mientras los pasajeros le hacían el vacío cual si se tratara de una plaga. Y eso duró todo el camino hasta New Philly.

Pero cuando bajó por la escalerilla y buscó un taxi ya no sonreía. Se estaba preguntando lo grande que sería la tabarra que Tommy le pensaba dar esta vez.

Cuando Pete se apeó del taxi, la sala de espera de la Oficina de Relaciones Públicas estaba tan llena como un hormiguero vuelto del revés. El joven casi pudo oler la desesperada tensión que reinaba en el lugar. Atravesó la sala por entre los atareados empleados y los preocupados hombres con papeles en la mano hasta llegar a los ascensores de la parte trasera.

En el piso diecisiete, recién terminado, encontró a Tommy Heinz, que se paseaba por el corredor como un joven padre que esperase el nacimiento de su primer hijo. Pete pudo darse cuenta de que Tommy había perdido peso desde la última vez que le vio. Su rubicundo rostro estaba más pálido y tenía menos pelo en la cabeza, como si de cuando en cuando le hubiesen arrancado algunos. Vio a Pete cuando éste salió del ascensor y se dirigió a él con los brazos abiertos.

—¡Creí que no llegabas nunca! —exclamó—. Como no me

llamaste por teléfono, creí que me dejabas en el atolladero.

—¿Yo? —exclamó Pete—. Yo nunca dejo a un compañero en el atolladero.

La ironía de la respuesta no desconcertó a Tommy. Éste guió a su amigo a través de una antecámara hasta el alfombrado despacho del director, sin dejar de hablar con excitación, las palabras surgiendo de sus labios como el agua de una cascada. Parecía un vendedor ambulante de cuadros baratos gritando en Market Street.

—Cálmate —dijo Pete—. Descansa. Yo no voy a echar a correr. Tu secretaria te ha hablado no sé qué a propósito de un senador que está esperando. ¿No la has oído?

Tommy dio un respingo.

—¡Un senador! ¡Oh, querido...!

Dio vuelta a un conmutador de su escritorio.

—¿Qué senador es ése? —preguntó.

—El senador Stokes —contestó la muchacha con voz cansada—. Tiene una cita con usted. Y está dispuesto a echarle una reprimenda.

—¡No faltaba más que un senador ahora! —exclamó Tommy—. ¿Y qué es lo que quiere?

—Adivínelo —repuso la muchacha.

—¡Oh! Eso es lo que temía. ¿No le puede usted mantener allá?

—No se preocupe por eso —dijo la muchacha—. Está echando raíces. Empezó a echarlas anoche, y hoy ya les he tenido que limpiar el polvo. Su cita era para ayer, ¿recuerda?

—¿Que si lo recuerdo? Claro que lo recuerdo. El senador Stokes... Algo sobre una algarada en Boston. —Empezó a cerrar el interruptor, pero de pronto añadió—: Vea si puede venir aquí Charlie con su secretaria.

Se volvió de nuevo a Pete con una clara luz en los ojos.

—¡El viejo Pete! Has venido a tiempo. A tiempo. A las once horas de haberte mandado aviso. Bebe algo. Toma un cigarro. ¿Quieres mi puesto? Es tuyo. Sólo tienes que pedirlo.

—Me gustaría comprender —dijo Pete— por qué me has hecho venir desde Los Ángeles sólo para ofrecerme un cigarro. Yo tenía mucho trabajo.

—Vender películas, ¿no es verdad? —preguntó Tommy.

—Eso es.

—A gente que no las quiere comprar, ¿verdad?

—Es una manera de decirlo —replicó Pete, un poco picado.

—Exactamente —dijo Tommy—. Y teniendo en cuenta la calidad de las películas que vendes, serías capaz de vender cualquier cosa a cualquiera a cualquier hora y a cualquier precio.

—Por favor... Las películas están siendo mejores cada día.

—Sí. Ya sé. Y lo de los Grdznth se está poniendo peor cada hora. Llegan aquí a batallones. ¡Mil al día! Y mientras más Grdznth hay, más parece que el sitio les pertenece. No es que molesten, no... Pero su infernal cortesía es lo que más odia la gente, a mi modo de ver. No se enfadan, no luchan, pero hacen todo lo que les viene en gana y van a donde quieren, y aunque a la gente no les gusta, ellos siguen con lo suyo.

Pete se mordió el labio.

—¿Alguna violencia?

Tommy le dirigió una larga sonrisa.

—Hasta ahora no hemos dejado que lo publicasen en los periódicos, pero han ocurrido algunos incidentes. No se puede hacer daño a los Grdznth... Tienen protección personal a su alrededor, un pequeño detalle que no se molestaron en hacernos conocer. Cualquiera que intente algo contra ellos, cae como herido por un rayo. Corren rumores... La gente dice que no pueden ser muertos y que vienen aquí a fin de quedarse para siempre.

Pete hizo un lento movimiento de afirmación con la cabeza.

—¿Y es cierto eso?

—Me gustaría saberlo. Quiero decir, con seguridad. Los doctores en psiquiatría afirman que no. Los Grdznth dicen que se marcharán dentro de un tiempo concreto, y parece, según su cultura, que acostumbran a cumplir sus promesas. Pero eso es lo que piensan los doctores en psiquiatría, y está visto que a veces se equivocan.

—¿Y cuál es ese tiempo concreto?

Tommy extendió las manos con ademán de impotencia.

—Si lo supiéramos, tú estarías aún en Los Angeles. Aproximadamente seis meses y cuatro días y, además, un mes más o bien un mes menos, teniendo en cuenta la diferencia de tiempo. Todo esto es andar a tientas, según los de Matemáticas. Se trata de un universo paralelo al nuestro, uno de los varios miles ya explorados, según los científicos Grdznth que trabajan con Charlie

Karns. Muchos de los universos paralelos son análogos, y, al parecer, el nuestro es análogo al de los Grdznth. Tienen un sistema de ocho planetas que giran alrededor de un ardiente sol, el cual, en los últimos tiempos, es cada vez más ardiente.

Peter abrió sus ojos de par en par.

—¿Una nova?

—Eso parece. Nadie sabe lo que ellos predijeron, pero es patente que predijeron algo. Hace algunos años empezaron a explorar paralelo tras paralelo, intentando encontrar un lugar a donde poder emigrar. Por fin encontraron uno. Fue una especie de elección desesperada. Pero era frío y árido, lleno de cadenas de montañas insalvables. Haciendo un esfuerzo, pueden hacer que ese mundo acoja a parte de su población.

Tommy sacudió la cabeza con desesperanza y continuó:

—Idearon un sistema muy juicioso para crear una nueva y fuerte población Grdznth lo más pronto posible. Los varones fueron elegidos teniendo en cuenta su cerebro, su educación, su habilidad y su adaptabilidad. En cuanto a las hembras, fueron elegidas de acuerdo con sus buenas aptitudes para parir.

Pete sonrió.

—Los Grdznth considerados según su útero. Hay en ello algo poético.

—Pero existía un inconveniente —continuó Tommy—. Las mujeres no podían gestar en aquel clima frío, por lo menos hasta que sus glándulas no se aclimataran a él. Y parece que nosotros tenemos un clima muy adecuado para la gestación Grdznth, incluso mejor que el de su planeta natal. Así que pidieron permiso para detenerse aquí, en su camino hacia el nuevo planeta, para descansar y que sus hembras den a luz.

—Así que la Tierra es algo así como una incubadora glorificada —dijo Pete, poniéndose en pie con ademán pensativo—. Esto es muy conmovedor, pero como si no. Si los Grdznth gozan de tan escasa popularidad entre las masas, ¿por qué dejaron llegar aquí a esas parejas, en primer lugar? —Miró fijamente a Tommy—. Para decirlo de una vez, ¿cuál es el precio que pagan por su permanencia aquí?

—Has tocado el punto principal —contestó Tommy con calor—. Ahí está el inconveniente. El precio es tan elevado que la Tierra no

puede arriesgarse a perderlo. Charlie Karns te dirá por qué.

Charlie Karns, de la sección de Matemáticas, era un hombre que parecía un esqueleto, provisto de una gran mandíbula y de una larga bata blanca que colgaba de sus hombros como una mortaja. En sus manos llevaba una pequeña caja negra.

—Se trata del asunto del universo paralelo —dijo a Pete, mientras Tommy asomaba la cabeza por encima de su hombro—. Los Grdznth pueden meterse por todas partes. Hace mucho tiempo que pueden hacerlo. De acuerdo con nuestros cálculos, deben de poseer un completo control sobre la masa, sobre el espacio y sobre la dimensión... Las tres cosas. Y el tiempo se mete dentro de una de las tres. No sabemos de cuál.

El matemático apoyó la negra caja sobre el escritorio y levantó la tapa. Como si se tratara de una caja sorpresa, dos pequeñas esferas de plástico empezaron a perseguirse por el aire a seis pulgadas por encima de la caja. Pronto surgió de la caja una tercera esfera que se unió al juego.

Pete observó aquello con su mandíbula colgando, hasta que la cabeza empezó a darle vueltas.

—¿Sin hilos? —preguntó.

—Absolutamente sin hilos —contestó Charlie, sombríamente—. Sin nada. —Cerró la caja produciendo un chasquido—. Éste es un juguete para niños, y teóricamente no hay razón para que exista. Entre otras cosas, hace caso omiso de la gravedad.

Pete tomó asiento frotándose su barbilla.

—Sí —dijo—. Estoy empezando a comprender. ¿Ellos le explican a usted cómo funcionan estas cosas?

—Lo intentan —contestó Tommy—. Charlie y una docena más han estado trabajando durante semanas en compañía de los mejores matemáticos Grdznth. ¿Cuántas calculadoras han quemado ustedes, Charlie?

—Cuatro. Existe un factor diferencial, y no hemos podido dar con él. Ellos tienen las ecuaciones, y todo eso marcha bien. Es cuestión de traducirlas a constantes que tengan sentido. Pero hemos fallado en el diferencial.

—Y si no hubieran fallado, ¿qué pasaría?

Charlie respiró hondo.

—Dispondríamos de un control interdimensional, de una práctica y utilizable transmutación de la materia. Tendríamos una gravedad nula, lo que significaría el mayor avance en la utilización de la fuerza desde los tiempos en que se descubrió el fuego. Eso nos puede abrir la puerta a un concepto sobre el viaje en el tiempo con algún sentido. ¡Y otro sobre la fuerza! Pero si existe una energía diferencial de alguna magnitud...

Acabó sacudiendo la cabeza con tristeza.

—Nos enteraremos del diferencial de tiempo —dijo Tommy con esperanza—. Y también de lo que dura la gestación de los Grdznth.

—Hemos establecido un convenio justo —afirmó Charlie—. Les tendremos aquí hasta que las hembras tengan a sus niños. Y ellos, en cambio, nos enseñarán el abecé del espacio, la masa y la dimensión.

Pete asintió con la cabeza.

—Todo eso, si logran ustedes que la gente les soporte durante otros seis meses, aproximadamente.

Tommy suspiró.

—Creo que se andará. No todo se resuelve en una hora.

—¡No puedo! —exclamó tristemente el maquillador, al tiempo que se dejaba caer en una silla y escondía el rostro entre sus manos—. He fracasado. ¡Fracasado!

El Grdznth que estaba sobre el taburete posó su disgustada mirada primero en el maquillador y luego en los hombres de Relaciones Públicas.

—Yo sólo puedo decir que... lo siento.

Su ronca voz seguía resonando mientras se arrancaba una larga tira de pasta de maquillaje de su satinado y verde rostro. Pete Greenwood miró asombrado al maquillador, que sollozaba en su silla.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó.

—Que sufre en su orgullo profesional —explicó Tommy—. En Hollywood puede quitar veinte años del rostro de cualquier mujer. Pero no puede hacer nada con esa belleza que hay ahí. Y esto es sólo un detalle —añadió, mientras atravesaban el corredor—. Ya

verá usted los informes que llegan de fuera. Hemos estado hablando de los adelantos, riqueza y poder que podrán poseer. Pero no ha dado resultado. El hombre de la calle lee nuestra propaganda, pero luego alza la cabeza y encuentra a uno de esos asquerosos seres leyendo su propio periódico por encima de su hombro...

—Así que no les es posible a ustedes volverles hermosos —dijo Pete—. Pero... ¿no pueden volverles por lo menos agradables?

—¿Con esos dientes? ¿Con esos ojos? ¡Vamos!

—¿Y por qué no prueban ustedes con la simpatía?

—¿La simpatía? Ya lo intentamos. Pero no hay nada simpático en ellos. Se materializan en cualquier lugar. En la iglesia, en una alcoba, en el túnel Lincoln en medio del tráfico a una hora punta... ¡Mire!

Pete miró a través de la ventana el embotellamiento de tráfico que había abajo. Los coches se hallaban parados a lo largo de varias manzanas a ambos lados de la intersección. Una brigada de guardias de tráfico se dirigían apresuradamente hacia el centro del embotellamiento, donde un río de reptiles verdes parecían surgir de la propia calle, alzándose sobre los coches detenidos en el embotellamiento como tanques Sherman.

—¡Diablos! —exclamó Tommy—. La circulación era ya bastante mala como estaba antes. Y esos seres no hacen nada para remediar las cosas. Se disculpan profusamente, pero siguen apareciendo en cualquier momento. —Ambos se dirigieron a la oficina—. Esto ha llegado a su punto álgido. La gente adelgaza a consecuencia de la preocupación... sin hablar de las pesadillas que sufren los niños y de las complicaciones causadas por las mujeres que se desmayan.

La señal luminosa que había sobre la mesa de Tommy se tornó escarlata. Tommy, lanzando un suspiro, se dejó caer en una silla y dio vuelta a un conmutador.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

—¡Soy un senador! —exclamó una furiosa voz masculina—. *Mr.* Heinz, mi artritis ha empezado a ganar la batalla. ¿Me va usted a recibir ahora o no?

—Sí, sí, en seguida...

Tommy se había puesto pálido.

—El senador Stokes... —murmuró—. Me había olvidado completamente.

Al senador no parecía gustarle el haber sido olvidado. Penetró en la oficina, miró desdeñosamente a los hombres dedicados al Problema, y tomó asiento en el borde de una silla, apoyándose sobre su paraguas.

—Ha perdido usted su empleo —dijo a Tommy con frío tono de voz—. No ha recibido aún ninguna noticia sobre ello, pero puede usted fiarse de mi palabra. Yo me sentiré encantado de dar personalmente todos los pasos para lograrlo, pero dudo que tenga que hacerlo. Hay en Washington cien senadores por lo menos que esperan su dimisión, *Mr. Heinz*... Y se ha hablado incluso de linchamiento. Nada oficial, por supuesto.

—Senador...

—¡Nada de senador! Queremos que en esta oficina haya alguien que sea capaz de hacer algo.

—¿Hacer algo? ¿Cree usted que soy un mago, que puedo hacerles desaparecer? ¿Qué es lo que quieren que haga?

El senador enarcó las cejas.

—No necesita gritar, *Mr. Heinz*. Lo que usted haga no me interesa lo más mínimo. Mi interés se enfoca por completo hacia una colección de mil cartas, telegramas y llamadas telefónicas que he recibido sólo en los pasados tres días. Mis electores se muestran muy concluyentes, *Mr. Heinz*. Si los Grdznth no se marchan, yo me marchó.

—Eso no sucederá nunca, naturalmente —murmuró Pete.

El senador lanzó a Pete una fría y escrutadora mirada.

—¿Quién es este individuo? —preguntó a Tommy.

—Un ayudante mío —se apresuró a contestar éste—. Es un excelente analizador del Problema.

El senador absorbió aire por la nariz.

—Lleno de ideas, como si lo viera.

—Lleno de ideas —repitió Pete—. Las suficientes para que sus electores no le atosiguen, por lo menos durante un tiempo.

—¿De veras?

—De veras. Tommy, ¿cuánto tardará usted en hacer que una llamada de propaganda acerca del Problema llegue a todos los oídos? ¿Dispone usted de medios para ello?

—De muchos —respondió Tommy.

—¿Y cuánto tardará usted en recibir respuestas y analizarlas?

—Digamos... unas seis horas después de haber lanzado la llamada de propaganda. Pete, si tienes una idea, ¡dínosla!

Sin dejar de mirar al senador, Pete se puso en pie.

—Se han intentado hacer muchas cosas, pero me parece a mí que ha sido olvidado un importante factor. Un factor que hará que sus electores queden satisfechos —miró a Tommy con lástima—. Tú has intentado volverles hermosos, pero ellos no son hermosos. Ni siquiera resultan pasaderos. Pero se han olvidado de lo que les sucede, por lo menos a la mitad de ellos.

Tommy abrió la boca asombrado.

—La mitad de ellos son hembras y están embarazadas —dijo.

—¡Oh, vamos! —exclamó el senador—. Si está usted intentando burlarse en mi propia cara...

—Siéntese y calle —continuó Pete—. Si hay algo que el hombre común reverencia, amigo mío, es la maternidad. Tenemos a varios centenares de hembras Grdznth embarazadas, esperando que lleguen sus pequeños Grdznth, y nadie se ha ocupado de ellas. —Se volvió hacia Tommy—. Traiga aquí a algunas mecanógrafas. Busque algunos médicos Grdznth especialistas en obstetricia. ¡Vamos a lanzar una llamada de propaganda que pulse las cuerdas del corazón de la gente como si se tratara de mil millones de arpas!

El color volvió a las mejillas de Tommy y el senador quedó olvidado, mientras el primero manejaba una docena de conmutadores.

—Vamos a necesitar emisiones de televisión y muchísimas emisiones de radio —afirmó—. Y quizás algunas fotografías... ¿Crees que los niños Grdznth serán atractivos?

—Probablemente parecerán salamandras —contestó Pete—. Pero di a la gente todo lo que se te ocurra. Si no salimos del paso apelando a la santidad de la maternidad Grdznth, amigo mío, no saldremos del paso con nada.

—Esto es genial —gritó Tommy—. ¡Sencillamente genial!

—Si acaso da resultado —añadió dubitativo el senador.

—Dará resultado —dijo Pete—. La cuestión es la siguiente: ¿cuánto dura la gestación?

El plan revelaba la marca del genio. Nada súbito, duro o crudo...

Lentamente, un comentario hecho por la radio aquí, un artículo de periódico allá, empezó a enfocarse la cosa no hacia los Grdznth en general, sino hacia las madres Grdznth en particular. Un profesor llamado Rutggers, que tenía un programa en televisión los lunes a las seis y media de la tarde y cuyo título era «La maternidad como experiencia», vio de pronto que su programa era trasladado a las diez y media de los sábados por la noche. De la oficina de Tommy surgían las copias, unas copias refinadas e hipersensibles, que encontraban camino hacia la luz del día a través de muy distintos canales.

Tres días más tarde, se produjo una amenaza de aborto Grdznth, que fue evitado. Esto pertenecía a la página cuarta de lo escrito por Pete, pero constituía un buen principio.

Los esfuerzos para expulsar a los Grdznth se debilitaron, titubearon. Los Grdznth eran feos, asustaban a los niños, resultaban insoportables con su terca cortesía... pero en un mundo civilizado nadie deja bajo la lluvia a madres que esperan hijos. Ni siquiera a madres Grdznth que esperan hijos.

Durante la segunda semana, la propaganda siguió a toda marcha. En el edificio de Relaciones Públicas, las máquinas trabajaban durante toda la noche. Cuando los cuestionarios estuvieron listos, las pantallas de televisión proyectaron cándidas películas y entrevistas hechas al volver de la esquina. Y esto durante las veinticuatro horas del día. Tommy Heinz adelgazó, mientras que Pete sentía fuertes dolores de estómago.

La mañana en que comenzaba la tercera semana, Tommy preguntó en tono de queja:

—¿Por qué no responde la gente? ¿Es que no tienen sentimientos? ¡Arrojamos sobre ellos propaganda a oleadas y se quedan tan tranquilos!

Por medio de una línea privada, envió un recado al departamento de Análisis. Era la cuarta vez que lo hacía aquella mañana. Un hombre de mirada lastimera se presentó ante él.

—¡Por fin está usted aquí!

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó el recién llegado—. ¿Las noticias de ayer?

—¿Qué es lo que cree usted que puedo querer? ¿No hay ningún signo de aflojamiento de la tensión?

—No hay el menor signo. Y eso que anoche trabajamos de firme. El apéndice a la propaganda que usted sugirió se lo tragarón enterito.

—¿Qué hay sobre el discurso del presidente?

El hombre procedente del departamento de Análisis sonrió.

—Tendría que estar ayudándonos en nuestra campaña.

Tommy se secó la frente con la manga de su camisa.

—Perfectamente. Ahora escuche: necesitamos que se afanen ustedes en reunir todas las respuestas que puedan a base de niveles de tolerancia, ¿comprende? ¿Cuánto tardaremos en obtener este informe?

El hombre del departamento de Análisis sacudió la cabeza.

—Con los datos de que disponemos, sólo podremos sacar en claro una cosa aproximada.

—Muy bien —repuso Tommy—. Pues hagan un cálculo aproximado.

—Denos tres horas —dijo el hombre del departamento de Análisis.

—Tienen ustedes treinta minutos. Váyase.

Volviéndose a Pete, Tommy se frotó las manos con viveza.

—Esto va a dar resultado, muchacho. No sé qué resultado, pero va a darlo. Cuando los niveles de tolerancia nos digan lo que este programa tardará en aquietar los ánimos, Charlie tendrá entonces tiempo de poner en claro el factor diferencial, cosa que parece ser el eje de todo.

Sonrió para sí mientras empezaba a pasearse por la habitación con nerviosa energía.

—Parece que ya veo lo que va a ocurrir —continuó—. Espacios abiertos en lugar de ascensores. Un salto, y nos vamos a Honolulu para pasar la tarde a orillas del agua, pudiendo volver a tiempo para la cena. Un galón de combustible para un centenar de millas en la excursión dominguera. Cuando la gente vea lo que los Grdznth nos van a regalar, les recibirán con los brazos abiertos.

—No sé, no sé —repuso Pete.

—Bien, ¿por qué no van a hacerlo? La gente no tiene confianza en nosotros, eso es todo. ¿Qué sabe la gente de la calle sobre la transmutación de la materia? Nada. Pero proporcionadle un mejoramiento, y empezarán a creer en ello.

—Sí, sí —dijo Pete—. Suena a algo grande. Tal vez un poco... demasiado grande.

Tommy le miró con los ojos entornados.

—¿Demasiado grande? ¿Estás loco?

—No. Sólo un poco nervioso —y Pete se metió las manos en los bolsillos—. ¿Te das cuenta de que estamos metidos en esto? Estamos metidos hasta el cuello. Luchamos por lograr tiempo... para que Charlie y los suyos resuelvan la adivinanza, tiempo para que las hembras Grdznth gesten. Pero... ¿qué dice Charlie?

—Pete, Charlie no puede...

—Cierto —dijo Pete—. Nada nos ha dicho Charlie. Aún no tenemos ni la transmutación de la materia, ni la anulación de la gravedad o la fuerza... Sólo un montón de Grdznth, y muchos más que vendrán en cuanto puedan. Estoy empezando a preguntarme por lo que los Grdznth nos dan.

—Bien, las hembras acabarán alguna vez su gestación.

—Claro que sí. Pero yo tengo un ardiente deseo de hablar con Charlie. Algo me dice que esas hembras van a estar gestando demasiado tiempo.

—Lo siento —dijo la telefonista—. Nadie contesta allí desde hace tres días.

—¿Tres días? —gritó Tommy—. ¿Qué ha pasado? ¿Es que ha muerto Charlie?

—No es probable. Ayer quemaron dos máquinas más —dijo la telefonista—. Estropearon en veinte minutos el panel de los conmutadores.

—Haga que Charlie me responda —pidió Tommy—. Es una orden.

—Sí, señor. Pero primero vaya al departamento de Análisis. Le llaman de allí.

El departamento de Análisis estaba patas arriba. Los papeles y las cintas se apilaban en el suelo, llegando hasta la rodilla. Las máquinas tecleaban incansablemente, arrojando resmas de papel que eran tragadas por otras máquinas.

En un rincón de la oficina encontraron al hombre del departamento de Análisis. Estaba pálido, pero contento.

—¡El programa! —exclamó Tommy—. ¿Cómo va?

—Puede usted contar con que la gente permanecerá tranquila por lo menos durante otros cinco meses. —Titubeó un momento y luego continuó—: Si es que para entonces llegan a ver a algún bebé Grdznth.

En la habitación se produjo un silencio de muerte.

—¡Un bebé Grdznth! —repitió finalmente Tommy.

—Sí, eso dije. Así piensa la gente. Eso es lo que han dado a entender.

Tommy tragó saliva.

—¿Y si la gestación dura seis meses? —preguntó.

El hombre del departamento de Análisis se pasó un dedo por la garganta. Tommy y Pete se miraron. Las manos del primero temblaban.

—Creo que haremos bien en ir a ver inmediatamente a Charlie Karns —dijo Tommy.

La sección de Matemáticas parecía una tumba. Las máquinas se hallaban silenciosas. En el extremo encontraron a un Charlie sin afeitar, tomándose una taza de café en compañía de un Grdznth de pulida apariencia. La cafetera flotaba gentilmente a unos seis pies por encima del escritorio. También el Grdznth y Charlie flotaban en el aire.

—¡Charlie! —exclamó Tommy—. Durante horas he estado intentando hablar con usted. La telefonista...

—Ya sé, ya sé —contestó Charlie haciendo un ademán evasivo—. Le dije a la telefonista que se fuera. Y también se lo dije al resto de los empleados.

—Entonces... ¿ha averiguado usted el diferencial?

Charlie efectuó un imaginario saludo en dirección al Grdznth.

—Lo averiguó Spike —dijo—. Spike es una especie de genio entre los Grdznth.

Arrojó la taza de café por encima de su hombro. La taza fue a dar, después de dibujar una graciosa y lenta curva, contra la pared más lejana.

—Y ahora, ¿por qué no se van ustedes también? —preguntó.

Tommy se tornó de color púrpura.

—Tenemos cinco meses —dijo con voz ronca—. ¿Me oye usted? Si esas embarazadas no dan a luz a sus hijos dentro de cinco meses, estamos perdidos.

Charlie sonrió.

—¿Cinco meses dice usted? Imaginamos que los niños nacerán dentro de tres meses. ¿No es verdad, Spike? Pero eso no soluciona nada.

Charlie tomó lentamente asiento junto a su escritorio. Ya no reía.

—Sólo que no veremos nunca a ningún bebé Grdznth. Tendremos demasiado frío para verlo. Se trata del factor energía —murmuró Charlie—. Nadie pensó en eso excepto de pasada. Y tendríamos que haber pensado en eso hace tiempo. Dos universos completamente independientes y, por lo tanto, dos sistemas de energía. Incompatibles. Hablábamos de masas, de espacio y de dimensiones... pero el diferencial de energía era lo más importante.

—¿Y qué hay sobre la energía?

—Estamos cargados de energía. Sobrecargados —y trazó frenéticamente rayas y más rayas sobre el cuaderno que había en la mesa—. Mire, ellos necesitaron grandes cantidades energía para venir... Inmensas cantidades de energía. Cada uno de los que vinieron alteró un poco el equilibrio, destrozó todo nuestro plan de energía. Y ellos sabían desde el principio que el diferencial estaba completamente a favor suyo... Un millón de ellos desequilibraría a cuatro mil millones de los nuestros. Todo lo que necesitaban para sobrecargarnos completamente era tiempo para efectuar bastantes trasportes.

—Y nosotros les dimos ese tiempo —dijo Pete, tomando asiento lentamente; tenía el rostro verde—. Es como una pelota de goma con una pinchadura. Se aprieta por un lado y el otro lado deja salir el aire. Y nosotros nos hallamos en este otro lado. Y... ¿cuándo?

—Ahora, cualquier día. Quizás dentro de pocos minutos. —Charlie abrió sus manos con ademán de impotencia—. Oh, el nuevo lugar no será del todo malo. Spike me lo estaba diciendo ahora. La temperatura más baja es sólo de 39 grados bajo cero. Habrá muchísima nieve buena y limpia, y miles de bonitas montañas picudas. Realmente un hermoso lugar. Sólo que resulta un poco demasiado frío para los Grdznth. Y pensaron que la Tierra era

mucho más acogedora.

—Para ellos —murmuró Tommy.

—Para ellos —respondió Charlie.

LA CURA COFFIN

El descubrimiento fue anunciado por el mismo doctor Chauncey Patrick Coffin. Naturalmente, hizo todo lo que pudo, con escasa habilidad por cierto, para sacar el mayor rendimiento de ello. Si las cosas se volvieron mejores de lo esperado, tanto mejor. Su presentación fue hecha la última noche de la reunión anual del American College de doctores en Medicina, y Coffin deseaba que la cosa cayera como una bomba.

Y cayó como una bomba. La explosión excedió los más locos sueños del doctor Coffin, que realmente había soñado mucho. Al final de la velada tuvo que abrirse paso para llegar hasta la puerta a través de más periodistas que médicos. Fue una velada triunfal para Chauncey Patrick Coffin, doctor en medicina.

Pero algunos no se sintieron encantados con la bomba.

—¡Es una idiotez! —exclamó el joven doctor Phillip Dawson en la sala de conferencias, la siguiente mañana—. Una absurda idiotez. Usted está mal de la cabeza, eso es lo que pasa. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho? Tratando de apabullar a sus colegas, ¿eh?

Arrugó en su mano las hojas impresas de la declaración de Coffin, y las blandió como si se tratase de una ancha espada.

—«Informe sobre una vacuna para el tratamiento y la cura del resfriado común», por C.

P. Coffin,

et al. Eso es lo que dice: et al —continuó—. He aquí lo que se me ocurre: si antes de un año logra usted que le publiquen algo sobre esto, Jake y yo nos daremos de cabeza contra la pared durante ocho meses seguidos.

—¡Vamos, Phillip! —exclamó el doctor Chauncey Coffin, pasando su gruesa mano por sus cabellos de nieve—. ¡Qué

desagradecido! Yo daba por sentado que se mostraría usted encantado. Diría que se ha tratado de una presentación excelente... Tensa, sucinta, inequívoca... —Levantó la mano—. Generosamente inequívoca, ¿comprende usted? Tendría que haber oído usted la ovación... ¡Creí que se volvían locos! Y el rostro de Underwood... Vale la pena el haber esperado veinte años para lograr esto.

—Y los periodistas —saltó Phillip—. No se olvide usted de los periodistas. —Se volvió hacia el hombrecito moreno sentado silenciosamente en un rincón—. ¿Qué hay sobre eso, Jack? ¿Ha leído usted los periódicos de la mañana? Este ladrón no solamente nos roba nuestro trabajo, sino que lo propala por todo el país, escrito en tinta roja.

El doctor Jacob Miles tosió a manera de disculpa.

—Lo que saca de quicio a Phillip —dijo, dirigiéndose a Coffin— es lo prematuro de ello. Después de todo, apenas hemos tenido un período aceptable de ensayo clínico.

—¡Tonterías! —dijo Coffin, mirando a Phillip—. Underwood y sus hombres están dispuestos a hacer público el descubrimiento en seis semanas. ¿En dónde estaremos entonces? ¿Qué más prueba clínica quiere usted? Phillip, tenía usted el peor resfriado de su vida cuando tomó la vacuna. ¿Ha tenido usted algún otro desde entonces?

—No, claro que no —contestó Phillip con expresión desabrida.

—¿Y usted, Jacob? ¿Algún estornudo?

—¡Oh, no! Ningún resfriado.

—Bien, ¿y qué hay de esos seiscientos estudiantes de la Universidad? ¿Me equivoqué cuando leí el informe sobre ellos?

—No... El noventa y ocho por ciento de ellos, aquejados de activos síntomas, se curaron a las veinticuatro horas. Ni una sola recaída. Los resultados fueron rápidos y milagrosos... —Al llegar aquí, Jake titubeó—. Naturalmente, sólo ha pasado un mes...

—¡Qué más da un mes, un año o un siglo! ¡Mírelos usted! Seiscientos muchachos aquejados de fuertes resfriados, y ahora ni un estornudo.

El grueso doctor, con su rubicundo rostro radiante, se sentó ante su escritorio.

—Vamos, vamos, caballeros —continuó—, sean razonables. ¡Piensen en las posibilidades! Hay mucho trabajo que hacer, mucho

trabajo. Me imagino que me están esperando en Washington. Tengo una conferencia de prensa dentro de veinte minutos. Las fábricas de específicos quieren consultar conmigo. ¿Cómo vamos a detener la marcha del progreso? Hemos obtenido el más grande triunfo de la medicina de todos los tiempos: vencer al resfriado común. ¡Pasaremos a la historia!

Y tenía perfecta razón. Por lo menos en lo que hace a éste último punto.

Pasaron a la historia.

La respuesta pública a la vacuna resultó poco menos que monumental. De todos los males que han atormentado a la humanidad a través de la historia, ninguno más universal, más tenaz y más desagradable que el resfriado común. No respetaba barreras, fronteras ni clases. Tanto los embajadores como las camareras de hotel estornudaban y sentían la nariz mojada. Los grandes del Kremlin estornudaban y se sonaban ruidosamente y se secaban las lágrimas durante sus más atareados días, mientras en los debates senatoriales en los que se trataba de cosas muy importantes para el mundo, se hacían reverentes pausas cuando alguien se sonaba o aclaraba la inflamada garganta. Otras enfermedades obligaban a estar en cama, e incluso producían la muerte; pero el resfriado común se limitaba a producir tormento a millones de seres mientras resistía implacablemente los más grandes esfuerzos para curarlo.

Hasta que en aquel frío y lluvioso mes de noviembre, salieron al mundo unos titulares de cuatro pulgadas.

COFFIN DESCUBRE EL SECRETO PARA VENCER AL RESFRIADO

«No más toses», afirmaron los colaboradores del descubridor.

Se acabaron los estornudos: una sola inyección da con ellos

En los círculos profesionales el descubrimiento se llamó «vacuna Coffin multicéntrica inhibidora del virus que ataca la parte alta del aparato respiratorio». Pero los periódicos, que no gustan de nombres tan altisonantes, lo llamaron simplemente «La cura Coffin».

Bajo los titulares, conocidos articulistas contaban en términos reverentes la historia de la lucha llevada a cabo por el doctor

Chauncey Patrick Coffin (et al.) para resolver este gran problema de todos los tiempos; cómo, después de años de fracaso, había logrado últimamente cultivar el agente causal del resfriado común, identificándolo no como un único virus o grupo de virus, sino como un complejo virus multicéntrico que invadía las suaves mucosas de la nariz, de la garganta y de los ojos, capaz de alterar la estructura básica molecular de los tejidos y de resistir los esfuerzos que hace el cuerpo desde dentro y el médico desde fuera para atacarlos y destruirlos; cómo el doctor Phillip Dawson había concebido la hipótesis de que el virus podía ser destruido sólo por un anticuerpo que «helara» el complejo viral el suficiente tiempo para que las defensas naturales del cuerpo dieran buena cuenta del ofensivo invasor; la exhaustiva búsqueda de este «agente paralizador» y, por fin, el éxito coronando los trabajos después de haber inyectado varios galones de material enfriador de virus dentro de la piel de un grupo de cooperadores y sufridos perros, especie que nunca sufrió resfriados y que, por lo tanto, soportaron todo el asunto con un aire de afectuoso aburrimiento.

Y, finalmente, las pruebas. En primer lugar, el mismo Coffin, que sufría un terrible ataque de la enfermedad que intentaba curar. Luego, sus ayudantes Phillip Dawson y Jacob Miles, y después una multitud de estudiantes de la Universidad... cuidadosamente elegidos por la severidad de sus síntomas, la longevidad de sus resfriados, su tendencia a adquirirlos a la menor causa o sin ella, y su profunda resistencia a curarse siguiendo cualquier conocido plan médico.

Constituyó un triste espectáculo la vista de aquellos estudiantes desfilando por el laboratorio de Coffin durante tres días de octubre; sus ojos eran ríos de lágrimas, estornudaban, sorbían y se sonaban, tosían hasta romperse los pulmones, mientras sus ojos inyectados en sangre reflejaban mudas súplicas. Los investigadores les prodigaron sus cuidados: una única inyección en el brazo derecho, y un control de sensibilidad en el izquierdo.

Fueron observados con creciente alegría cuando los resultados se hicieron patentes. Los estornudos cesaron; la molestia en la nariz también. Un gran silencio se extendió por todo el claustro de la Universidad, las aulas, la biblioteca, los museos. La voz del doctor Coffin volvió a oírse, para disgusto de sus compañeros, gritando en

el laboratorio como niño en una feria. A docenas entraban los estudiantes con nariz húmeda y ojos brillantes para que les inyectasen la vacuna.

En unos días no quedó ninguna duda de que el objetivo había sido alcanzado.

—Pero tenemos que estar seguros —dijo Phillip Dawson, lleno de cautela—. Esto ha sido tan sólo una pequeña prueba. Necesitamos ahora una prueba de masas en una comunidad. Tendríamos que ir a la costa oeste a hacer estudios; he oído decir que existe allí una clase diferente de resfriado. Tenemos que ver cuánto dura la inmunidad, tenemos que estar seguros de que posteriormente no se producen efectos inesperados.

Y murmurando para sí, se puso a trabajar armado de libreta y lápiz, calculando el programa que tenía que seguirse antes de hacer público el descubrimiento.

Pero corrían ciertos rumores. En Stanford, según decían, Underwood había ya completado sus pruebas y estaba preparando una memoria para publicarla algunos meses después. Era seguro que con unos resultados tan teatrales obtenidos en la pequeña prueba, algo podía imprimirse. Podía resultar trágico perder la oportunidad que ofrecía el éxito sólo por tener que andar con una precaución innecesaria...

Peter Dawson se puso por las nubes, pero la suya era una voz que clamaba en el desierto. Chauncey Patrick Coffin tenía la sartén por el mango.

Una semana después, incluso Coffin se preguntaba si la cosa no habría ido demasiado lejos. Esperaban que la demanda de vacuna sería grande... Incluso los recuerdos de los primeros tiempos de la vacuna Salk contra la polio quedaban achicados por aquellas multitudes lanzadoras de estornudos y con los ojos rojos que les bombardeaban queriendo obtener los primeros frutos.

Jóvenes con los ojos claros procedentes de la Oficina del Gobierno hacían cola junto a multitudes venidas de pueblos de los alrededores que llenaban las calles, bajo la lluvia, que conducían al laboratorio Coffin. Los primeros deseaban insistentemente obtener muestras del producto.

Setecientas firmas farmacéuticas se arrojaron como buitres sobre Coffin llenas de planes de producción, presupuestos de coste, proyectos de coloreados anuncios y programas de distribución. Coffin tuvo que trasladarse a Washington, donde se daban conferencias nocturnas, mientras la ola de peticiones seguía llamando y llamando a las puertas del laboratorio.

Un laboratorio farmacéutico prometió la vacuna en diez días; otro decía que la tendría en una semana. La primera vacuna para la venta apareció tres semanas y dos días después, desapareciendo en el espacio de tres horas absorbida por la ávida esponja de la humanidad aquejada de resfriado común. Aviones especiales salieron para Europa, Asia, África, llevando el precioso cargamento; un millón de agujas pincharon un millón de pieles humanas, y la humanidad, tras de lanzar un enorme y convulsivo estornudo final, entró en una nueva era.

Hubo personas que se abstuvieron, naturalmente. Siempre las hay.

—Esto no irá mejor que otras cosas, por mucho que habléis —dijo Ellie Dawson, con voz ronca y pronunciando muy mal al tiempo que sacudía sus rubios rizos—. Yo no quiero que me pongan ninguna inyección contra el resfriado.

—Te comportas de un modo completamente irrazonable —repuso Phillip, mirando a su esposa con disgusto.

La joven no era ya la bonita muchacha con la que se había casado. Por lo menos aquella tarde no lo era: sus ojos estaban hinchados y su nariz roja chorreando mucosidades.

—Tienes ese resfriado desde hace dos meses largos —continuó el marido—, y la cosa es molesta. Estás pasando una mala temporada. No puedes comer, no puedes respirar y no puedes dormir.

—No quiero ninguna inyección contra el resfriado —repitió la mujer tercamente.

—Pero... ¿por qué no? Es una aguja pequeña y apenas la notarías.

—¡Pero a mí no me gustan las agujas! —exclamó Ellie, rompiendo a llorar—. ¿Por qué no me dejas sola? Vete con tus sucias agujas a pinchar a la gente que lo desea.

—Escucha, Ellie...

—No escucho. ¡A mí no me gustan las agujas! —exclamó la joven, escondiendo el rostro en la camisa de su marido.

Phillip la mantuvo abrazada mientras le dirigía pequeñas exclamaciones de consuelo. No servirá de nada insistir, reflexionaba Phillip. La ciencia no era el fuerte de Ellie, que no sabía diferenciar una vacuna contra el resfriado de un caso de varicela. Ninguna apelación a la lógica y al sentido común era capaz de hacer desaparecer su irracional miedo a la aguja hipodérmica.

—Muy bien —acabó Phillip—. Nadie te obligará a hacer algo que no quieras hacer.

—De todos modos, piensa en los pobres fabricantes de pañuelos —dijo Ellie, mientras sorbía y se limpiaba la nariz con un tejido color rosa—. ¡Sus hijos muertos de hambre!

—Bueno, tú puedes tener un resfriado —dijo Phillip, sorbiendo aire a su vez—. Pero te has echado encima el suficiente perfume para derrumbar a un buey. —Limpió las lágrimas del rostro de su esposa y le sonrió—. Vamos, arréglate la cara. ¿Qué te parece una cena en el Driftwood? Me han dicho que sirven unas maravillosas costillas de cordero...

Fue una velada agradable. Las costillas de cordero estaban sabrosísimas... las mejores costillas que había comido nunca, pensó, a pesar de tener la suerte de estar casado con una mujer que sabía cocinar. Ellie moqueó y se sonó continuamente, pero se negó a ir a casa hasta que hubieron visto la película. Luego se detuvieron aún para bailar un poco.

—Tengo que distraerte —dijo a su marido—. ¡Estás tan abrumado de trabajo con esa sucia medicina que dais a la gente!

Era cierto, por supuesto. El trabajo en el laboratorio era abrumador. Bailaron, pero, a pesar de todo, regresaron temprano a casa. Phillip necesitaba dormir todo lo que pudiera.

Durante la noche Phillip se despertó una vez ante un desfile de estornudos proferidos por su mujer. El marido dio media vuelta en la cama mientras fruncía soñolientamente el ceño. ¡Era ignominioso! ¡Su propia esposa negándose a tomar el fruto de todos aquellos meses de trabajo!

Y, resfriada o no resfriada, Ellie usaba una cantidad enorme de

perfume.

Se despertó de pronto, empezó a estirarse, se irguió atrevidamente en la cama y miró estúpidamente a su alrededor. Durante un momento pensó que se ahogaba. Saltó de la cama y miró el tocador que había en el otro lado de la habitación. Alguien ha derramado toda la botella del perfume, se dijo...

El pesado y dulzón perfume formaba como una nube a su alrededor, inundando todo el cuarto. Cada vez que respiraba lo notaba más fuerte. Se acercó a toda prisa al tocador, pero no encontró ninguna botella volcada. La cabeza empezó a darle vueltas como consecuencia de aquel enfermizo efluvio. Entornó los ojos llenos de confusión. Su mano temblaba al encender un cigarrillo.

No debo dejarme dominar por el pánico, se dijo. Probablemente, mi mujer tiró una botella cuando se estaba vistiendo. Dio una larga chupada al cigarrillo e inmediatamente estalló en un paroxismo de toses cuando el acre humo le quemó la garganta y casi los pulmones.

—¡Ellie! —gritó mientras salía al vestíbulo, todavía tosiendo.

El olor de la cerilla encendida le había parecido el duro y cáustico olor de un bosque que ardiera. Miró su cigarrillo y lo arrojó horrorizado en el vertedero. El olor se hizo más fuerte. Abrió el armario del vestíbulo como si esperara que una gran cantidad de humo saliera de él.

—¡Ellie! ¡Algo se quema en la casa!

—¿De qué estás hablando? —La voz de Ellie llegó a través del hueco de la escalera—. Es que se me ha quemado una tostada, tonto —dijo.

Phillip bajó la escalera de dos en dos... y casi sintió náuseas al llegar abajo. El olor a grasa rancia ardiendo le dio en la nariz como si se tratase de una sólida pared. Estaba mezclado a un pegajoso olor a café hervido y vuelto a hervir, y eso aumentaba su intensidad. Cuando llegó a la cocina lo hizo apretándose la nariz, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Ellie, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy preparando el desayuno.

—Pero... ¿no hueles?

—¿Oler? ¿El qué?

Sobre el hornillo, la cafetera automática producía pequeños y prometedores ruidos. En la sartén, cuatro huevos como cuatro soles se estaban friendo. Media docena de tiras de tocino ahumado se secaban colocados sobre un papel secante, en el aparador. La cosa no podía parecer más inocente.

Cautelosamente, Phillip soltó su nariz y aspiró aire. El olor casi le ahogó.

—¿Quieres decir que no hueles nada... nada extraño?

—No huelo nada, y punto final —repuso Ellie a la defensiva.

—El café... el tocino ahumado... Ven aquí un momento.

Ella rezumaba olores... Olía a tocino ahumado, a café, a tostada quemada... pero, sobre todo, a perfume.

—¿Te has puesto perfume de nuevo esta mañana?

—¿Antes del desayuno? ¡No seas ridículo!

—¿Ni siquiera una gota? —preguntó Phillip, que palidecía por momentos.

—Ni una gota.

Phillip sacudió la cabeza.

—Veamos, espera un momento. Esto debe estar sólo en mi mente. Estoy... estoy imaginando cosas, eso es todo. He trabajado mucho y esto es una reacción histérica. Dentro de un rato todo habrá desaparecido.

Se sirvió una taza de café y le añadió leche y azúcar. Pero no pudo acercárselo lo suficiente a la boca para poder probarlo. Olía como si hubiese estado hirviendo por tres semanas en un cacharro enmohecido. Olía a café, desde luego, pero el olor resultaba endiabladamente desfigurado, poderosísimo, ampliado hasta resultar nauseabundo. Llenó la habitación, quemó su garganta y puso lágrimas en sus ojos.

Lentamente empezó a comprender. Derramó el café al dejar la taza sobre la mesa. El perfume... El café... El cigarrillo...

—Mi sombrero —dijo, ahogándose—. Dame mi sombrero. Tengo que ir al laboratorio.

Fue sintiéndose peor durante el camino hacia la parte baja de la ciudad. Luchó contra oleadas de náuseas cuando el olor a tierra

húmeda y podrida se alzó de su jardín delantero como una nube gris. El perro del vecino se adelantó para saludarle, esparciendo, al hacerlo, el mayor olor a perro que se podía concebir. Mientras Phillip esperaba el autobús, cada coche que pasaba llenaba el aire de ponzoñosos humos, ahogándole, obligándole a doblarse por efecto de la tos al tiempo que se frotaba sus dañados ojos.

Nadie más parecía notar nada anormal.

El viaje en autobús fue como una pesadilla. Era un día húmedo y lluvioso. El interior del autobús olía como huelen los vestuarios de los jugadores después de un gran partido. En el asiento de al lado le tocó un hombre de ojos legañosos con barba de tres días, y Phillip se vio retrotraído de un salto al empleo que había desempeñado durante sus años de estudiante: lavaba cacharros en una cervecería.

—Hace una buena mañana, ¿verdad, doctor? —le preguntó el hombre de los ojos legañosos.

Phillip palideció aún más. Para acabarla de arreglar, el hombre había desayunado salame. En el asiento de más allá, un hombre gordo llevaba en la boca un cigarro apagado que despedía un olor fétido. El estómago de Phillip empezó a agitarse. Escondió el rostro en una de sus manos, intentando, sin lograrlo, tapar sus narices.

Con un gemido de alivio salió del autobús y atravesó la puerta del laboratorio. Al subir la escalera se encontró con Jake Miles. Jake estaba pálido, demasiado pálido.

—Buenos días —dijo débilmente Phillip—. Hace un buen día. Parece como si el sol quisiera salir.

—Sí —contestó Jake—. Un buen día. Usted... ¿usted se siente bien esta mañana?

—Muy bien, muy bien —contestó Phillip.

Colgó su sombrero en el armario y abrió la incubadora de sus tubos de ensayo, intentando parecer atareado. Pero, después de aspirar su olor, cerró la puerta de la incubadora dando un portazo y se asió al borde de la mesa de trabajo con nudillos que blanqueaban.

—¿Por qué lo pregunta? —dijo.

—¡Oh, por nada! Me ha parecido encontrarle mal aspecto, eso es todo.

Se miraron en silencio uno a otro. Luego, como ante una señal, los ojos de ambos se clavaron en el despacho que había al final del

laboratorio.

—¿No ha venido aún Coffin?

Jake afirmó con la cabeza.

—Está ahí. Ha cerrado la puerta con llave.

—Pues creo que va a tener que abrirla —dijo Phillip.

El doctor Coffin, con el rostro gris, abrió la puerta y luego retrocedió rápidamente, apoyándose en la pared. La habitación olía fuertemente a desodorante de cocina.

—¡Quédese en donde están! —chilló Coffin—. No den ni un paso. No puedo verles ahora. Estoy... muy atareado. Tengo un trabajo que ha de hacerse...

—¡Qué me va usted a decir a mí! —Gruñó Phillip.

Hizo una seña a Jake para que también él entrara en el despacho y luego cerró la puerta cuidadosamente. A continuación se volvió a Coffin.

—¿Cuándo le empezó a usted? —le preguntó.

Coffin temblaba.

—Anoche, después de cenar. Creí que me ahogaba. Me puse en pie y anduve por la calle durante toda la noche. ¡Dios mío, qué peste!

—¿Y a usted, Jake?

El doctor Miles sacudió la cabeza.

—Esta mañana, no sé cuando. Me desperté ya con esto.

—Eso mismo me ha ocurrido a mí —dijo Phillip.

—Pero no comprendo —aulló Coffin—. Nadie parece notar nada.

—Nosotros fuimos los tres primeros que tomamos la cura Coffin, ¿no recuerda? Usted, yo y Jake. Hace ahora dos meses.

La frente de Coffin estaba bañada en sudor. El descubridor de la cura Coffin miró a los otros, horrorizado.

—¿Qué haremos cuando esto suceda a los demás? —murmuró.

—Creo que lo mejor será encontrar algo espectacular y ponerlo en práctica con gran rapidez —repuso Phillip—. Esto es lo que pienso.

—Lo más importante, ahora, es el secreto —dijo Jake Miles—. No debemos decir ni una palabra de esto, no debemos decirla hasta que no estemos completamente seguros.

—Pero... ¿qué ha ocurrido? —gritó Coffin—. ¡Esos malos olores

por todas partes! Usted, Phillip, se fumó un cigarrillo esta mañana. Está ahí, puedo olerlo aún, y su olor hace asomar lágrimas en mis ojos. Y si yo no les conociera, juraría que ninguno de ustedes ha tomado un baño en una semana. Todos los olores de la ciudad se han vuelto de pronto malos...

—No, quiere usted decir que han aumentado —dijo Jake—. El perfume sigue oliendo bien... sólo que demasiado. Lo mismo pasa con el cinamomo. Lo probé. Lloré durante media hora, pero en realidad seguía oliendo como cinamomo. No, no creo que los olores hayan cambiado.

—¿Qué es lo que ha cambiado entonces?

Jake se paseaba nervioso por la habitación.

—Es obvio que lo que ha cambiado es nuestro olfato —contestó—. ¡Piensen ustedes en los perros! No tienen nunca resfriados... y prácticamente viven por su olfato. Otros animales... deben también a su olfato la supervivencia... y ninguno de ellos sufre nunca, ni siquiera vagamente, algo que se parezca a un resfriado común. El virus multicéntrico ataca sólo a los cuadrumanos... ¡y se ceba, con sus grandes fuerzas parasitarias, sólo en el hombre!

Coffin movió la cabeza con desconsuelo.

—Pero... ¡este horrible olor tan de súbito! No he estado resfriado desde hace semanas.

—¡Claro que sí! Esto es lo que estaba intentando decir —gruñó Jake—. Mire: ¿por qué gozamos del sentido del olfato? Pues porque tenemos pequeños nervios olfatorios cuyos extremos terminan enterrados en la membrana mucosa de nuestra nariz y de nuestra garganta. Pero tenemos que tener siempre el virus viviendo allí también, con resfriado o sin él, durante toda nuestra vida. Tiene que estar siempre allí, anclado en las mismas células, siendo un parásito de los mismos sensibles tejidos en donde se hallan los extremos de nuestros nervios olfatorios, entorpeciéndolos y debilitándolos, transformándose casi en inútiles como órganos sensibles. No es de extrañar que antes no oliéramos casi nada. ¡Esos pobres nerviecillos nunca tuvieron oportunidad de actuar con libertad!

—Hasta que nosotros llegamos con nuestra brillante armadura y destruimos el virus —dijo Phillip.

—¡Oh, no sólo lo destruimos, sino que despojamos al cuerpo de

un mecanismo protector!

Jake tomó asiento en el extremo de la mesa escritorio; su moreno rostro mostraba una intensa expresión.

—Durante esos dos meses que han pasado desde que nos vacunamos, se ha librado una batalla a muerte entre nuestros cuerpos y el virus. Con la ayuda de la vacuna, nuestros cuerpos han ganado, eso es todo... Pero al mismo tiempo hemos apartado de nosotros hasta los últimos vestigios de un invasor que ha formado parte de nuestra fisiología normal desde el principio de los tiempos. Y ahora, por primera vez, esos nerviecillos tullidos han empezado a funcionar realmente.

—¡Dios nos ayude! —murmuró Coffin en tono de lamentación—. ¿Cree usted que la cosa empeorará?

—Empeorará. Cada vez estará peor.

—Me pregunto lo que dirán los antropólogos —dijo lentamente Phillip.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quizás se trata solamente de una mutación: hemos retrocedido. Quizás se trata de un cambio de estructura de la célula o del metabolismo que hizo a los hombres primitivos vulnerables a un invasor que ningún otro animal podía albergar. ¿Por qué empezó el hombre a florecer intelectualmente... acabando por depender mucho más de su cerebro que de sus músculos, logrando de esta forma elevarse sobre todos los demás animales? ¿Qué mejor razón que porque en el mundo de los colmillos y de las garras perdió súbitamente su sentido del olfato?

Se miraron fijamente el uno al otro.

—Bien, pues ahora retrocederá —dijo titubeando Coffin—, y no le va a gustar nada.

—No, seguramente no —afirmó Jake—. Y creo que empezará a buscar con gran prisa a alguien a quien echar la culpa.

Jake y Phillip miraron a Coffin.

—No sean ustedes ridículos, muchachos —exclamó Coffin, que se había puesto muy pálido—. Además, vamos juntos en esto. Al primero que se le ocurrió fue a usted, Phillip. ¡Usted lo dijo! No me pueden dejar ahora...

Sonó el teléfono. Los tres pudieron oír la asustada voz de la secretaria:

—¿El doctor Coffin? He estado hablando con un estudiante hace un momento. Dice... dice que va a verle a usted. Ahora, ahora mismo y no más tarde.

—Tengo mucho trabajo —contestó Coffin—. No puedo ver a nadie. No puedo recibir visitas.

—Pero ese estudiante está ya en camino —gritó la muchacha—. Ha dicho algo así como que le va a arrancar el pellejo a tiras.

Coffin colgó el receptor produciendo un gran ruido. Su rostro era del color del plomo.

—¡Me van a crucificar! —exclamó—. Jake, Phillip, tienen ustedes que ayudarme...

Phillip suspiró y abrió la puerta.

—Envíen a una muchacha abajo —dijo a los empleados—, que saque del refrigerador y nos traiga todo el virus frío y vivo que pueda encontrar. Y tráigannos también algunos monos inoculados y algunas docenas de perros. —Se volvió hacia Coffin—. Y deje usted de lloriquear. Es usted el que ha manejado la publicidad; pues bien, ahora va a enténderselas, quiera o no, con las masas que vengan a protestar.

—Pero... ¿qué piensa usted hacer?

—No tengo la menor idea —repuso Phillip—. Pero sea lo que sea, le va a costar a usted hasta la camisa que lleva puesta. Vamos a intentar resfriarnos de nuevo aunque tengamos que morir.

Fue una lucha admirable, pero inútil. Destilaron en sus narices y en sus gargantas el suficiente cultivo de virus vivo para condenar a cualquier hombre a toda una vida de estornudos y de ojos llorosos. Pero no lograron ni un estornudo. Mezclaron seis diferentes clases de virus e hicieron gárgaras con el extracto, y luego se rociaron a sí mismos y rociaron con aquel líquido a todos los monos inoculados que pudieron. Ni un estornudo. Entonces se inyectaron el líquido en inyecciones hipodérmicas, subcutáneas, intramusculares e intravenosas. Luego lo bebieron. Luego se bañaron en él.

Pero no lograron atrapar ni un resfriado.

—Quizás nos hallemos en un momento inoportuno —dijo Jake una mañana—. Tal vez las defensas de nuestros cuerpos estén en un período boyante. Quizás podamos lograr algo si las debilitamos.

Se lanzaron hacia esta salida con un sombrío abandono. Comieron poco, se forzaron a sí mismos a permanecer sin dormir durante días y días, hasta que el cansancio les cerró los ojos a despecho de todos sus esfuerzos. Con todo cuidado evitaban alimentos con vitaminas, proteínas o sales minerales, y sólo comían lo que tenía gusto a pasta blanca de oficina y olía aún peor que la pasta de oficina. Para trabajar se ponían vestidos mojados y zapatos aún más mojados, cerraban las llaves de las estufas y abrían las ventanas para que entrase por ellas el crudo viento del invierno. Luego se untaban de virus y esperaban reverentemente el primer estornudo.

Pero el estornudo no se producía. Con sombría expresión se miraban unos a otros. Jamás se habían encontrado mejor.

Excepto en lo que hace al olfato, naturalmente. Tenían esperanza de que, con el tiempo, se acostumbrarían a aquellos fuertes olores. Pero no se acostumbraban. Por el contrario, cada día se empeoraba un poco más el asunto. Empezaron a percibir olores que nunca soñaron que existieran... olores ponzoñosos, olores empalagosos, olores que les hacían vomitar. La defensa de taparse las narices perdía efectividad de día en día. Las horas de las comidas representaban para ellos pruebas de pesadilla. Perdían peso con alarmante velocidad.

Pero no atraparon ni un resfriado.

—Creo que todos deberíais ser encerrados —dijo un día Ellie con severidad, mientras sacaba a viva fuerza a su marido, que estaba con el rostro azul y tiritante, de la ducha fría que se había empeñado en tomar a pesar de la baja temperatura de aquella desapacible mañana—. Habéis perdido el sentido común. Necesitáis ser protegidos contra vosotros mismos, eso es lo que necesitáis.

—Tú no comprendes —repuso Phillip en tono quejumbroso—. Tenemos que atrapar un resfriado.

—¿Por qué? —saltó enfadada Ellie—. Supón que no lo atrapáis. ¿Qué pasará entonces?

—Hoy tuvimos una marcha de trescientos estudiantes en el laboratorio —dijo Phillip pacientemente—. Dijeron que los olores les volvían locos. Que ni siquiera podían resistir el estar cerca de sus mejores amigos. Y que deseaban que se hiciese algo o, de lo contrario, correría la sangre. Mañana volverán, acompañados de

trescientos más. ¡Y estos estudiantes fueron sólo la pequeña prueba! ¿Qué sucederá cuando quince millones de personas se den cuenta de que su sentido del olfato les juega una mala pasada? —Se estremeció—. ¿No has leído los periódicos? La gente va por ahí husmeando como si fueran galgos. Y ahora nos damos cuenta del buen trabajo que hicimos. No podemos negarlo, Ellie. Ni siquiera podemos hacernos los distraídos. Esos anticuerpos están haciendo demasiado bien el trabajo.

—Bien, quizá puedas encontrar algunos tíos-cuerpos que tengan cuidado de ellos —sugirió Ellie.

—Mira, no hagas chistes malos...

—¡Si no hago chistes! Todo lo que quiero es un marido que no se queje de cómo huele todo, que coma lo que yo le guiso y que no se coloque bajo una ducha fría a las seis de la mañana.

—Ya sé que es triste —dijo Phillip con desaliento—. Pero no sé cómo detener esto.

En el laboratorio encontró a Jake y Coffin enzarzados en una interesante discusión.

—No puedo enfrentarme otra vez con ellos —estaba diciendo Coffin—. Les he suplicado que me concediesen tiempo. Les he amenazado. Les he prometido todo lo que he podido. Pero ahora no me es posible enfrentarme de nuevo con ellos. No me es posible, no.

—Sólo nos quedan unos cuantos días —dijo Jake sombríamente—. Si no damos con una solución, estamos perdidos.

Phillip les estaba mirando, y súbitamente, su mandíbula pareció desprenderse.

—¿Saben ustedes lo que pienso? —dijo de pronto—. Creo que hemos estado haciendo el tonto. Nos hemos asustado tanto que no hemos utilizado el cerebro. ¡Y la solución ha estado todo el tiempo sentada ante nosotros y haciéndonos guiños!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jake.

—De los tíos-cuerpos —contestó Phillip.

—¡Oh, Dios mío!

—No, hablo en serio —dijo Phillip con los ojos brillantes—. ¿Cuántos estudiantes cree usted que podremos reunir para que nos ayuden?

Coffin tragó saliva.

—Seiscientos. Ahora están ahí, en la calle, aullando y pidiendo

un linchamiento.

—Muy bien. Hágalos venir aquí. Y traiga algunos monos. Monos resfriados, ¿eh? Los más resfriados que haya.

—¿Tienes idea de lo que vas a hacer? —preguntó Jake.

—No tengo la menor idea —repuso Phillip alegremente—. Excepto que es algo que no se ha hecho nunca. Pero quizás es tiempo de que sigamos ciegamente nuestras corazonadas... guiados por el olfato.

La ola de la marea empezó a subir dos días después. Unas pocas personas aquí, una docena allá... Pero las suficientes para confirmar las horrendas predicciones que ahora hacían los periódicos. El desastre estaba completando su círculo.

En el laboratorio, las puertas estaban cerradas y los teléfonos desconectados. En el interior se desarrollaba una enfebrecida, aunque olorosa, actividad. Para los tres investigadores, el tormento olfatorio había alcanzado proporciones de agonía. Ni siquiera las pequeñas máscaras antigás que Phillip había ideado les protegía de los continuos ataques de violentos olores.

Pero el trabajo continuó a pesar de los olores. Al laboratorio llegaban camiones llenos de monos... docenas de monos resfriados, que estornudaban, tosían, moqueaban, mostrando sus ojos llorosos. Los tubos de cultivo llenaban las incubadoras y las mesas de trabajo. Diariamente seiscientos enfadados estudiantes desfilaban por el laboratorio, exponían sus brazos, abrían la boca... Gruñían, pero cooperaban.

A finales de la primera semana, la mitad de los monos estaban curados de sus resfriados y era muy difícil que los volvieran a coger. En cambio, la otra mitad tenían nuevos resfriados y no podían librarse de ellos. Phillip observó este hecho con callada satisfacción y se puso a pasear por el laboratorio mientras murmuraba algo para sí. Dos días después se presentó muy contento en el laboratorio llevando bajo el brazo un cachorrito de perro de aspecto triste. Era un perro diferente a todos los perros del mundo. Aquel perrito estornudaba, sorbía aire por la nariz y sugería la imagen perfecta del resfriado.

Llegó el día en que inyectaron una pequeña ampollita de fluido

lechoso en el brazo de Phillip. A continuación le hicieron una liberal aplicación de virus en su nariz y en su garganta. Luego tomaron asiento y esperaron.

Tres días más tarde continuaban esperando.

—Ha sido realmente una gran idea —dijo Jake sombríamente, soltando con un golpe rápido la abultada libreta donde ya no tenía nada que escribir—. Pero no ha dado resultado. Eso es todo. Phillip asintió con la cabeza. Ambos habían adelgazado visiblemente y tenían bolsas bajo los ojos. El ojo derecho de Jake se torcía, sin él quererlo, en cuanto alguien se le ponía a tres yardas.

—No podemos seguir así —dijo Jake—. La gente está furiosa.

—¿Dónde está Coffin?

—Se desmayó hace tres días. Postración nerviosa. Ahora creo que sufre pesadillas sobre ahorcados.

Phillip suspiró.

—Bien, supongo que tendremos que enfrentarnos con lo que sea. Lo sabes muy bien, Jake. Es una lástima que las cosas se hayan puesto de este modo.

—Es una gran prueba, viejo, una gran prueba.

—¡Ah, sí! No hay nada más terrible que tenerse que enfrentar con una multitud que...

Se detuvo de pronto con los ojos muy abiertos. Su nariz empezó a torcerse. Abrió la boca como si un antiguo reflejo volviese lentamente a la vida, sacudió la cabeza, la echó hacia atrás...

Y estornudó.

Siguió estornudando durante diez minutos seguidos, hasta que cayó al suelo con el rostro azul y haciendo esfuerzos para respirar. Luego se agarró a Jake mientras movía las manos señalando las lágrimas que surgían de sus ojos. A continuación se sonó ruidosamente y marchó como un autómatas en busca del teléfono.

—Se trata de un principio bastante sencillo —dijo más tarde a Ellie, mientras ésta extendía mostaza por su pecho y echaba más agua caliente en su baño de pies—. La cura dependía de que no hubiera ninguna reacción contra los anticuerpos. Teníamos el anticuerpo contra el virus. Muy bien. Pero teníamos que encontrar una especie de anticuerpo contra el anticuerpo.

Estornudó violentamente y luego, con una sonrisa de felicidad, se puso en la nariz unas gotas nasales.

—¿Y serás capaz de prepararlo con la necesaria rapidez? —preguntó ella.

—Con la rapidez necesaria para que la gente vuelva a estar resfriada cuanto antes —contestó Phillip—. Sólo que no sé por qué se ha apoderado de mí un presentimiento...

Ellie Dawson tomó los trozos de carne de la parrilla y los colocó aún humeantes, sobre la mesa del comedor.

—¿Un presentimiento? —preguntó. Phillip asintió con la cabeza mientras probaba la carne pretendiendo estar entusiasmado con ella. Le sabía a una ración de vitamina K ligeramente húmeda.

—Este otro producto que hemos conseguido produce también muy buenos efectos —contestó. Se limpió la nariz y buscó un nuevo pañuelo.

—Puedo estar equivocado, pero creo que este resfriado lo tengo para largo —continuó tristemente—. A menos de que pueda encontrar pronto un anticuerpo que obre contra el anticuerpo que obra contra el anticuerpo...

VIAJE A LA CARA BRILLANTE

Cuando Jam Barton llegó aquella tarde al Red Lion, no se sintió alegre de saber que le había buscado un visitante desconocido. No tenía estómago para misterios, ni grandes ni pequeños, y por entonces disponía de cosas importantes en que pensar. Sin embargo, el portero le espetó al llegar:

—Mil perdones, *Mr.* Barton. Ese caballero no ha dejado su nombre. Sólo ha dicho que usted se sentiría encantado de verle. Volverá a las ocho.

Barton hizo tamborilear sus dedos sobre la mesa, mientras contemplaba el tranquilo salón. Allí no llegaban los negocios corrientes de la calle, y los que pretendían introducirlos eran despedidos con mucha finura, pero persuasivamente. Los parroquianos no eran numerosos. Enfrente de él, a la derecha, se encontraba un grupo de hombres; conocía vagamente a algunos de ellos. Escaladores de los Andes, o por lo menos dos de ellos lo eran. Luego reconoció al viejo Balmer, que se encontraba cerca de la puerta. Balmer había dibujado el mapa del primer camino hasta el corazón del cráter de Vulcano, en Venus. Ahora contestó a su sonrisa con una inclinación de cabeza. Acto seguido, Barton se retrepó en su sillón y esperó impaciente al intruso que le iba a robar su tiempo sin justificación alguna.

Poco después, un hombrecillo gris cruzó la habitación y tomó asiento a la mesa de Barton. Era bajo y delgado. Su rostro no delataba su edad; tanto podía contar treinta años como mil. Pero tenía aspecto de cansancio y era terriblemente feo. Su frente y sus mejillas, muy morenas, estaban arrugadas, llenas de cicatrices aún no curadas.

El desconocido dijo:

—Me alegra que me esperase usted. Me he enterado de que está planeando un viaje al lado brillante.

Barton miró fijamente al hombre durante un momento.

—Veo que puede usted leer los *telecasts* —dijo fríamente—. La noticia es cierta. Vamos a hacer un viaje a la cara brillante.

—¿En el perihelio?

—Naturalmente. ¿Cuándo si no?

El hombre grisáceo miró a Barton con rostro inexpresivo. Luego, lentamente murmuró:

—No, temo que no van ustedes a hacer el viaje.

—Dígame quién es usted, si no tiene inconveniente —pidió Barton.

—Me llamo Claney —repuso el desconocido.

Hubo un momento de silencio.

—¿Claney? —exclamó de pronto Barton—. ¿Peter Claney?

—Así es.

Excitado, Barton abrió los ojos de par en par. Todo asomo de enfado había desaparecido de él.

—¡Caramba, hombre! ¿En dónde se había metido? Durante meses he estado intentando ponerme en contacto con usted.

—Ya lo sé. Pero abrigaba la esperanza de que dejase usted de buscarme y no pensara más en ello.

—¡Dejar de buscarle!

Y Barton se inclinó sobre la mesa.

—Amigo mío —continuó—, no teníamos ya esperanza, pero nunca hemos dejado de buscarle. Vamos, beba algo. Es mucho lo que usted puede decirnos.

Los dedos de Barton temblaban, pero Peter Claney sacudió la cabeza.

—No puedo decirle nada sobre lo que usted desea saber —contestó.

—Pero usted lo consiguió. ¡Es usted el único hombre de la Tierra que intentó un viaje al lado brillante y después siguió viviendo! Y todo lo que usted contó a los periódicos... no era nada. Ahora necesitamos detalles. ¿Dónde se destruyó su equipo? ¿Dónde cometió usted un error de cálculo? ¿Cuáles fueron los sitios peligrosos? —Barton blandió un dedo ante el rostro de Claney—. Por ejemplo, eso del epiteloma... ¿Por qué? ¿Qué es lo que estaba

mal en sus cristales, en sus filtros? Tenemos que conocer todo eso. Si nos lo explica, nosotros podremos salir airosos en donde usted fracasó...

—¿Quiere saber por qué fracasamos? —preguntó Claney.

—Claro que queremos saberlo. Tenemos que saberlo.

—Es sencillo. Fracasamos porque se trata de una cosa que no puede llevarse a cabo. Nosotros no pudimos y tampoco podrán ustedes. Ningún ser humano cruzará vivo el lado brillante, por mucho que lo intente durante siglos y siglos.

—¡Tonterías! —declaró Barton—. Nosotros lo conseguiremos.

Claney se encogió de hombros.

—Estuve allí y sé lo que digo. Usted puede echar la culpa al equipo o a los hombres; en ambas cosas había defectos. Pero la realidad es que no sabemos contra qué luchamos. Es el planeta lo que nos anuló, el planeta y el sol. Y les anularán también a ustedes si intentan la hazaña.

—Nunca —dijo Barton.

—Permítame que le explique —contestó Peter Claney.

Me sentí interesado por la cara iluminada desde que tuve uso de razón, según puedo recordar. Sospecho que tendría unos diez años cuando Waytt y Carpenter hicieron el primer intento... Creo que eso sucedió en el año 2082, y yo leí los artículos de los periódicos como si se tratara de un serial de la televisión y tuve un gran disgusto cuando desaparecieron.

Sé ahora que se trataba de un par de idiotas, ya que partieron sin un equipo apropiado, prácticamente sin ningún conocimiento sobre las condiciones de la superficie, sin mapa... No habrían podido avanzar ni un centenar de millas... Pero yo no sabía eso entonces y para mí constituyó una terrible tragedia. Después seguí los trabajos que Sanderson llevó a cabo en el laboratorio crepuscular de allá arriba, y empecé a tener en la sangre, tan seguro como que tenía que morir, el lado brillante.

Fue idea de Mikuta lo de intentar un viaje. ¿Conoció usted a Tom Mikuta? Supongo que no. No, no era japonés, sino polacoamericano. Fue mayor del Servicio Interplanetario durante algunos años y continuó con su graduación cuando dejó el servicio

activo.

Estuvo en Marte, en compañía de Armstrong, durante sus años de servicio e hizo un buen trabajo en lo de dibujar mapas y cuidar de la colonia instalada allí. Me encontré por primera vez con él en Venus; pasamos juntos allí cinco años realizando el más desagradable trabajo de exploración que se ha efectuado jamás desde que se exploró el Matto Grosso. Luego él hizo un intento en relación con el cráter de Vulcano, cosa que preparó el camino a Balmer, que fue allí pocos años después.

Siempre sentí simpatía por el mayor... tan robusto, tan tranquilo, tan sereno... la clase de individuo que iba siempre, con el pensamiento, un poco más allá que ningún otro, y que siempre sabía lo que se tenía que hacer en un momento de apuro. En este ambiente hay demasiados hombres todo nervios y suerte, pero sin juicio. El mayor poseía ambas cosas. También tenía la clase de personalidad que podía hacerse cargo de una tripulación de hombres alocados, haciéndoles trabajar como una máquina bien engrasada a lo largo de mil millas de la jungla de Venus. Yo le tenía simpatía y deposité toda mi confianza en él.

Se puso en contacto conmigo en Nueva York y, al principio, la cosa pareció ocurrir por casualidad. Pasamos una velada aquí, en el Red Lion, hablando de los viejos tiempos. Me explicó el asunto del cráter de Vulcano, y cómo había ido a visitar a Sanderson en el laboratorio de Mercurio, y también que prefería un viaje a un país ardiente que un viaje a un país frío... A continuación quiso saber lo que había estado haciendo desde lo de Venus y también cuáles eran mis planes.

—No tengo planes —le contesté—. ¿Por qué?

—¿Cuánto pesa usted, Peter?

Le contesté que ciento treinta libras.

—¿Tanto? —exclamó—. Bien, pero de todos modos no tendrá usted demasiada grasa. ¿Cómo soporta usted el calor?

—Usted ya debería saberlo —repuso—. Venus no era ninguna nevera.

—No, quiero decir verdadero calor.

Yo empecé a sospechar de lo que se trataba.

—Está usted planeando un viaje.

—Es cierto —contestó sonriendo—. Un viaje muy caluroso.

Podría incluso significar peligro.

—¿Qué viaje?

—Al lado brillante de Mercurio.

Lancé un silbido de sorpresa.

—¿En afelio?

Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué intentar una excursión en afelio? ¿Para qué serviría?

Cuatro mil millas de calor criminal sólo para tener algo ingenioso que contar, anotar cuidadosamente todos los detalles y luego, cuarenta y cuatro días después, bañarse en la gloria de haber visitado aquello en perihelio, ¿no es cierto? No, gracias. Yo deseo la cara brillante sin ninguna otra tontería —se inclinó con viveza hacia mí—. Deseo visitar aquello en perihelio y andar sobre la superficie. Hasta que no se logre eso, no podrá decirse que se conoce Mercurio. Yo quiero conocer Mercurio... Pero necesitaré ayuda.

Yo había pensado en ello un millar de veces, pero nunca me atreví a considerar la posibilidad. Desde que Wyatt y Carpenter desaparecieron, nadie se había atrevido. Mercurio da una vuelta alrededor de su eje en el mismo tiempo que la da alrededor del sol, lo que significa que la cara brillante está siempre enfrente del astro rey. Esto hace que sea, durante el perihelio, el lugar más ardiente del sistema solar, con una sola excepción: la superficie del mismo sol.

Sería un viaje infernal. Sólo unos cuantos hombres habían sabido con certeza lo infernal que era el viaje, y esos hombres jamás regresaron para contárnoslo. Se trataba de un viaje realmente infernal, pero yo pensaba que alguien, algún día, lo llevaría a cabo.

Y yo deseaba ser ese alguien.

El laboratorio crepuscular, situado cerca del polo norte de Mercurio, era el lugar adecuado para comenzar el viaje. Las instalaciones no ocupaban demasiado espacio: un lugar de aterrizaje para cohetes, los laboratorios y dependencias para los hombres de Sanderson, todos ellos cavados en el interior de la roca, y la torre que albergaba el telescopio solar que Sanderson había instalado allí diez años antes.

El laboratorio crepuscular no estaba particularmente interesado en la cara brillante, naturalmente... Lo que le interesaba a Sanderson era el Sol, y había elegido a Mercurio porque este planeta era el trozo de roca más próximo donde podía alzar su observatorio. Eligió, además, una buena localización. En Mercurio, la temperatura de la cara brillante sube a los

410°C

en el perihelio, y la de la cara opaca se mantiene casi constantemente en los 210.º. Una instalación permanente para seres humanos no podría sobrevivir a estos extremos. Pero, debido al balanceo de Mercurio, la zona crepuscular que se extiende entre la cara brillante y la cara opaca se acerca más a las temperaturas de supervivencia.

Sanderson construyó el laboratorio cerca del polo, donde existe una zona de cinco millas aproximadamente en que la temperatura, por el balanceo, sólo varía de 10 a 15 grados. El proyecto solar valía la pena de que ellos se tomaran la molestia de vivir allí, para así poder observar con toda exactitud al Sol durante setenta de los ochenta y ocho días que tarda el planeta en efectuar su rotación.

El mayor contaba con que Sanderson realizaría también investigaciones sobre Mercurio al mismo tiempo que sobre el Sol cuando acampáramos en el laboratorio para llevar a cabo los preparativos finales.

Sanderson las hizo. Pensaba que habíamos perdido la cabeza, y así nos lo dijo; pero nos prestó toda la ayuda que necesitábamos. Pasó una semana dando instrucciones a Jack Stone, el tercer miembro de nuestro grupo, que había llegado pocos días antes con suministros y equipo. El pobre Jack, cuando se encontró con nosotros en el lugar de aterrizaje de cohetes, empezó a hablar casi de un modo balbuceante, tan terrible era el cuadro que Sanderson le había pintado a propósito de lo que era el lado brillante.

Stone era joven, me parece que apenas contaba veinticinco años, pero ya había estado con el comandante en el cráter de Vulcano y luego había solicitado hacer también este otro viaje. Yo tenía la extraña sensación de que a Jack no le importaba mucho el explorar mundos, pero pensaba que Mikuta era algo así como un dios y le seguía como un cachorrito.

Eso no me importaba, ya que el joven sabía de sobras de lo que

se trataba. En este ambiente uno no pregunta a la gente por qué hace las cosas... Si se les pregunta, se muestran inquietos y ninguno pueda dar una respuesta con sentido. Sea por lo que fuere, Stone tenía a su lado a tres hombres del laboratorio y todo el equipo y los suministros preparados, listos para ser utilizados, cuando llegamos allí.

Les pasamos revista. Dada la abundancia de dinero —el de tres cadenas de televisión y algún dinero más que el mayor había sacado al Gobierno—, nuestro equipo era bueno y nuevo. Mikuta hizo los dibujos y probado las cosas por sí mismo, recibiendo gran ayuda de Sanderson. Disponíamos de cuatro Bugs, tres de ellos del modelo con neumáticos ligeros de almohada y con motores especiales para el calor, y el cuarto un tractor del modelo pesado para arrastrar a los trineos.

El mayor los inspeccionó como un niño de visita en el circo. Luego dijo:

—¿Conocen ustedes a McIvers?

—¿Quién es? —quiso saber Stone.

—Va a reunirse con nosotros. Es un hombre eminente... goza de un gran renombre como alpinista allá en la Tierra. —El comandante se volvió hacia mí—. Usted sí habrá oído hablar de él.

Yo había oído hablar mucho sobre Ted McIvers y no me sentí muy complacido al saber que se nos reuniría.

—Es algo... atrevido, ¿no es verdad? —pregunté.

—Quizá. Pero tiene suerte y es muy hábil. ¿Se hace usted cargo? Tenemos necesidad tanto de la suerte como de la habilidad.

—¿Ha trabajado alguna vez con él? —pregunté.

—No. ¿Le preocupa algo?

—No es eso exactamente. Pero la cara brillante no es un lugar donde cuente mucho la suerte.

El mayor se echó a reír.

—No creo que debamos preocuparnos a propósito de McIvers. Nos entendimos mutuamente cuando le hablé del viaje, y ahora nos vamos a necesitar mucho el uno al otro para poder pensar en nada.

—Se volvió de nuevo hacia la lista de suministros—. Mientras tanto, vamos a dejar todo esto numerado y empaquetado. Necesitamos andar ligeros de peso y tenemos poco tiempo. Sanderson dice que deberíamos partir dentro de tres días.

Dos días más tarde, McIvers no había llegado aún. El mayor no hablaba mucho de ello. Stone tenía los nervios de punta, y yo también. Pasamos el segundo día estudiando los mapas de la cara brillante, tal como los teníamos. El mejor de ellos era muy pobre; estaba basado en tomas desde tan lejos que los detalles se disolvían en sombras. Mostraban las más grandes hileras de picos, cráteres y barrancos, y eso era todo. Sin embargo, lo íbamos a utilizar para planear someramente nuestro viaje.

—Esta cadena de aquí —dijo el mayor, cuando todos nos hallábamos agrupados alrededor de la mesa— es más bien inactiva, según Sanderson. Pero hacia el sur y hacia el oeste, podría ser activa. Los sismogramas sugieren una gran actividad en esa región, que aumenta hacia el ecuador... y no se trata sólo de actividad volcánica, sino de movimientos subterráneos.

Stone afirmó con la cabeza.

—Sanderson me ha dicho que probablemente habrá constante movimiento en la superficie.

El mayor se encogió de hombros.

—Bien, es un sitio traicionero, no hay la menor duda. Pero lo único que puede hacerse para evitar eso es viajar por el polo, lo que nos haría perder días y no ofrece ninguna garantía de que exista menos actividad que en el oeste. Claro que podremos evitarlo si encontramos un paso a través de esta cadena que nos conduzca en seguida al este...

Parecía que a medida que más pensábamos en el problema, más lejanos nos hallábamos de una solución. Sabíamos que existen volcanes en actividad en la cara brillante... e incluso en la cara oscura, aunque en ésta la actividad de la superficie estaba más amansada y, además, completamente localizada. Pero también había problemas de atmósfera en la cara brillante. Había una atmósfera, y un constante flujo de gases iba de la cara brillante hacia la cara oscura. No es que fuera muy grande; los gases más ligeros alcanzaron la velocidad de escape y desaparecieron del lado brillante milenios atrás. Pero había anhídrido carbónico, y nitrógeno, y trazas de otros gases más pesados. Había también abundancia de vapor sulfúrico, así como sulfato de carbono y dióxido de azufre.

La ola atmosférica iba hacia la cara oscura, donde se

condensaba, llevando con ella las suficientes cenizas volcánicas para que Sanderson, analizando las muestras, pudiera hacerse cargo de la profundidad y la naturaleza de la superficie cubierta de cataclismos de la cara brillante. La solución estribaba en encontrar pasos que evitasen en lo posible esos cataclismos. Pero, en realidad, después de tantos análisis, no conocíamos la superficie. La única manera de saber lo que sucedía en ella era ir allí.

Finalmente apareció McIvers, que vino en un cohete rápido procedente de Venus en el tercer día. Había perdido por pocas horas la nave que tomamos el mayor y yo, y entonces marchó a Venus con la esperanza de poder dar un salto desde allí. No dio la menor importancia a la cosa, como si éste fuera su modo de proceder habitualmente, y no comprendía por qué estábamos todos tan excitados.

Era un hombre alto y delgado, con largos cabellos rizados prematuramente grises y la clase de ojos adecuados para un escalador: medio cerrados, soñolientos, casi indolentes, pero capaces de adquirir súbita viveza. Y nunca se estaba quieto, siempre andaba moviéndose, siempre hacía algo con las manos, o hablaba, o paseaba de arriba a abajo.

Evidentemente, el mayor no quiso hacer hincapié sobre el asunto de su tardía llegada. Había aún mucho trabajo por hacer, y una hora más tarde nos dedicábamos a las pruebas finales de nuestros trajes a presión. Aquella tarde, Stone y McIvers quedaron cargados como ladrones, y todo quedó preparado para iniciar la marcha en cuanto hubiéramos tomado algún descanso.

—Y eso —dijo Barton, acabando su bebida y haciendo al camarero signos de que trajera otras dos—, y eso fue su primer error.

Peter Claney enarcó las cejas.

—¿McIvers?

—Naturalmente.

Claney se encogió de hombros y miró hacia las pequeñas y tranquilas mesas que les rodeaban.

—Hay aquí muchas destacadas personalidades, y algunas de las mejores parecen, a primera vista, que no son muy de fiar. Sea lo que sea, el problema de la personalidad no era entonces nuestro

más importante problema. Primero nos preocupó la cuestión del equipo, y después la cuestión del camino.

Barton asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo.

—¿Qué clase de trajes tenían ustedes?

—Los mejores trajes aislantes que se han hecho nunca —contestó Claney—. Tenían un forro hecho con una fibra de cristal, al objeto de evitar la tosquedad del amianto, y llevaban un sistema de refrigeración y un depósito de oxígeno que podía ser repuesto, sacando el recambio de los trineos cada ocho horas. La capa exterior de los trajes estaba provista de una capa de cromo monomolecular que reflejaba todo lo del exterior y nos hacía brillar como árboles de Navidad. Y entre las dos capas llevábamos un espacio muerto de dos centímetros de espesor, colocado bajo presión positiva. Llevábamos termómetros de advertencia, naturalmente... Pero a cuatrocientos grados no tardaríamos mucho en quedar fritos y reducidos a cenizas si por algún motivo los trajes fallaban.

—¿Qué hubo a propósito de los Bugs?

—También los aislamos, pero no podía contarse mucho con la protección que nos pudieran proporcionar.

—¿No? —exclamó Barton—. ¿Y por qué no?

—Salíamos de ellos demasiado a menudo. A veces nos proporcionaban facilidad de movimientos, y llevaban las provisiones. Pero sabíamos muy bien que tendríamos que hacer a pie una gran cantidad de camino. Esto significaba —continuó— que teníamos un centímetro de fibra de cristal y dos más de aire muerto entre nosotros y una temperatura donde el plomo fluía como agua, el cinc alcanzaba casi el punto de fusión y los charcos de azufre, aun a la sombra, hervían como una olla de gachas en la hoguera de un campamento.

Barton se pasó la lengua por los labios. Sus dedos manosearon el frío y húmedo vaso antes de depositarlo sobre el mantel.

—Continúe —dijo, tensamente—. ¿Salieron ustedes con puntualidad y cumpliendo todo lo previsto?

—¡Oh, sí! —contestó Claney—. Salimos así. Pero no acabamos así. Eso es todo. Precisamente a eso voy.

Volvió a retrepase en su asiento y continuó.

Partimos del Laboratorio Crepuscular a su debido tiempo, rumbo al sur, con treinta días por delante para llegar al centro de la cara brillante. Si avanzábamos a una media de sesenta millas al día, podíamos llegar al centro exactamente en el perihelio, el punto en que Mercurio se halla más próximo al Sol... lo que hace que el centro sea la parte más caliente del planeta en la época en que adquiere su mayor calor.

Cuando salimos, el Sol aparecía ya enorme y amarillo en el horizonte, alcanzando dos veces el tamaño con que se le ve desde la Tierra. Desde allí en adelante, el Sol sería más grande y más blanco, y la superficie del planeta se haría, de día en día, más ardiente. Pero una vez hubiésemos llegado al centro, nuestra tarea estaría ya realizada a medias. Ya no tendríamos sino que viajar otras dos mil millas para llegar a la zona crepuscular del otro lado. Sanderson saldría a nuestro encuentro allí en la nave exploradora del laboratorio, y esto sucedería aproximadamente a los sesenta días de nuestra partida.

Este era el plan, delineado de forma sucinta. Quedaba para nosotros la tarea de hacer sesenta millas al día, hiciese el calor que hiciese y estuviese como estuviese el terreno. Detenerse sería peligroso y nos atrasaría. Una detención podía costarnos la vida. Todo lo que sabíamos era esto.

El mayor puntualizó todos los detalles una hora antes de la partida.

—¿Está usted de acuerdo, Jack?

Stone se encogió de hombros.

—No tengo inconveniente. McIvers quería...

McIvers hizo con sus manos un ademán de impaciencia.

—Lo que quiero no tiene importancia: es que me siento mejor cuando me muevo. ¿Supone eso alguna diferencia?

—Me parece que no —contestó el mayor—. Entonces usted flanqueará a Peter junto conmigo. ¿De acuerdo?

—Sí, sí —repuso McIvers, tirando de su labio inferior—. ¿Quién se encargará de explorar en vanguardia?

—Creo que yo —contesté—. Me gustaría, dentro de lo posible, encargarme del Bug ligero que hará de guía.

Mikuta asintió con la cabeza.

—Eso se hará. El Bug de Peter está equipado para el caso desde

el marco hasta las ruedas.

McIvers sacudió la cabeza.

—No, me refiero al trabajo de exploración. Ustedes necesitan alguien que vaya delante... por lo menos cuatro o cinco millas... para que descubra las grandes fallas y los cambios de la superficie activa, ¿no es cierto? —Miró al comandante—. Quiero decir que... ¿cómo sabe en qué especie de agujero vamos a caer, a menos que tengamos un explorador en vanguardia?

—Para eso tenemos los mapas —replicó el comandante vivamente.

—¡Los mapas! Ahora estoy hablando del trabajo de detalle. No necesitamos preocuparnos sobre la topografía del mayor. Son las pequeñas fallas que no se encuentran en los mapas las que nos pueden matar. —Excitado, dejó los mapas en la mesa—. Escuche, déjeme llevar un Bug en plan de reconocimiento a unas cinco, quizás diez millas por delante de la columna. Yo podré estar en terreno sólido, naturalmente, pero observaré con todo cuidado y cuando note alguna falla se lo comunicaré a Peter por radio. Entonces...

—No estoy de acuerdo —interrumpió el mayor.

—Pero... ¿por qué no? ¡Así podríamos ahorrar días!

—No me interesa ahorrar días. Permaneceremos juntos. Cuando lleguemos al centro, quiero hombres vivos conmigo. Eso significa que permaneceremos uno a la vista del otro en todo momento. Cualquier escalador sabe que todos están más seguros yendo en grupo que uno a uno... Y eso funciona en todo tiempo y en todo lugar.

McIvers, con las mejillas rojas de ira, le miró fijamente. Pero al cabo asintió con tristeza.

—Muy bien. Como usted diga.

—Bien. Lo digo así y así será. No quiero la menor fantasía. Llegaremos al centro juntos y acabaremos el viaje juntos. ¿Comprendido?

McIvers asintió con la cabeza. Mikuta nos miró entonces a Stone y a mí y nosotros asentimos también.

—Muy bien —dijo lentamente—. Ahora que estamos de acuerdo, marchemos.

Hacía calor. Aunque olvide alguna cosa sobra aquel viaje, nunca

olvidaré aquel enorme sol amarillo que brillaba incesantemente, sin conceder el menor respiro, más ardiente a cada milla que avanzábamos. Sabíamos que los primeros días serían los más llevaderos y, además, nos encontrábamos descansados y frescos cuando salimos del Laboratorio Crepuscular a través de la larga garganta que llevaba hacia el sur.

Yo marchaba en primer lugar. Por encima de mi hombro podía ver al mayor y a McIvers, que avanzaban tras de mí con sus neumáticos de almohada deslizándose con suavidad por el rugoso suelo de la garganta. Tras ellos, Stone arrastraba los trineos.

Aunque allí sólo existía el treinta por ciento de la gravedad de la Tierra, los trineos fueron una fuerte carga para el gran tractor hasta que los esquís llegaron a la vaporosa ceniza volcánica que blanqueaba el valle. Incluso tuvimos un camino a seguir durante las primeras veinte millas.

Yo permanecía con los ojos tras de los grandes binoculares polarizados, escrutando el camino que los primeros equipos de investigación habían trazado hasta donde comenzaba la cara brillante. Pero dos horas después pasamos ante el pequeño observatorio de avanzada situada allí por Sanderson, y el camino se acabó. Nos encontrábamos en territorio virgen y el Sol estaba ya empezando a morder.

No es que sintiéramos mucho el calor durante aquellos primeros días. Sólo lo veíamos. Los trajes acondicionados conservaban nuestra piel a unos agradables y cómodos veintitrés grados, pero nuestros ojos observaban sin cesar aquel resplandeciente sol y las calcinadas rocas ante las que pasábamos, y nuestro ánimo decaía un tanto. Sudábamos como si nos encontrásemos dentro de un horno.

Avanzábamos durante ocho horas y luego dormíamos cinco. Cuando nos tocaba el período de sueño, colocábamos juntos los Bugs, formando un cuadrado, extendíamos un ligero quitasol de aluminio y nos echábamos en el polvo, sobre las rocas. El quitasol hacía bajar la temperatura hasta unos quince grados, lo cual era un alivio. Y luego comíamos de lo que llevábamos en el primer trineo, aspirándolo por un tubo: proteínas, carbohidratos, abultados montones de gelatina y vitaminas.

El mayor racionaba el agua con mano de hierro, ya que si hubiéramos bebido ampliamente habríamos muerto de nefritis en

una semana. Sentíamos una sed constante e incesante. Pregunte usted el porqué a los fisiólogos y a los psiquiatras; le darán una docena de interesantes razones. Pero todo lo que entonces sabíamos, o nos preocupaba, era que así sucedía.

Como consecuencia de la sed, no dormimos en las primeras paradas. Nuestros ojos ardían a despecho de los filtros, y sufríamos de terribles dolores de cabeza. El caso era que no podíamos dormir. Nos sentábamos formando círculo y nos mirábamos el uno al otro. Entonces McIvers solía hablar de lo bien que nos sabría una cerveza fresca, y este pensamiento nos sacaba de tino. Hubiéramos matado a nuestras abuelas por una botella de cerveza fría como el hielo.

Después de algunos períodos de marcha, tuve que poner mis cinco sentidos en el volante. Avanzábamos por un paisaje tan desolado que hacía que el Valle de la Muerte pareciera un jardín de rosas japonés. Enormes grietas calcinadas por el sol se abrían en el suelo de la garganta, mientras negros acantilados se alzaban a cada lado. El aire estaba lleno de una niebla amarillenta apenas visible, hecha de gases sulfurosos.

Aquél era un agujero ardiente y maldito, un lugar no apropiado para que lo pisara el hombre, pero el reto era tan poderoso que uno parecía incluso oírlo. Nadie había cruzado aquella tierra y escapado con vida. Los que lo habían intentado fueron cruelmente castigados. Pero la tierra estaba aún allí y tenía que ser cruzada. Y no de una manera fácil: tenía que ser cruzada de la manera más difícil posible. Por encima de la tierra, a través de todo lo que se podía alzar contra nosotros, y con la más dificultosa prisa.

Sin embargo, sabíamos que incluso aquella tierra podía haber sido conquistada mucho antes a no ser por el sol. Habíamos luchado antes contra el frío más absoluto y habíamos vencido. El único calor peor que aquél en nuestro Sistema Solar era la superficie del mismo sol. La cara brillante era digna de que se intentase todo por ella. La venceríamos, o bien nos vencería a nosotros. Éste era el trato.

Aprendí mucho sobre Mercurio en aquellos primeros períodos de marcha. La garganta concluyó después de un centenar de millas y llegamos a la vista de una hilera de desiguales cráteres que corrían hacia el sur y hacia el este. Estos volcanes en hilera no habían mostrado la menor actividad desde que el hombre aterrizó en Mercurio cuarenta años antes, pero más allá existían otros muy

activos. Un humo amarillo se alzaba de estos cráteres constantemente; y en sus alrededores se amontonaban las cenizas.

No notábamos el menor viento, pero sabíamos que había una brisa sulfurosa y ardiente que barría en grandes olas continentales toda la cara del planeta. Sin embargo, no era lo suficientemente fuerte para que se produjera erosión. Los cráteres se extendían junto a gargantas picudas, enormes lanzas de roca y de grava. Más allá había vastas planicies amarillentas, humeantes y silbantes por efecto de los gases que brotaban de debajo de la corteza. Sobre todas las cosas había un polvo gris hecho de silicatos y sales, piedra pómez y piedra caliza, cenizas de granito... llenando huecos y declives y ofreciendo una superficie suave y traicionera a los neumáticos de los Bugs.

Aprendí a leer el terreno, a distinguir, por el color del polvo, un pozo disimulado. Aprendí a distinguir entre una hendidura posible de transitar y un corte insalvable. De cuando en cuando deteníamos los Bugs y explorábamos un pasaje a pie, atados unos con otros mediante un ligero cable de cobre, cavando, avanzando, cavando de nuevo, hasta que estábamos seguros de que la superficie soportaría el peso de los vehículos. Era un trabajo cruel; luego de eso dormíamos exhaustos. Pero lo llevamos a cabo, al principio, con facilidad.

Con demasiada facilidad, según creía yo. Y los otros parecían pensar lo mismo.

La inquietud de McIvers empezaba a atacar los nervios de todos los demás. Hablaba demasiado cuando estábamos descansando o cuando conducíamos. Hablaba por hablar; contaba chistes e ingeniosidades sin gracia que solía repetir una y otra vez. Tomó la costumbre de dar pequeños paseos de cuando en cuando. No se iba nunca lejos, pero cada vez se apartaba un poco más.

Jack Stone reaccionó completamente al revés: aparecía más reservado, más callado y cauteloso en cada parada. A mí no me gustaba esto, pero supuse que pronto desaparecería. Yo mismo me hallaba bastante preocupado, pero me las arreglaba para disimularlo.

A cada milla, el Sol se hacía más grande y blanco, estaba más alto en el cielo y era más ardiente. A no ser por nuestras pantallas de ultravioleta y los filtros de resplandor, habríamos quedado

ciegos. De todos modos, los ojos nos dolían constantemente y la piel de nuestros rostros se apergaminaba y se resquebrajaba después de los períodos de ocho horas.

Pero le tocó a uno de esos paseos de McIvers la tarea de asestar el penúltimo golpe a nuestros ya excitados nervios. Se había metido por una rama lateral de un largo cañón, que corría por el lado oeste de nuestra ruta y se hallaba casi fuera de nuestra vista, envuelto en una nube de cenizas, cuando oímos, a través de nuestros auriculares, un agudo grito.

Con el corazón en la garganta, hice dar media vuelta a mi Bug y, con ayuda de los gemelos, logré ver a McIvers, que desde el techo de su coche agitaba frenéticamente los brazos. El mayor y yo nos pusimos en movimiento, metiéndonos por el pasaje todo lo deprisa que podían avanzar los vehículos. Por nuestras imaginaciones danzaban mil horribles escenas.

Le encontramos. Estaba inmóvil, de pie, señalando un punto de la garganta. Y, por una vez, no tenía nada que decir. En el punto que señalaba se alzaba el fantasma de un Bug, un modelo anticuado que hacía años que ya no estaba en uso. Se hallaba empotrado en una grieta de la roca, con un eje roto, la carrocería partida por la mitad, y todo ello medio enterrado bajo un borde de la roca. Una docena de pies más allá se veían dos trajes aislantes con blancos huesos que brillaban a través de los cascos de fibra de cristal.

Aquello era lo que Wyatt y Carpenter habían sacado de su viaje a la cara brillante.

Durante el quinto período de avance el terreno empezó a cambiar. Parecía el mismo, pero de cuando en cuando uno lo sentía diferente. En dos ocasiones noté que mis ruedas patinaban, al tiempo que el motor lanzaba un aullido de protesta. Luego, súbitamente, el Bug pareció saltar. Yo aceleré y no sucedió nada.

Podía ver el oscuro polvillo gris que saltaba por encima de los cubos de las ruedas, espeso y tenaz, esparciéndose alrededor cuando las ruedas daban la vuelta. Comprendí entonces lo que había sucedido cuando las ruedas patinaron. Unos minutos después el tractor fue enganchado a mi coche y me sacaron del atasco. Aquello parecía un espeso barro gris, pero era en realidad un hoyo de plomo

fundido que ardía bajo una suave capa de cenizas.

Desde entonces avancé con más cautela. Nos adentrábamos en una zona cuya superficie había sufrido reciente actividad. La superficie era realmente traidora. Pensé entonces que acaso hubiera sido mejor que el mayor hubiese aprobado el plan de McIvers sobre lo de un explorador avanzado. La cosa habría sido más peligrosa para ese individuo, pero yo andaba ahora a ciegas y esto no me gustaba.

Un error de juicio nos podía hundir a todos, pero yo no pensaba mucho en los demás. Estaba preocupado por mí, muy preocupado. Pensaba: «Esto lo debía hacer McIvers y no yo». No era muy caritativo mi pensamiento; lo sabía, pero no podía remediarlo.

Fueron unas ocho horas de prueba, y luego dormimos poco. De nuevo en los Bugs, avanzamos aún más lentamente —sobre una ancha llanura que mostraba una telaaraña de profundas grietas—, yendo continuamente hacia atrás y hacia adelante, en un esfuerzo por mantener los coches sobre sólida roca. Yo no podía ver el terreno que se extendía delante de mí a causa del polvo amarillo que se alzaba de las grietas, así que me sentía bastante fastidiado.

De pronto, observé que la superficie por la que avanzaba caía bruscamente unos seis pies más allá de una ancha grieta. Grité a los otros que se detuvieran. Luego acerqué mi Bug un poco y miré hacia la hondonada. Era ancha y profunda. Fui cincuenta metros hacia la derecha y luego cincuenta más hacia la izquierda.

Tan sólo había un lugar, que ofrecía débiles posibilidades de ser cruzado. Era una estrecha banda de materia gris que corría como una rampa a lo largo del fallo. Mientras la observaba, sentí que la corteza sobre la que se hallaba mi Bug temblaba y que a pocos pies se abría una grieta.

La voz del mayor resonó en mis oídos.

—¿Qué pasa, Peter?

—No lo sé. Esta corteza parece que corre sobre patines —le contesté.

—¿Qué hay sobre esa banda?

Yo titubeé.

—Me da miedo, mayor. Vamos a retroceder a ver si encontramos un camino mejor.

En mis auriculares se oyó una exclamación de disgusto y el Bug

de McIvers empezó de pronto a andar. Pasó por delante de mí y ganó velocidad, con McIvers inclinado sobre el volante como un corredor de carreras. Se dirigía directamente a la franja gris.

Un grito quedó ahogado en mi garganta. Oí que el mayor gritaba:

—¡Mac! ¡Párese, loco!

Pero McIvers ya se encontraba en el borde de la estrella franja, corriendo como un poseído. Las cenizas del camino saltaron cuando los neumáticos se posaron sobre ellas. Durante un horrible momento el camino pareció hundirse bajo el coche. Pero el Bug siguió avanzando envuelto en una nube de humo, y yo oí en mis oídos la voz de McIvers que gritaba alegremente:

—¡Vengan, rezagados! ¡Yo les sostendré!

Algo imposible de imprimir estalló en mis oídos mientras el mayor pasaba a mi lado avanzando con su Bug, lentamente, por el camino de cenizas, hasta llegar al otro lado. Luego dijo:

—Tómelo con calma, Peter, y eche una mano a Jack. Ayúdele a traer los trineos.

Su voz sonó tan tensa como un cable.

Diez minutos después, nos hallábamos todos al otro lado de la franja. El comandante revistó toda la columna. Luego, enfadado, se volvió hacia McIvers.

—Un truco más como éste y le ato a una roca y le dejo aquí —gritó—. ¿Me entiende usted? Si lo hace otra vez...

La voz de McIvers vibró con acento de protesta.

—¡Dios mío! Si hubiéramos hecho caso a Claney nos habría tenido parados ahí para siempre. Cualquier tonto y ciego podía ver que esa cinta de cenizas nos podía sostener.

—Yo la vi moverse —repliqué.

—Muy bien, muy bien, así que tiene usted muy buena vista. ¿Por qué todo este jaleo? Pasamos, ¿no es verdad? Lo que digo es que tenemos que tener un poco más de nervio si hemos de atravesar este maldito lugar.

—También tenemos que hacer uso del buen juicio —afirmó el mayor—. Muy bien, vamos a seguir.

Dejó que pasara un minuto y luego puso de nuevo su Bug junto al mío.

En la parada siguiente, el incidente no fue mencionado, pero el mayor me hizo señas de que me acercase a él cuando yo me preparaba para dormir.

—Peter, estoy preocupado —me dijo en voz baja.

—¿Por McIvers? No se preocupe. No es tan loco como parece. Sólo impaciente. Llevamos un centenar de millas de retraso y nuestro avance es terriblemente lento. En el último tramo sólo hemos hecho cuarenta millas.

El mayor sacudió la cabeza.

—No es McIvers quien me preocupa. El que me preocupa es el muchacho.

—¿Jack? ¿Qué pasa con él?

—Échele una ojeada.

Stone estaba temblando. Se hallaba cerca del tractor, apartado de los demás, echado sobre su espalda, pero sin dormir. Todo su cuerpo temblaba convulsivamente. Vi que se agarraba fuertemente a un saliente de la roca.

Tomé asiento junto a él.

—¿No ha encontrado buena el agua? —le pregunté.

No me contestó. Sólo continuó temblando.

—¡Eh, muchacho! —dije—. ¿Qué le pasa a usted?

—Hace calor —contestó entre sacudidas.

—Claro que hace calor, pero no se deje amilanar por ello. Nos encontramos realmente en buena forma.

—No, no nos encontramos en buena forma —contestó—. Nos encontramos en mala forma, si quiere usted saberlo. No vamos a lograr lo que pretendemos. ¿Se ha dado usted cuenta de ello? Ese loco nos llevará a la muerte, es seguro... —De repente, se puso a balbucear como un niño—. Estoy asustado. Yo no debía estar aquí. Estoy asustado... ¿Qué es lo que intento probar, por amor de Dios? ¿Soy yo acaso una especie de héroe? Le digo que estoy asustado...

—Escuche —contesté—. Mikuta está asustado, yo estoy asustado. ¿Y qué importa eso? Lo lograremos, no se preocupe. Y nadie trata de ser un héroe...

—Nadie, sino el Hombre de Piedra —repuso Jack amargamente, y lanzó una pequeña carcajada que sacudió todo su cuerpo—. Es un héroe, ¿verdad?

—Lo lograremos —repetí.

—Seguro —murmuró Jack finalmente—. Verá, lo siento. Mañana estaré bien.

Yo me aparté, pero permanecí vigilándole hasta que se quedó tranquilo y quieto. Entonces intenté dormir a mi vez, pero no lo logré del todo. Permanecí pensando en aquella extraña franja. Yo sabía, por su aspecto, de lo que se trataba: un amontonamiento de cinc, a propósito de lo cual nos había hecho advertencias Sanderson, cuando nos habló de los peligros que íbamos a encontrar. Una ancha cinta de cinc casi puro que había llegado arriba reblandecido por el calor, procedente de abajo, en fecha reciente, para esperar en la superficie que el oxígeno o el azufre la pudriera.

Yo sabía lo bastante sobre el cinc para comprender que, bajo aquellas temperaturas, se tornaba tan quebradizo como el cristal. Si se corre un albur como el que McIvers había corrido, podía suceder que todo el camino saltara como una palanca con resorte. No era por algún talento de McIvers el que no hubiera sucedido así.

Cinco horas más tarde nos hallábamos de nuevo en camino, pero apenas avanzábamos. La quebrada superficie era casi intransitable; grandes rocas picudas cubrían la planicie. El suelo parecía deshacerse al momento en que los neumáticos lo tocaban. Largos y abiertos cañones se transformaban en ciénagas de plomo o en hoyos llenos de azufre.

En una docena de ocasiones salí del Bug para tantear el terreno, a pie y con mi bastón de alpinista. Cada vez que lo hacía, McIvers venía tras de mí y aun me adelantaba, tan contento como un niño en una feria. Luego regresábamos encarnados y jadeantes y avanzábamos con las máquinas una o dos millas más.

El tiempo nos apremiaba ahora y McIvers no me permitía olvidarlo. Habíamos recorrido tan sólo trescientas veinte millas en seis períodos de camino, así que llevábamos un retraso de un centenar de millas o más.

—No lo lograremos —se quejaba McIvers, enfadado—. El sol estará en afelio para el tiempo en que lleguemos al centro...

—Lo siento, pero no puedo ir más de prisa —le contesté.

Me estaba poniendo nervioso. Sabía muy bien lo que él quería, pero no me atrevía a dejárselo hacer. Bastante asustado estaba yo con la tarea de mantener el Bug alejado de los pozos de plomo, aun

sabiendo que era yo quien llevaba a cabo las decisiones. Si tuviéramos de andar sobre el plomo, no habríamos durado las ocho horas. Aunque las máquinas hubiesen resistido, nuestros nervios no lo habrían hecho.

Jack Stone, tras contemplar los mapas de aluminio, levantó la cabeza y dijo:

—Otro centenar de millas y tendremos ya hecho bastante camino. Quizá podamos cubrir esa distancia en un par de días.

El mayor se mostró de acuerdo, pero McIvers no podía refrenar su impaciencia. Permaneció mirando fijamente al sol como si sintiera un rencor personal contra él. Luego se paseó bajo el quitasol, de un lado para otro.

—Eso será muy hermoso si vivimos para entonces —dijo.

La conversación acabó aquí, pero el mayor me habló aparte cuando estábamos a punto de subir a las máquinas para la siguiente etapa.

—A ese individuo le va a dar un ataque si no corremos más, Peter. No quiero que él guíe. Pero tiene razón sobre lo de ganar tiempo. Manténgase sereno, pero... tiente un poco a la suerte. ¿Conforme?

—Lo intentaré —contesté.

Aquello era pedir lo imposible, y Mikuta lo sabía. Nos encontrábamos en lo alto de una cuesta que hervía a todo nuestro alrededor, como si algo se estuviera fundiendo debajo de la corteza. La ladera se rompía en enormes resquebrajaduras, en parte cubiertas de polvo y cinc fundido, como un vasto glaciar de piedra y metal. La temperatura exterior señalaba 286° C,

y llevaba camino de subir. No era sitio para aumentar la velocidad.

Lo intenté de todos modos. Anduve por una docena de extraños pasajes, bordeando los charcos de cinc, aunque a veces pasaba también sobre ellos. La cosa pareció fácil durante un tiempo e hicimos progresos. Llegamos a un terreno liso y aumenté la velocidad. Pero de pronto salté sobre mis frenos e hice que el Bug se detuviera envuelto en una nube de polvo.

Había ido demasiado lejos. Nos encontrábamos en una ancha, llana y gris superficie aparentemente sólida... hasta que de súbito, con el rabillo del ojo, vi la resquebrajadura que se estaba abriendo

bajo las ruedas. El terreno temblaba debajo de mí cuando paré el Bug.

En mi oído sonó la voz de McIvers.

—¿Qué pasa ahora, Claney?

—¡Atrás! —grité—. Esto puede atraparnos.

—Pues desde aquí parece sólido.

—¿Es que quiere usted discutir? La capa es demasiado delgada y no resistirá. Retrocedan.

Yo empecé a retroceder. Oí un juramento proferido por McIvers. Luego vi que su Bug echaba a andar hacia adelante. Esta vez no avanzaba deprisa y descuidado, sino lentamente, dejando tras de él una suave nube de polvo.

Quedé mirándole fijamente, sintiendo que la sangre me subía a la cabeza. Parecía que el calor no me dejaba respirar al tiempo que le veía avanzar y avanzar, cada vez más lejos...

Oí el crujido antes de ver nada. Mi propio Bug dio un respingo. Una larga y negra hendidura se había abierto en el banco de arena... y aumentaba de tamaño por momentos. Entonces la banda de cenizas empezó a ascender. Oí un grito a la vez que el Bug de McIvers ascendía por el aire... antes de caer dentro de la grieta envuelto en un atronador montón de roca y de metal, hecho añicos.

Permanecí mirando sin ver durante todo un minuto, según creo. No pude moverme hasta que oí un gemido de Jack y la voz del mayor, que gritaba:

—¡Claney! No puedo ver nada. ¿Qué ha sucedido?

—Le ha envuelto. Eso es lo que ha sucedido —grité.

Puse en marcha el motor de mi Bug y con el mayor cuidado me acerqué al borde del agujero recién abierto. El cegador polvo surgía de lo más hondo produciendo ruido.

Los tres permanecemos mirando el hoyo. Me pareció ver, por un momento y a través del casco, el rostro de Jack Stone. Confieso que no resultaba agradable de ver.

—Bien —dijo el mayor tristemente—. Ya está hecho.

—Así lo creo —contesté, sintiéndome tan mal como él.

—Espere —dijo Stone—. Oigo algo.

Era cierto. Se oía algo. En nuestros auriculares sonaba un grito... débil, pero inequívoco.

—¡Mac! —gritó el mayor—. ¡Mac! ¿Me oye usted?

—Sí... sí... Le oigo.

La voz llegaba muy débil.

—¿Está usted bien?

—No lo sé... Me parece que tengo una pierna rota. Y... hace mucho calor. —Se produjo una larga pausa. Luego la voz se oyó de nuevo—: Creo que mi refrigerador no funciona.

El comandante me echó una mirada y luego se volvió a Stone.

—Saque cuanto antes un cable del segundo trineo; se va a freír vivo si no le sacamos pronto de ahí. Peter, necesito que usted me ayude a bajar. Emplee el cabrestante del tractor.

Yo le ayudé. El mayor permaneció abajo sólo unos momentos. Cuando le subimos vimos que su rostro reflejaba la mayor consternación.

—Aún está vivo —dijo jadeando—, pero no lo estará por mucho tiempo. —Titubeó sólo un instante. Luego añadió—: Hemos de intentarlo.

—No me gusta este lugar —dije—. Se ha movido dos veces desde que estamos aquí. ¿Por qué no nos apartamos y le echamos un cable?

—No serviría de nada. El Bug está hecho un acordeón y él se halla en el interior. Necesitaremos linternas y que uno de ustedes me ayude.

Me miró a mí y después echó a Stone una larga ojeada.

—Lo mejor es que venga usted conmigo, Peter.

—Espere —dijo Stone con el rostro muy blanco—. Déjeme bajar con usted.

—Peter es más ligero.

—Yo no soy pesado tampoco. Déjeme bajar.

—Bien, así será si lo desea —dijo el comandante, entregándole una linterna—. Peter, vigile la máquina y bájenos lentamente. Y si viera algo malo, algún peligro, apártese de este lugar, ¿comprende? Todo esto puede hundirse.

Asentí con la cabeza.

—Buena suerte —dije.

Desaparecieron por la abertura. Yo fui soltando el cable poco a poco hasta que llegó a doscientos pies y dejó de bajar.

—¿Qué tal se presenta el asunto? —grité.

—Malo —contestó el mayor—. Tendremos que trabajar de prisa.

Todo este lado de la resquebrajadura está a punto de hundirse. Denos un poco más de cable.

Transcurrieron unos minutos sin que se oyera nada. Yo intenté tranquilizarme, pero me fue imposible. Sentí que el terreno se movía y el tractor cambió de posición.

El comandante gritó:

—¡Esto se derrumba, Peter! ¡Tire del cable!

Coloqué el tractor al revés e hice que avanzara, separándole del borde. El cable se rompió, enroscándose frente a mí como una cuerda rota de reloj. Toda la superficie que había debajo de mí temblaba ahora locamente; las cenizas se alzaban formando enormes nubes grises. Luego, con un rugido, el interior de la grieta se alzó a su vez, echándose hacia un lado. Todo aquel promontorio tembló en el borde durante segundos antes de volver a caer en el interior de la resquebrajadura, arrastrando en su caída las paredes de los lados, que se vinieron abajo con una caída de cataclismo. Yo me alejé con el tractor hasta que lo detuve mientras el polvo y las llamas se alzaban pavorosas.

Los tres..., McIvers, el mayor y Jack Stone, habían desaparecido... enterrados bajo una tonelada de rocas, cinc y plomo derretidos. No había riesgo de que nadie encontrara nunca sus huesos.

Peter Claney se retrepó en su silla. Había terminado su bebida y se frotaba su estropeado rostro sin dejar de mirar a Barton. Lentamente, Barton aflojó algo la tensión con que se agarraba al brazo de su sillón.

—Pero usted regresó —dijo.

Claney asintió con la cabeza.

—Claro que regresé. Contaba con el tractor y los trineos. Y tenía siete días para retroceder bajo aquel sol amarillo. Dispuse de mucho tiempo para pensar.

—Llevaron ustedes a un hombre inadecuado —contestó Barton—. Ese fue su error. Sin él, habrían logrado ustedes su objetivo.

—Nunca —contestó Claney sacudiendo la cabeza—. El primer día pensé igual que usted: que todo había sido culpa de McIvers, que era a él a quien se tenía que echar la culpa. Era loco,

inquieto y demasiado nervioso.

—Y además no tenía buen juicio.

—Su juicio no podía ser más excelente. Intentaba no retrasarse aun a riesgo de matarnos, pues nuestro retraso significaba asimismo la muerte.

—Pero un hombre como ése...

—Un hombre como McIvers era necesario. ¿No lo comprende usted? Nuestro enemigo era el sol, bajo aquella superficie. Podíamos haber sido absorbidos el mismo día que partimos. —Claney, con los ojos suplicantes, se inclinó sobre la mesa—. Nosotros no nos dábamos cuenta de ello, pero era cierto. Existen lugares adonde los hombres pueden ir, condiciones que los hombres pueden soportar. Y otros tienen que morir antes, para que aprendan los que irán después. Yo tuve suerte y regresé. Pero ahora estoy intentando decirle a usted lo que encontré... y que nadie cruzará nunca la cara brillante.

—Nosotros lo haremos —afirmó Barton—. No será una excursión agradable, pero lo lograremos.

—Suponga usted que lo logran —dijo de pronto Claney—. Suponga que estoy equivocado y que ustedes lo logran. Y luego... ¿qué? ¿Qué es lo que vendrá a continuación?

—El sol —contestó Barton.

—Sí. Eso es lo que sigue, ¿no es verdad? —Se echó a reír—. Hasta la vista, Barton. Que les vaya bien y todo lo demás. Gracias por escucharme.

Cuando hizo un ademán para ponerse en pie, Barton le cogió por una muñeca.

—Sólo una pregunta más, Claney. ¿Por qué vino usted aquí?

—Para intentar disuadirles. Para que no se maten ustedes —repuso Claney.

—Miente usted —dijo Barton.

Claney le miró fijamente durante un largo momento. Luego se dejó caer de nuevo pesadamente en el asiento. En sus pálidos ojos azules había una expresión de derrota, de derrota y algo más.

—¿Y bien? —continuó Barton.

Peter Claney extendió las manos con un ademán de desesperanza.

—¿Cuándo marcha usted, Barton? Deseo que me lleven con

ustedes.

EL SUELO NATAL

Antes de que aterrizase en Venus la primera nave procedente de la Tierra, se aventuraron muchas suposiciones sobre lo que se encontraría bajo la capa de nubes que ocultaba la superficie del planeta a los ojos de los observadores.

Una de las teorías sostenía que la superficie de Venus era una jungla, exuberante de humedad como un invernadero, poblada por una fauna que se retorció por el suelo y de flores devoradoras de hombres. Otro grupo afirmaba vivamente que Venus era un árido desierto de piedra arenosa batida por el viento, seco y cruel, donde se formaban nubes de polvo que evitaban que el sol pudiera penetrar en él. Otros anunciaban un planeta océano con escaso o ningún terreno firme, poblado por enormes serpientes marinas que esperaban la visita de los primeros habitantes de la Tierra con las mandíbulas abiertas.

Pero, naturalmente, nadie sabía nada con seguridad. Venus era el planeta del misterio.

Cuando llegó allí la primera nave terrestre, todo lo que hallaron fue una gran cantidad de barro. En Venus había tal cantidad de barro como para cubrir todo el camino hasta allí dos veces, y aún habría sobrado. Se trataba de barro tibio, húmedo, pegajoso... y tenaz. En algunos lugares era gris, y en otros, negro. A veces se encontraba barro de variados matices, desde el castaño amarillento al verde, azul y púrpura. Pero de todas formas seguía siendo barro.

La escasa vegetación de Venus salía del barro; los pequeños nativos de Venus vivían bajo el barro; el vapor surgía de él y la lluvia caía sobre él. Y, al parecer, eso era todo. El planeta del

misterio había perdido su misterio. Era sólo una masa. La gente no habló más de él.

Pero los técnicos de la Piper Pharmaceuticals Inc. encontraron un cierto encanto al barro de Venus.

Cuando descubrieron lo que crecía en aquel barro de Venus — además de los nativos— empezaron a enviar cautelosos y muy secretos informes a su oficina de la Tierra. Inmediatamente, la oficina compró todos los derechos de exploración y de explotación del subsuelo del planeta por un precio exorbitante, y luego, con gran prisa, empezó a gastar millones de dólares en naves y en máquinas destinadas al fangoso planeta. Los directores hicieron frente a burlas y escarnios a la vez que sonreían y se frotaban las manos. Grupos especiales de psicólogos fueron enviados a Venus para que se pusieran en contacto con los naturales del planeta. Regresaron muy satisfechos, cargados con *tests* que demostraban que los nativos de aquel planeta eran seres amistosos, inteligentes, con deseos de cooperar y llenos de recursos. Entonces los directores se frotaron las manos con más satisfacción que antes y dedicaron aún más dinero a la Piper Venusian Installation.

Pensaban que para hacer dinero se necesita dinero. Que rieran los tontos. No reirían por mucho tiempo. Después de todo, la Piper Pharmaceuticals Inc. era capaz de reconocer una mina de oro en cuanto la encontraba. Al menos así lo pensaban.

Robert Kielland, investigador especial de la Piper Pharmaceuticals Inc., a la que sacaba de apuros siempre que necesitaba que lo hiciera, estableció contacto rápido e íntimo con el barro de Venus cuando el avión de aterrizaje le depositó en aquel pegajoso planeta. Había sido transbordado desde la gran nave de transporte orbital al pequeño aparato de aterrizaje una hora antes, cuando se encontraba más aburrido e impaciente. No tenía el menor deseo de ir a Venus. A él no le gustaba el barro ni le gustaban los proyectos en otro planeta. No había nada en su contrato con Piper que pudiera hacerle viajar a otros planetas para cumplir sus deberes, y se había negado cuando le propusieron el viaje. Incluso se negó de nuevo cuando le ofrecieron un cheque capaz de marear a cualquiera con objeto de que se acostumbrara a la idea.

Hasta que no le convencieron de que sólo su inteligencia superior, su mente aguda como una navaja, y sus extraordinarias dotes de observación y de capacidad podían sacar a los de Piper Pharmaceuticals Inc. de la trampa de barro en que se habían metido, no accedió, y aun esto lo hizo a regañadientes. No le gustaba nada, pero acabó por ir.

Al parecer, las cosas no iban bien en Venus. El caso era que se habían gastado millones, pero no hubo modo de poner nada en claro. Las promesas de elevadas cifras de producción habían fallado, disminuido y desaparecido. Venus continuaba siendo un proyecto muy caro, y nadie sabía en realidad por qué era así.

El piloto conducía el aparato a través de la capa de nubes, frenándolo, descendiendo y acercándose más cada vez a la superficie, mientras Kielland miraba tristemente a través de la ventanilla. Los montones de nubes le producían náuseas. Abrió su maleta de muestras Piper y se echó en la boca una pastilla. Luego, como medida de precaución, inhaló un poco de Rhino-Vac Piper. Finalmente, ante él apareció, a lo lejos, la gris superficie monótona y sin formas. Más tarde se vio un pobre y desperdigado bosque de retorcido follaje gris.

El piloto vio la plataforma de aterrizaje, habló con los de la torre de control y alzó el aparato preparándolo para el descenso final. Era un piloto muy hábil, que había realizado muchos aterrizajes en Venus. Incluyó el aparato, que quedó con la cola alta, y se posó sobre la plataforma de un modo perfecto mientras los motores enmudecían.

Pero de pronto se hundieron, tanto el aparato como la misma plataforma de aterrizaje.

El piloto llamó frenéticamente a la torre de control al tiempo que Kielland se llenaba de pánico. La torre de control contestó:

—Lo sentimos. Algo debe haber ido mal. Les sacaremos en un periquete. No, por Dios, no salgan ustedes volando de nuevo. Hay un millar de nativos en las proximidades. Tengan paciencia, que todo saldrá bien.

Esperaron. Pronto se oyeron martillazos y golpes y unas grandes grapas se clavaron en la superficie del aparato. El barro gorgoteaba a su alrededor cuando fueron izados. Parecían hallarse dentro de una hirviente sopa. Una puerta cubierta de barro fue abierta, y

Kielland salió a la plataforma que había debajo, que tenía aspecto de ser muy delgada. Cuatro pequeños seres parecidos a roedores se hallaban atados a la plataforma y con la mejor buena voluntad comenzaron a chapotear en el pegajoso barro, arrastrando la plataforma donde estaba Kielland hasta una hilera de edificios bajos de madera que se alzaban cerca de algunos árboles canijos.

Mientras los nativos se detenían jadeantes para respirar, vio que la otra mitad de la plataforma continuaba hundiéndose en el barro. Cuando al fin alcanzaron un terreno relativamente firme, Kielland estaba embarrado hasta la cintura y sentía unos terribles deseos de marcharse de nuevo, aun sin plataforma.

Contempló la instalación de la Piper Venusian sin apenas dar crédito a sus ojos. Había oído las elogiosas descripciones hechas por los directores. Había visto los proyectos del arquitecto, unos hermosos edificios modernos apoyados sobre boyas, limpios canales para los barcos que llevaban al lugar donde estaban las minas y un hermoso equipo pintado de color naranja, incluyendo las nuevas dragas Piper de tracción axial, diseñadas especialmente para el caso. Todo le había parecido adecuado para lo que una instalación Piper debía de ser.

Pero ahora no encontraba nada que se pareciera a todo aquello. Kielland vio un grupo de pequeñas cabañas de madera que parecían prontas a hundirse, en medio de un gran gorgoteo, en el barro. A la derecha de una llanura de barro, una de las dragas había hecho precisamente esto: hundirse. Un enjambre de terrestres y nativos se afanaban trabajosamente tratando de ponerla a flote. La torre de control se hallaba a la izquierda, ligeramente inclinada, como si le costara mantener el equilibrio en aquel mar de barro.

La Piper Venusian Installation no parecía estar en activo, sino que era como un pueblo fantasma en los últimos grados de su derrumbamiento.

En el interior del barracón donde se hallaba instalada la administración, Kielland encontró, tras una mesa de despacho, a un hombre con aspecto de cansancio que garrapateaba furiosamente un montón de informes. Tanto la amplia mesa como los demás muebles se hallaban llenos de manchas. Los papeles también tenían manchas

negras. Incluso el rostro del hombre estaba manchado, y su traje mostraba asimismo pegajosos manchones de lodo aún húmedo. En un rincón, un joven se dedicaba con afán a la pared usando un ancho cepillo.

El hombre limpió de barro a Kielland y luego le miró con un brillo de esperanza en sus ojos.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Muchísimo gusto en verle, amigo. Aquí encontrará usted todos los papeles y los informes en orden, esperándole. —Apartó de sí los papeles como si diera el asunto por concluido—. Louie, busque al piloto de aterrizaje y no le pierda de vista. Dígale que yo estaré listo dentro de veinte minutos...

—Ya comprendo —exclamó Kielland—. Es usted Simpson, ¿verdad?

El hombre se limpió el barro que tenía en las mejillas y escupió.

—El mismo.

—¿Y adonde cree usted que va?

—¿No viene usted a relevarme?

—Nada de eso.

—¡Ay de mí!

El hombre tomó de pronto asiento tras de la mesa, como si sus piernas se negaran a sostenerle.

—No lo comprendo. Me dijeron...

—No importa lo que le dijeran —exclamó Kielland, interrumpiéndole—. Yo soy el que saca de apuros, pero no un administrador. Cuando las cifras empiezan a andar mal, yo averiguo el porqué. Pero en lo concerniente a este lugar no es que hayan empezado a andar mal, es que nunca han andado bien.

—¿Cree usted que eso es nuevo para mí? —preguntó Simpson.

—De modo que ha tenido disgustos.

—Así es, amigo.

—Bien, pues ya enderezaremos las cosas —repuso Kielland con suavidad—. Pero, primero de todo, deseo ver al capataz encargado de construir esa plataforma de aterrizaje.

Los ojos de Simpson reflejaron cierto titubeo.

—¿De veras... de veras le quiere usted ver?

—Sí, eso quiero. Ha llegado la hora de poner remedio a un caso tan evidente de incompetencia.

—Bien... Si salimos al exterior quizá podamos verle.

—No, le quiero aquí.

Kielland tomó asiento en el banco cercano a la pared. Sentía un ligero dolor de cabeza. Entre sus muestras encontró una cápsula contra el dolor de cabeza y se la echó en la boca.

Simpson parecía triste. Mirando al ordenanza, que había dejado de cepillar la pared, dijo:

—Ya lo ha oído usted, Louie.

—Pero, amo...

Simpson hizo un ademán apremiante. Louie entonces fue hasta la puerta y lanzó un silbido. No tardó en oírse un chapoteo y un ser bajo y gris penetró en la habitación. Sus patas traseras, largas y poderosas como las de un canguro, terminaban en cuatro dedos membranosos en forma de pala. Toda su piel se hallaba cubierta por una espesa piel gris que chorreaba espeso barro negro. Lanzó un graznido a Simpson y arrugó la nariz. Simpson se apresuró a contestar con otro graznido.

De pronto, el nativo empezó a mover la cabeza de un lado a otro trazando una ondulación lenta y rítmica. Lanzando un grito, Simpson se escondió tras de la mesa escritorio mientras el ordenanza se tiraba al suelo y se cubría el rostro con un brazo. Kielland abrió los ojos maravillado. Acto seguido se produjo en la habitación un verdadero diluvio de barro, pues el pequeño venusiano empezó a sacudirse de forma que su piel arrojaba barro en todas direcciones.

Simpson volvió a erguirse y lanzó una exclamación.

—Les he dicho un millar de veces... —Movié la cabeza desesperanzado, mientras Kielland se quitaba el barro de los ojos—. Éste es el hombre que usted deseaba ver —acabó Simpson.

Kielland escupió.

—¿Puedo hablarle? —preguntó.

—No habla. Sólo grazna.

—Bien, pues pídale que explique por qué la plataforma que construyó no sostiene el aparato de aterrizaje.

Simpson comenzó a silbar y a graznar mirando al pequeño ser. La peluda cola de éste se metió entre sus patas mientras bajaba la cabeza avergonzado, como un perro al que se riñe.

—Dice que no sabía que un aparato de aterrizaje tuviera que posarse en la plataforma. También dice que lo siente.

—Pero... ¿es que no había visto nunca antes un aparato de aterrizaje?

Un graznido. Otro graznido.

—¡Oh, sí!

—¿Es que no se le dijo para qué servía la plataforma?

Un graznido. Otro graznido.

—Naturalmente.

—Entonces... ¿por qué no se sostiene la plataforma?

Simpson suspiró.

—Quizás olvidó durante su construcción para qué iba a servir. O quizá no entendió nunca la cosa del todo. Con estos silbidos no puedo preguntarle cosas así, y dudo mucho que usted pueda poner en claro a qué se debe el error.

—Entonces despídale —exclamó Kielland—. Ya encontraremos algún otro...

—¡Oh, no! Quiero decir que no se puede obrar con precipitación —repuso Simpson—. No me gustaría echar a éste, por lo menos durante algún tiempo...

—¿Por qué?

—Pues porque por lo menos le hemos podido enseñar... al menos creo que hemos podido... cómo se baja un tubo de drenaje.

—El tono de la voz de Simpson era casi lastimero—. Enseñarle nos ha llevado meses. Si le echamos, tendremos que volver a empezar con otro.

Kielland miró al venusiano y luego a Simpson.

—Ya comprendo —dijo finalmente.

—No, no comprende usted —replicó Simpson con convicción—. Ni siquiera ha empezado a ver nada aún. Tendrá que luchar durante algunos meses para que realmente empiece a ver.

Despidió al venusiano, que desapareció por la puerta, y luego se volvió a Kielland con la pesadumbre de diez meses de fracasos.

—Son estúpidos —continuó lentamente—. Son tan increíblemente estúpidos que yo debería de dar gritos y salir hacia el pantano cada vez que viera a uno de ellos acercarse. Su estupidez es positivamente animal.

—Entonces... ¿por qué se les emplea? —saltó Kielland.

—Porque para que alguna vez podamos extraer algo útil de este miserable agujero de barro, nos hemos de servir de ellos. No hay

otro modo de hacerlo.

Siguiendo las indicaciones de Simpson, Kielland se puso unas botas que casi le llegaban a la cintura y que tenían en los pies unas aletas de silicona. Simpson se equipó de la misma forma, y ambos salieron para inspeccionar la instalación.

Una docena o más de venusianos les rodearon alegremente, como una jauría. Los venusianos iban y venían por el caliente barro, describiendo círculos, chapoteando, graznando y empujándose unos a otros. Parecían gozar de un día de fiesta.

—Naturalmente —dijo Simpson—, desde que la draga número cuatro se hundió, cosa que ocurrió la semana pasada, no queda mucha instalación por inspeccionar. Pero usted verá lo que queda, si lo desea.

—¿Quiere usted decir que la draga número cuatro era la única que tenían últimamente en uso? —preguntó Kielland en tono desabrido—. De acuerdo con mis informes, ustedes contaban con cinco dragas a tracción axial, y, además, una docena o más de la clase antigua.

—¡Ah! —exclamó Simpson—. Bien. La número uno tiene su cámara de vacío corroída, cosa que le ocurrió después de una semana de haberla empleado en el drenaje. En su interior penetró un quince por ciento de ácido, y se estropeó. La número dos se hundió sin dejar rastro... en algún pantano de por ahí... —Y señaló las llanuras de negro barro y la pobre vegetación de más allá—. Los perritos del barro saben en dónde se encuentra, según creen, y yo supongo que nos la sacarían si pudiéramos disponer de tiempo, pero tal cosa nos haría perder un mes, y usted ya sabe el índice de producción que intentamos obtener.

—¿Y qué hay sobre los números tres y cinco?

—¡Oh, aún las tenemos! Pero hay que darles un repaso.

—¿Un repaso? ¡Si son completamente nuevas!

—Lo eran. Pero los perritos del barro no comprenden que tienen que limpiar la máquina después de cada operación. Cuando este barro sale al aire, se endurece como cemento. ¿Ha visto usted una hormigonera que no tenga que ser limpiada una docena de veces después de ser usada? Así que la tres y la cinco dejaron de

funcionar.

—¿Y qué hay de los modelos antiguos?

—La mitad de ellos están inservibles, y la otra mitad sostienen aún las islas.

—¿Las islas?

—Esos trozos de terreno semisólido donde construimos la administración. Y sobre todo, el trozo de terreno donde se alza la torre de control.

—Bien, ¿y qué van a hacer esos trozos de terreno? ¿Marcharse, acaso?

—Eso mismo. La primera semana de trabajo nos preguntábamos por qué teníamos que ir cada día más lejos a buscar las dragas. Entonces nos dimos cuenta de que el terreno sólido, en Venus, no es realmente sólido. Se trata tan sólo de un material más denso que flota sobre el barro, como boyas en un estanque. Pero no es nada comparado con otras cosas...

Habían llegado a las proximidades del lugar donde se hallaba la draga número cinco, con la que se trabajaba afanosamente. A Kielland la máquina le pareció un enorme cilindro de aspiración provisto de cierto número de mangueras flexibles en la parte superior. Tres cuartos de la máquina se hallaba sumergida en un barro pegajoso. A la derecha, una grúa tipo derrick flotaba medio hundida en el fango; sus grapas estaban cogidas a la draga, y la derrick se balanceaba y chapoteaba como un hipopótamo pillado en una trampa. A todo alrededor de la sumergida máquina se veían perritos del barro que trabajaban como extraños castores de escaso tamaño al tiempo que un hombre supervisaba la operación, se quitaba el barro del rostro y lanzaba toda una colección de gritos, juramentos, silbidos y graznidos.

De pronto, uno de los perritos del barro vio a los recién llegados. Lanzó un graznido, dejó su cable sobre el barro y subió a la superficie, poniéndose a bailar como un diablillo sobre sus anchos y membranosos pies mientras les miraba con insistente curiosidad. No tardaron en imitarle una docena más, que salieron al exterior y les miraron fijamente a la vez que se sacudían el barro de su piel.

—¡No, no! —gritó el supervisor del trabajo—. ¡Tirad, idiotas! ¡Volver aquí en seguida! ¡Mirad lo que habéis hecho!

La derrick crujió y chirrió, y el cable de acero surgió

rápídamamente del agujero. Confusos, los perritos del barro se apartaron de los recién llegados y volvieron a su tarea, pero era demasiado tarde. La draga número cinco tembló, se oyó un húmedo silbido aspirante, y la máquina empezó a hundirse en el lodo: glu... glu... glu...

El encargado bajó de su plataforma y se acercó a donde se encontraban Simpson y Kielland. Tenía el aspecto del hombre que ha sufrido durante veinte minutos largos el tormento del infierno.

—¡Basta ya! —gritó, en el mismo rostro de Simpson—. ¡Estoy hasta la coronilla! Cobraré en cuanto tenga usted mi paga dispuesta, y me iré a acabar mi contrato en la Tierra. Estoy harto de esto. Me llevó una semana enseñar a esos idiotas lo que tienen que hacer, y han tenido ustedes que venir en el momento en que era más necesario que se concentraran en su trabajo. —Su rostro se había tornado de color púrpura y reflejaba el mayor enfado—. ¡Concentración! Es esperar demasiado. Para concentrarse se necesita cerebro...

—Barton, éste es Kielland. Ha venido mandado por la oficina de la Tierra para resolver todos nuestros problemas.

—¿Quiere usted decir que ha traído una nave de evacuación?

—No. Va a decirnos lo que hay que hacer para que esta instalación rinda. ¿No es verdad, Kielland?

La sonrisa de Simpson era algo digno de verse. Kielland hizo una mueca.

—¿Qué van ustedes a hacer con la draga? ¿Dejarla ahí? —preguntó, enfadado.

—No... —contestó Barton—. La vamos a sacar... de nuevo, después de pasar otra semana machacando en los cuartos de cerebro de esas gallinas del barro, lo que tienen que hacer, y después, persuadirles de nuevo que lo hagan... y después, tener esperanza de que no se presente de nuevo algo que les distraiga. ¿Alguna sugestión?

Simpson sacudió tristemente la cabeza.

—Descanse, Barton. Las cosas le parecerán mejor mañana por la mañana.

—Nada parece mejor por las mañanas —replicó Barton, y con ademán de enfado se dirigió hacia la isla de la administración.

—¿Se va dando cuenta? —preguntó Simpson—. ¿O desea usted

ver algo más?

De nuevo en el barracón de la administración, Kielland vaporizó su garganta con Bio-Static Piper fortificado, tomándose además dos pastillas de tetraciclina de las que llevaba en su maleta. Sus ojos miraban tristemente la mancha de barro azul grisáceo que había en la mesa escritorio que tenía ante sí.

Las buenas condiciones de Venus para la explotación minera, único motivo de los muchos millones de dólares que había costado la Piper Venusian Installation, no se veían por parte alguna. La riqueza corría en vetas muy por debajo de la superficie. Los hombres de la Piper habían dado con ella casi por casualidad, la empaquetaron junto con una docena de otras clases de barro venusiano... y pensaron que tenían al alcance de la mano el más rico material de cultivos de bacterias que se habían encontrado nunca desde los días de las llanuras de barro de Nueva Jersey.

El valor del material era incalculable. En el siglo xxv, los sabios de la Tierra se habían percatado de que las mutaciones producidas en las bacterias pedían a gritos nuevos productos antibióticos para mantener la salud de la humanidad. La antigua penicilina mató al principio el noventa y seis por ciento de todos los organismos malignos, pero el tiempo y la selección natural habían anulado ese desempeño en tres generaciones. Incluso las drogas de amplio espectro perdían su efectividad en un grado muy peligroso a las pocas décadas de su descubrimiento. Y las nuevas drogas extraídas de bacterias nacidas en la Tierra o sintetizadas en los laboratorios eran demasiado débiles para las demandas de la humanidad. Hasta que se produjo el descubrimiento en Venus.

La bacteria indígena de ese planeta era extraña a la Tierra — todo intento para transplantarla había fracasado—, pero se multiplicaba con gran abundancia en las tibias corrientes de barro de Venus. No todo el barro tenía valor; sólo el singular barro gris azulado del que había manchas sobre el escritorio de Kielland podía producir la tetraciclina derivativa que resultaba más poderosa que el mejor antibiótico de la Tierra, con pocos o ninguno de los desgraciados efectos posteriores de los productos actuales.

El problema parecía sencillo: encontrar barro en suficiente

cantidad para abrir una mina, sacarlo fuera y transportarlo a la Tierra para extraer de él la droga. Los dos primeros pasos de la operación dependían, para lograr el éxito, de los nativos de Venus, acostumbrados al barro. Andaban entre él con la misma naturalidad que entre el húmedo aire del exterior. Sabían distinguir el tipo de barro que había bajo la superficie, y podrían introducir un tubo de dragado hasta el barro gris azulado con la infalible seguridad con que una paloma retorna a su palomar. Esto si se lograba hacerles comprender lo que se esperaba de ellos, naturalmente. Y en qué lugar obligaba el terreno a llevar un lento paso.

Los días que siguieron fueron para Kielland una pesadilla de derrota, producida por el creciente horror con que observaba la marcha del trabajo de la instalación. Los hombres y los perritos del barro se dedicaron, una vez más, a la tarea de extraer del barro la draga número cinco. Los capataces tardaron cinco días en explicar, repetir, convencer y amenazar a los nativos, hasta que, finalmente, se sacó la máquina... con tanto barro pegado y endurecido en su interior que nunca más pudo ser utilizada.

No tuvieron otro remedio que mandar a buscar otra máquina, la número seis, que llegó en una nave orbital de transporte. Sólo se hundieron tres aparatos de aterrizaje en el proceso, y dos semanas después, Simpson y Barton salieron valientemente, rodeados por su cohorte de seres de escaso cerebro, a trabajar en el pantano provistos de una pieza de equipo nueva. Al menos, las esperas se habían terminado.

Naturalmente, pasó una semana antes de que la nueva draga empezara a emplearse. Los perritos del barro a quienes se había enseñado previamente el funcionamiento de la máquina, o habían desaparecido en el pantano o bien habían olvidado todo. Simpson había tenido la premonición de que sucedería esto, pero el contratiempo quitó el sueño a Kielland durante tres noches, e hizo que su presión sanguínea alcanzara niveles suicidas. Al cabo, el barro gris azulado empezó a surgir de la draga y a caer en la plataforma construida para recibirlo, y se dio orden de que la nave transportadora se quedara para cargar. Pero cuando el aparato de aterrizaje se posó en la plataforma, tanto ésta como la carga que había encima se alejaron de la isla, necesitándose una expedición de una semana por los alrededores para encontrarla y traerla de nuevo.

En el viaje de regreso les cogió una tempestad de lluvia que disolvió el material gris azulado, transformándolo en una especie de sopa que se escapaba por las rendijas de la plataforma y volvía al barro de nuevo.

Pero, de todos modos, la plataforma volvió a su lugar.

Mientras tanto, la draga empezó a absorber un material verde — que olía a aguas residuales de alcantarilla— en lugar del barro gris que buscaban..., así que los nativos tuvieron que emprender una expedición por el barro en busca de la veta. Uno de ellos fue atrapado por uno de los tubos de absorción, cosa que provocó tres días de detención para que los mecánicos desmontaran la máquina y le sacaran. Al volver a montarla, dos tubos de la draga quedaron atascados no se supo por qué, y la máquina quemó tres generadores al intentar que se desatascan por sí solos. Se tardó otra semana en arreglar esto.

Cuando la confusión reinante fue demasiado para soportarla, Kielland se encerró en el barracón de la administración, enfrascándose en el trabajo de ordenar los informes. Luego mandó a buscar a Tarnier, el médico de la instalación, que era biólogo y en otro tiempo había actuado como psicólogo con los de Venus.

El doctor Tarnier era la viva encarnación del fracaso. Kielland tuvo que sobreponerse a la ola de piedad que le dominaba a la vista del hombre.

—¿Usted fue el que hizo originalmente el test de esos imbéciles?
—preguntó Kielland.

El doctor Tarnier asintió con la cabeza. Su rostro estaba chupado y sus ojos carecían de brillo.

—Yo les hice las pruebas, Dios me ayude.

—¿En qué forma?

—Los procedimientos normales. El tiempo que tardaban en reaccionar... Laberintos, acondicionamiento, lenguaje, abstracciones, números, asociaciones... Lo de siempre.

—Presumo que se refiere usted a cosas preparadas para terrestres, ¿no es así?

—¿Qué otra cosa se podía hacer? Los de Piper no preguntaban si estos seres eran unos Einsteins. Todo lo que esperaban era un nivel aceptable de inteligencia. Si se hubiera tratado de entes dotados de raciocinio, se les habría tenido que pagar algo. Los de Piper

creyeron que estaban haciendo un buen negocio.

—¿Un buen negocio?

—Sí.

—Sólo que, después de confeccionar los *tests*, usted dijo que eran inteligentes. Tan inteligentes, digamos, como un ser humano algo lento, que no ha gozado del beneficio de ninguna escuela ni educación. ¿Es cierto?

—Es cierto —contestó el doctor con cansancio, como si hubiera pensado en esto una y otra vez—. La escuela y la educación no entraban en los *tests*, naturalmente. Todo lo que medimos era en el campo potencial. Pero los resultados dijeron que poseían inteligencia.

—Entonces... ¿cómo explica usted el lío que aquí se ha armado?

—Los *tests* dieron resultados erróneos, o bien no eran aplicables en un nivel tan bajo. O bien sucedió otra cosa. No sé. Ya no me preocupo más de ello.

—Pues yo sí. ¿Se entera de lo que nos están costando esos seres? Si alguna vez logramos lanzar el nuevo producto al mercado, será tan caro que nadie podrá adquirirlo.

El doctor Tarnier extendió las manos.

—No me eche la culpa a mí. Échesela a ellos.

—Y luego, la llamada «investigación biológica» que hizo usted —continuó Kielland, sin abandonar su tema—. Viniendo de un científico, era para creer lo que dijo. Descripción anatómica: limitada por ausencia de autopsia. Al parecer poseen endoesqueleto, pero la organización de los órganos internos permanece oscura. Lo más probable es que sean mamíferos; esto era para usted algo prohibido, algo que no se podía averiguar..., pero no se puede estar seguro de ello, pues no se han observado crías ni se ha visto a ninguna hembra en estado de gestación. Extremadamente gregarios, curiosos, juguetones, irresponsables... etc., etc., etc. Modo de vivir bajo condiciones naturales: incierto. Dieta: incierta. Organización social: incierta.

Al llegar aquí, Kielland apartó de sí el papel con ademán despreciativo.

—En suma —continuó—, de lo único que estamos seguros es de que están aquí. Muy útil. Especialmente cuando lo que hemos invertido en este proyecto depende de si podemos enseñarles a

contar hasta tres sin ayuda.

El doctor Tarnier extendió de nuevo sus manos.

—*Mr. Kielland*, yo soy sólo un hombre. Para medir algo, es necesario emplear todo el tiempo que sea preciso para que ese algo sea medido. Para describir algo, es necesario emplear el tiempo necesario para que ese algo sea observado. Para formar una opinión lógica sobre la capacidad mental de un ser, ese ser tiene que demostrar alguna capacidad perceptible, para empezar. No se puede llegar muy lejos estudiando el ambiente y la estructura social de unos seres cuando la mayoría de ellos van y vienen de un sitio a otro sobre diez pies de barro.

—Y sobre el lenguaje... ¿qué?

—Nos arreglamos bien con graznidos, silbidos y signos. Una especie de venusiano chapurreado. Pero entre ellos emplean un completo sistema lingüístico. —El biólogo se detuvo, indeciso—. De todos modos, resulta duro ponerse demasiado severos con los perritos... —dijo al cabo—. En realidad, muestran bastante buena voluntad... cuando llegan a entender algo.

—Son estúpidos, descuidados y como niños sin conocimiento, ¿verdad? —El doctor Tarnier se encogió de hombros—. Márchese —añadió *Kielland* disgustado.

Y volvió a ocuparse de los informes con un amargo gusto en la boca. A continuación llamó al administrador de la Instalación.

—¿Cuánto paga usted a los perritos del lodo por su trabajo? —quiso saber.

—Nada —contestó el administrador.

—¡Nada!

—No contamos con nada que ellos puedan aprovechar. ¿Qué les va usted a dar? ¿Monedas de las Naciones Unidas? Intentarían comérselas.

—Entonces... ¿por qué no les damos algo que se puedan comer?

—Todo lo que les damos de comer, lo tiran. Incompatibilidad planetaria.

—Pero... debe de existir algo que pueda emplearse como salario —afirmó *Kielland*—. Algo que les guste, que les haga trabajar con ahínco.

—Bien, les gustaba el tabaco y las pipas... Pero interferían con su almacenaje de oxígeno, así que no podían fumar. Esto hizo

desaparecer de la escena esos recursos. También les gustaban las toallas turcas, pero se pasaban todo el día andando arriba y abajo con ellas puestas enamorando a las damas, y no se acordaban del trabajo. Esto colocó fuera de la escena las toallas turcas.

»En realidad, no parece importarles mucho si se les paga o no... mientras nos portemos bien con ellos. Al parecer, nos quieren con una especie de cariño estúpido.

—Sí, sí, ya sé: amistosos, juguetones e irresponsables. Márchese.

Y Kielland, gruñendo, continuó con los informes... Sólo que no había ningún informe que no hubiera leído una docena de veces o más. Nada tenía sentido, nada ofrecía un camino. Piper había gastado millones de dólares en aquel proyecto, y ahora todos estaban esperando con los ojos entornados y expectantes.

Por primera vez se preguntó si realmente habría alguna solución para el problema. Encontrar soluciones a todo: éste era su trabajo, y siempre había salido airoso. Pero la estupidez era algo que no se podía apartar simplemente de un puntapié. Sin embargo, no podía desechar una extraña convicción: la de que allí había algo más sutil que estupidez.

En aquel momento regresó Simpson. Venía echando pestes y llamando a gritos a Louie. Llegó Louie, y entonces Simpson empezó a dictarle un mensaje dirigido a la nave encargada del transporte:

—Petición especial. Urgente. Repito: urgente. —Simpson se rascó la cabeza y continuó—: Es necesario que traigan inmediatamente a la Piper Venusian Installation una draga a tracción axial, de la clase...

Kielland le miró fijamente.

—¿Otra vez?

Simpson hizo rechinar sus dientes.

—Otra vez.

—¿Hundida?

—Hundida —contestó Simpson—. Ha hecho glu glu.

Lentamente, Kielland se puso en pie, mirando primero a Simpson y luego a los pequeños seres llenos de barro que se escondían tras de sus botas con aspecto de tristeza, de vergüenza y de arrepentimiento.

—Muy bien —dijo, después de hacer una pausa llena de pensamientos—. Esto se ha acabado. No tiene usted necesidad de

enviar esa orden a la nave. Olvídese de la draga número siete. Sólo tiene que tener sus carpetas en orden y llamar a un aparato de aterrizaje para que venga a buscarme. Mientras más pronto, mejor.

El rostro de Simpson reflejó una patética emoción.

—¿Quiere usted decir que nos marchamos?

—Eso es.

—A la compañía no le gustará...

—La compañía tendría que recibirnos con los brazos abiertos —replicó Kielland—. Debería cubrirnos con una lluvia de besos. Deberían dar saltos de alegría porque no les dejaremos perder otros quinientos millones aquí. Hicieron una apuesta y han perdido, eso es todo. Serían tan estúpidos como los nativos si insistieran en continuar.

Se puso sus botas, apartando con malos modos a los penitentes perritos del barro, mientras avanzaba hacia la puerta.

—Envíe a los nativos a sus conejeras o a donde quiera que vivan, y prepárense para cerrar esto. Ya me las arreglaré para enviar a la Tierra un informe especial, con objeto de que no nos despidan a todos.

Cerró dando un portazo y se dirigió a su departamento. Sus botas chapoteaban en el barro. Iba seguido por media docena de perritos del barro, que parecían sentirse extraordinariamente alegres al chapotear en el lodo. Kielland se volvió y les lanzó unos gritos al tiempo que alzaba el puño hacia ellos. Los perritos del barro quedaron inmóviles inmediatamente y escondieron la cola entre las patas.

Pero aun así, sus graznidos le parecieron risas a Kielland.

En su habitación, la luz era tan escasa que casi se había quitado ya las botas antes de darse cuenta del desastre. El sitio se hallaba lleno de barro, de arriba abajo. Su camastro tenía una capa de lodo. Por las paredes rodaba el barro gris azulado. En el otro extremo de la habitación, las puertas del armario se hallaban abiertas de par en par y tres seres llenos de barro manoseaban ávidamente el interior de la maleta de cuero que había en el suelo.

Kielland dejó escapar una exclamación y atravesó rápidamente el cuarto. ¡Su maleta de muestras! Los perritos del barro se alejaron

gimiendo, con las manos llenas de píldoras y sus morros chorreando polvo blanco. Dos de ellos pasaron por entre las piernas del hombre y huyeron por la puerta; el tercero avanzó hacia la ventana. Kielland fue tras de él y pudo asir con su mano la resbaladiza cola, pero cayó todo a lo largo sobre la capa de barro, mientras el culpable se le deslizaba literalmente de entre los dedos.

Se puso en pie, se limpió el barro como pudo y se dedicó a calcular los daños. En el suelo del armario se hallaban esparcidas cajas y botellas de medicamentos, todo ello cubierto de barro, pero sin abrir. Sólo una ancha caja había sido abierta y robado su contenido.

Kielland miró fijamente la caja, mientras algunas cosas empezaban a ordenarse en su mente. Llegó hasta la puerta y contempló las humeantes y sombrías planicies de barro y, enfrente, las encendidas ventanas del barracón de la administración.

—A veces —murmuró para sí—, un hombre está tan cerca de las cosas que no ve lo que es obvio.

Luego contempló de nuevo la maleta de las muestras. A veces, la estupidez es un arma de dos filos... y lo que parece estupidez puede ser en realidad alguna otra cosa. Se humedeció los labios con la lengua y dio vuelta al conmutador de las llamadas.

Después de dos o tres intentos, pudo hablar al fin con la torre de control. La torre de control contestó que sí, que tenían a mano un pequeño *scooter* de exploración. Sí, podía ser controlado por un haz luminoso y podía proveérsele de cámaras. Pero, naturalmente, se trataba de un equipo especial, sólo para casos de urgencia.

Kielland excitado, llamó a Simpson:

—Cancele todo —dijo—. Quiero decir, todo lo relativo a marcharnos. Cambio de planes. Hay algo nuevo. No, no pido nada, pero... busque a un nativo que le entienda a usted y dele la noticia.

Simpson se puso a gritar al otro lado del hilo.

—¿Qué noticia? ¿Qué cree usted que está haciendo?

—Quizás esté salvándonos a todos; no lo sabremos hasta más tarde. Pero, sea como sea, hágale entender que no dejaremos Venus. Y añada que todos ellos están despedidos; no deseamos tenerles alrededor nunca más. La entrada a las instalaciones estará prohibida para ellos de aquí en adelante. Dígales que hemos ideado un modo de excavar en el lodo sin su ayuda, ¿comprende? Añada que el

equipo nuevo llegará aquí muy pronto, traído por el transportador.

—Oh, escuche usted...

—¿Tengo que repetírselo?

Simpson suspiró.

—Muy bien. Perfectamente. Lo haré. Y luego, ¿qué?

—No me molesten durante algún tiempo; voy a estar muy atareado. Tengo que ver la televisión.

Una hora después, Kielland se hallaba en la torre de control. Observaba la pálida pantalla mientras el pequeño explorador a control remoto daba vueltas alrededor de las instalaciones. Las tres cámaras de televisión funcionaban bien; mientras, Kielland arreglaba algunas cosas detrás de la pantalla. Luego le dijo a Sparks lo que deseaba que hiciera, y el *scooter* partió en la dirección que habían tomado los perritos del barro de la incursión anterior.

Al principio no se veían más que sombrías llanuras de barro. Más tarde, el aparato voló más bajo y fue dando vueltas para lograr una mejor vista. Pudo verse entonces un grupo de nativos, un grupo grande. Lo menos había cincuenta trabajando activamente en el barro, a unas cinco millas de la instalación Piper. Ahora no parecían tan alegres ni tan descuidados como antes. Se diría que estaban afanados en su trabajo, y tan absortos en él que ni siquiera detectaron al pequeño aparato que daba vueltas alrededor de ellos, sobre sus cabezas.

Trabajaban divididos en varios equipos. Algunos se hundían en el barro provistos de pequeños recipientes; otros manejaban cuerdas unidas a los recipientes; y un tercer grupo sacaba de allí los recipientes y los vaciaban en otro lugar. Los recipientes bajaban vacíos y subían llenos, bajaban vacíos y subían llenos. El producto era vertido en un creciente montón, que se apoyaba sobre una isla semisólida con algunos escasos y raquíticos árboles sobre ella. El montón crecía a medida que trabajaban.

A Kielland le llevó sólo un momento comprender lo que los nativos estaban haciendo. El color del producto era inequívoco. Estaban amontonando barro gris azulado todo lo deprisa que podían. Con un brillo de satisfacción en sus ojos, Kielland apagó la pantalla de televisión y ordenó a Sparks que trajera las cámaras.

Luego llamó de nuevo a Simpson.

—¿Les ha dicho ya lo que le ordené?

—Sí... sí... Les hablé. Se marcharon rápidamente, muy rápidamente.

—Sí, me lo imagino. ¿En dónde se hallan ahora sus hombres?

—Están trabajando en la número seis. Intentan ponerla a flote.

—Será mejor que les reúna a todos y les haga ir lo más aprisa posible a la torre de control. Si queremos irnos de aquí pronto, tenemos que dejar todos los hilos bien atados.

La silla donde estaba sentado Kielland dio un súbito salto y atravesó la habitación, yendo a aplastarse contra la pared. Lanzando una exclamación, Kielland intentó mantenerse en pie en el inquieto suelo, que de pronto se inclinó hacia el otro lado, arrojándoles con Sparks contra la pared opuesta, junto a un montón de instrumentos. A través de las ventanas, ambos pudieron ver que las llanuras de barro gris se movían terriblemente debajo de ellos. Kielland tardó sólo un instante en comprender lo que sucedía.

—¡Salgamos de aquí! —gritó.

Y bajó la escalera, agarrándose a la barandilla para no caer.

La torre de control estaba hundiéndose en el barro.

Han actuado más deprisa de lo que pensaba, se dijo Kielland, enfadado consigo mismo y dirigiéndose a la plataforma de aterrizaje. Había creído que tendría tiempo para parlamentar, para detener las cosas, para discutir con los nativos los pros y contras de la situación. Pero ahora se veía claramente que tendrían que ser discutidos más tarde.

Y, muy posiblemente, bajo veinte pies de barro...

Un río de hombres salía del barracón de la administración. Todos llevaban a medio poner las botas, pues habían salido corriendo en cuanto los bajos del edificio empezaron a temblar y a hundirse en el barro. Otro grupo de hombres se dirigían a la torre desde el sitio donde se encontraba la draga número seis. Pero la torre se veía cada vez más baja, y las boyas que la sostenían se iban soltando, produciendo estallidos que herían los tímpanos.

Kielland cogió a Sparks por los hombros, teniendo que gritar mucho para ser oído.

—El transporte... ¿ha podido usted hablar con ellos?

—Creo... creo que sí.

—¿Nos envían un transporte?

—Debe estar en camino.

Simpson alzó la cabeza. Su rostro denotaba el mayor desconsuelo.

—¡Las dragas! ¡Van a hundirse las dragas!

—¡Al diablo con las dragas! —respondió Kielland—. Haga que sus hombres se agrupen. Vendrá aquí una nave de un momento a otro.

—Pero... ¿qué sucede?

—Que nos vamos..., si es que podemos hacerlo antes de que esos inocentes y alegres perritos nos hundan en el barro, junto con las dragas, la torre de control y todo lo demás.

Se oyó un rugido mientras descendía el aparato de aterrizaje. Sólo quedaba la parte de arriba de la torre de control. El edificio de la administración se torció, se balanceó, mientras una docena de indistintas formas grises destruían afanosamente la estructura inferior que lo sostenía. Otro grupo de nativos se dirigía ya hacia los terrestres, rodeándolos mientras éstos se agrupaban bajo los cobertizos de la plataforma de aterrizaje.

—¡Están dejando libre la plataforma de aterrizaje! —gritó angustiosamente alguien.

Uno de los cables se rompió con gran ruido y la plataforma se torció. Entonces una docena de hombres se echaron al barro para ahuyentar de allí a los vivos y resbaladizos nativos, empeñados en soltar también los cables que aún estaban sujetos. Momentos después, el aparato de aterrizaje se hallaba ya sobre sus cabezas, y terrestres y nativos tuvieron que apartarse para dejarle sitio.

La plataforma se movió bajo el peso del aparato, empezó a ladearse... pero acabó por sostenerse, sujeta por los dos cables que quedaban. Una horda de seres grises se echó furiosamente sobre aquellos cables al tiempo que se abría la escotilla, por la que cayó una escalera. Los hombres subieron por ella al tiempo de que la cúpula de plástico de la torre de control se hundía en el barro con un gorgoteo.

Kielland y Simpson hicieron una pausa en la parte baja de la escalerilla al tiempo que echaban una ojeada a la sombría

devastación que les rodeaba.

—¡Y usted decía que eran estúpidos! —exclamó Kielland—. Lo mejor es que subamos cuanto antes. De no ser así, iremos a parar a donde la torre de control.

—¡Todo perdido! —exclamó Simpson, con acento de tristeza.

—Se equivoca usted una vez más. Todo salvado.

Kielland dio prisa al administrador para que subiera rápidamente la escalera, y suspiró aliviado cuando la escotilla se cerró tras ellos. Los motores a chorro rugieron y esparcieron hirviente barro por todas partes mientras la plataforma de aterrizaje se ladeaba perdiendo el equilibrio y contestaba a los motores con otro rugido antes de hundirse.

Kielland se limpió el sudor de la frente y con un estremecimiento, se dejó caer en su asiento.

—Nosotros éramos los estúpidos —exclamó.

—Debo admitir —añadió más tarde, dirigiéndose a Simpson, que estaba asombrado y muy cansado— que no esperaba que actuaran tan rápidamente. Pero cuando uno decide de pronto que alguien es estúpido, debemos pensar al mismo tiempo que quizás no lo sea. Hubiésemos tenido que hacer caso a los *tests* del doctor Tarnier. Ciertamente no estaban hechos para venusianos, pero sí estaban hechos para medir la inteligencia. Y la inteligencia es una cualidad que no cambia, ni con el ambiente ni porque se trate de otra especie. Los *tests* indican si hay inteligencia o si no la hay, y el buen doctor nos dijo inequívocamente que en este caso la había.

—Pero la manera como procedían...

—Incluso eso nos habría tenido que abrir los ojos. Existe una tenue línea que separa la más increíble estupidez de la más increíble terquedad. Y a veces es muy difícil distinguirla. Yo no la distinguí hasta que no les sorprendí cogiendo las cápsulas de tetraciclina de mi maleta de muestras. Entonces empecé a darme cuenta de lo que había pasado. Esos perritos del barro estaban firme y tenazmente determinados a expulsar de Venus a la Piper Venusian Installation. No les importaban los medios... Sólo querían que nos fuéramos.

—Pero... ¿por qué? No les hacíamos daño. En Venus hay

abundancia de barro.

—¡Ah! Pero quizá no había demasiado barro gris azulado, el que nosotros buscábamos. Suponga usted que una nave del espacio se posa en un campo de trigo de Kansas en el tiempo de la recolección de la cosecha y la tripulación de la nave empieza a cargar trigo en ella... ¿Cree usted que al campesino no le importará? Después de todo, hay en la Tierra mucha vegetación.

—¿Es que ellos... cultivan el producto?

—Lo cultivan porque lo necesitan —repuso Kielland—. Dios sabe por qué suerte de metabolismo la tetraciclina se convierte en alimento... y ellos cultivan ese barro, que lleva una gran concentración de antibiótico, porque es su alimento. Lo cultivan, lo recolectan y viven de él. Incluso la manera como se sacuden cuando salen del barro es una prueba. ¿Qué mejor manera de plantar su cosecha que hacerlo a todo su alrededor? Nosotros veníamos a robarles su alimento, amigo mío; no podemos enfadarnos con ellos porque nos lo hayan impedido.

—Bien, pues si piensan que pueden echarnos así como así, tendrán ocasión de hacer uso de esa brillante inteligencia suya para vencernos —dijo Simpson, colérico—. Traeremos aquí los suficientes equipos para arrojarles de sus posesiones.

—¿Por qué? —preguntó Kielland—. Después de todo, ellos sacan a la superficie su barro con mucha mayor eficacia que nosotros. Y los almacenes de Piper, allá en la Tierra, están llenos de anticuados e inútiles antibióticos que no pueden ya vender. No, no creo que tengamos que sacar más barro cuando basta con establecer con ellos un simple convenio comercial.

Se retrepó en su asiento y contempló por la ventanilla cómo el enorme transporte orbital se alzaba. Luego buscó su pulverizador para la garganta y se administró una liberal dosis, preparándose para retoñar a la civilización.

—Naturalmente —continuó—, los nativos van a preguntarse qué clase de idiotas somos nosotros al pretender venderles puro y refinado extracto de bistec venusiano a cambio de crudos trozos de tierra nativa no refinada. Pero creo que podemos permitirnos el lujo de dejarles que se maravillen durante un tiempo.

AMA A TU VIMP

Cuando Barney Holder penetró en la casa aquella tarde, la roja señal que significaba «urgente» brillaba sobre el teléfono visual de la biblioteca. El recién llegado miró la señal con expresión de cansancio y luego, tras de colocar el sombrero en el perchero, exclamó:

—Estoy en casa, querida.

Su esposa levantó los ojos de la revista que estaba leyendo y le dedicó una mirada nada tranquilizadora.

—Ya lo veo —dijo con indiferencia, pasándose la mano por su bonito cabello rubio—. Sólo dos horas de retraso esta noche. Estás progresando. —Volvió a fijar la vista en la revista—. Si quieres cenar —añadió—, tendrás que arreglarte con lo que encuentres. Tus amiguitos se han comido tu cena.

—¡Oh, Flora! —exclamó Barney, que titubeó en el umbral sin dejar de mirar intranquilo la roja señal—. Realmente, querida, podrías haberme esperado... y también podías haber tapado la comida para que ellos no la encontraran.

Y miró disgustado a su esposa.

—Sí. Supongo que debía haber metido la cena en una caja fuerte —contestó Flora, irritada—. Tienes que librarte de esas cosas tan asquerosas, para no alimentarlas. —Floraladeó la cabeza y le miró mientras Barney echaba a andar camino del teléfono visual—. Y ya es hora también de que respondas a ese chisme. Hace media hora que está haciendo señales.

Barney hundió la tecla correspondiente y observó cómo la pantalla empezaba a brillar y mostrar formas cambiantes hasta que surgió con toda claridad el ancho rostro de Hugo Martin. El superior de Barney tenía normalmente un rostro afable, pero ahora

sus mejillas eran casi de color de púrpura, y sus ojos aparecían muy abiertos por efecto de la excitación.

—¡Barney! —gritó Hugo Martin—. ¡Hemos atrapado uno!

Barney tomó asiento súbitamente. La excitación hinchó su pecho.

—Está usted bromeando —contestó con rapidez—. ¿Quiere decir que han...?

Martin asintió con la cabeza. Luego empezó a hablar casi de un modo incoherente.

—¡Hemos atrapado a uno! ¡Hace poco, en nuestro laboratorio! Ahora mismo está sentado ahí, refunfuñando. ¿Recuerda aquella trampa que usted ideó?

—¡Oh, tonterías! —exclamó Barney—. Nadie ha cazado nunca un Vimp. He construido cincuenta trampas y ninguna ha dado buen resultado. —Se detuvo y contempló el sonriente rostro y los brillantes ojos que se veían a través de la pantalla—. ¿Lo dice usted de veras?

—¡Claro que lo digo de veras! La última trampa ha atrapado a uno y está aquí, en el laboratorio. Ahora quizá podamos inventar algo para vernos libres de esos asquerosos pequeños... —Se interrumpió para mirar ansiosamente sobre su hombro y su voz bajó cautelosamente de tono—. Vamos, Barney. Venga aquí cuanto antes y por favor, ¡por favor! no diga nada para los periódicos. Nos asaltaría una multitud. Venga aquí y quizás podamos, estudiando este espécimen, inventar algo.

Barney apretó la tecla y fue en busca de su abrigo. El corazón le latía apresuradamente y casi se dio de bruces con su esposa cuando se dirigía hacia la puerta.

—¿A qué viene toda esta excitación? —preguntó Flora, su lindo rostro ensombrecido—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

Barney cogió su sombrero.

—Hemos cazado un Vimp —repuso—. Y ahora vuelvo al laboratorio para verlo.

—Muy gracioso —exclamó Flora sin el menor asomo de humor, mientras sus grises ojos se agrandaban con expresión de disgusto—. Cuéntame otro cuento. Eres el último hombre en el mundo capaz de cazar un Vimp.

—Esto es verdad, no un cuento —replicó Barney—. Martin tiene

un Vimp en el laboratorio, y yo voy allí para echarle un vistazo. Siento dejarte sola, pero...

Se puso el sombrero y atravesó resueltamente la puerta. Su coche estaba aparcado en el camino. Había casi llegado hasta él cuando descubrió que el volante se hallaba sobre el césped y que un trasero con pelo rizado asomaba por debajo de la capota.

—¡Eh! —gritó, lleno de rabia. Corrió hacia el coche sacudiendo el puño con desesperación—. ¡Fuera de ahí, maldita sea!

El trasero desapareció inmediatamente, apareciendo en su lugar un arrugado rostro de color castaño que encogía los ojos tristemente.

Barney se agachó entonces. Una bujía del automóvil le pasó rozando la oreja. Una rabia desesperada le atenazaba la garganta mientras veía correr por el césped al pequeño ser color castaño, el cual se detuvo junto al seto dando saltos y palmadas con maligna alegría. Barney, sintiendo una gran debilidad en la boca del estómago, examinó el interior del coche. El distribuidor había desaparecido, las bujías faltaban todas, el generador se veía torcido, y en el motor habían sido quitados por completo tres tornillos.

Barney juró y enseñó el puño a la pequeña bola de pelo rizado, que desapareció bajo el seto. Luego cerró de un portazo el coche y se dirigió a la esquina de la calle, donde paró un taxi.

Esta noche tiene todas las trazas de ser mala, se dijo con amargura.

Los Vimps aparecieron por primera vez, de pronto, una calurosa tarde de agosto. De esto hacía un año, y fue una aparición casi tan notable como eran notables ellos mismos. La pequeña hija de cierto granjero llegó aquella tarde a su casa quejándose y con una marca roja en el brazo, mientras balbuceaba algo sobre «monitos que salían de la tierra». Aquello podía ser una invención, pero el caso era que el brazo de la niña estaba visiblemente lacerado, así que el granjero comenzó a investigar.

En las tierras de pastos del sur encontró a los monitos. Los extraños seres salían uno a uno de un extraño agujero redondo que había en el terreno y que parecía despedir una débil luz. Los seres eran pequeños, de pelo rizado, jorobados y se movían con gran

rapidez, dando grandes saltos y desapareciendo, pero volvían en seguida para reunirse en grupo. Silbaban y hacían muecas al granjero, y también se las hacían unos a otros. Emergieron hasta dos docenas, pero de pronto el brillante círculo desapareció y los pequeños seres de color castaño se marcharon, dando súbitas carrerillas a notable velocidad hasta que desaparecieron en el bosque.

El granjero contó lo que había visto al periódico local, donde se rieron abiertamente en su cara. Después de eso los monitos no volvieron a surgir del terreno, y durante casi una semana nada más se oyó sobre ellos. El granjero, intrigado, se rascó su barbilla sin afeitar, zurró a su hija por contar mentiras y se dedicó a arar.

A la semana justa, volvió a suceder. En el pueblo cercano a la granja se vio a tres de ellos trotando, con su raro paso de tres piernas, por el centro de Main Street. Hacían muecas de burla a todos los que les miraban. Luego empezaron a llegar noticias. De la maestra, una vieja solterona que había visto a un pequeño animal de pelo rizado dibujando con yeso en la acera figuras indecentes cuando ella pasaba; del comerciante que una mañana encontró a su hermoso automóvil casi sin estrenar completamente desmontado sobre el césped; del sacerdote que al intentar echar del pórtico de la casa rectoral a una de las rizadas bolitas color castaño fue mordido por el extraño ser y, debido al dolor de la mordedura, pronunció cosas muy poco apropiadas para un sacerdote. Las dos docenas originales se transformaron en cuatro y luego en ocho, ya que los pequeños seres se multiplicaban y se extendían a extraordinaria velocidad.

Se les dio nombre cuando un osado periodista les llamó *Very Important Menacing Problems*^[1], y los servicios telegráficos y la televisión les llamaron, por abreviatura, Vimps. Llegaron en gran número a la cercana ciudad, y allí mordieron a la gente, rasgaron sus vestidos, hicieron muecas y lanzaron gritos, vaciaron neveras, salieron masticando por las ventanas, rompieron sacas de correos y abrieron las cartas, estropearon motores, torcieron vías de tranvía, lanzaron escupitajos a las personas, se subieron a sus cabezas y mordieron sus tobillos. Las quejas se alzaron en oleadas, pidiendo que alguien, de alguna manera, les librara de aquellos Vimps.

—Después de todo —decía la gente—, las ratas y los mosquitos

pueden ser exterminados, y los Vimps resultan aún más molestos.

Pero presentaban un problema difícil. En primer lugar, nadie podía cazar uno de ellos. Se movían con tan increíble velocidad que ni siquiera se les podía disparar. ¡Y eran listos, asombrosamente listos! Se construyeron trampas, trampas muy complicadas, pero robaban el cebo y silbaban burlones, mientras la gente se preguntaba cómo habrían podido sacar el cebo sin que cayera un Vimp dentro. Las quejas fueron haciéndose patentes durante los siguientes meses, al tiempo que los Vimps se multiplicaban más y más y se hacían cada vez más fuertes, sin dejar de atormentar a las personas, metiéndose por todas partes, molestando, mordiendo, arañando.

A los pocos meses, no quedaba ninguna comunidad en el país, grande o pequeña, que no hubiera visto alguno de los asquerosos y pequeños seres. Pero se continuaba sin haber cazado a ninguno. Los barcos, en el mar, estaban llenos de ellos, y en el Capitolio empezaron a recibirse irritados informes procedentes de la India, de Europa y de Asia. Los pueblos y las ciudades pedían ayuda a los gobernadores de sus Estados respectivos y los Estados pedían a la Legislatura Nacional que hicieran algo, lo que fuera, que les librase de aquella plaga de pelo castaño y rizado que había invadido el país. La gente se puso de mal humor, y mientras peor estaban, más se burlaban de ellos los Vimps para ponerles aún de peor humor.

Entonces se formó un comité. Un comité ligeramente confuso en realidad, ya que nadie sabía cómo había que entenderse con los Vimps. Los sociólogos dijeron que se trataba de seres inteligentes, dignos de que se hiciera sobre ellos un cuidadoso estudio sociológico. Los físicos insistían en que, de acuerdo con su manera de aparecer, por pantalla del tiempo o bien transmisión de materia, podían ser de gran importancia para el mundo de la ciencia. Los físicos dijeron que si los Vimps venían de otro mundo —e indudablemente debía de ser así— morirían pronto debido a enfermedades terrestres. El hombre medio de la calle rechinaba los dientes, ahuyentaba una pelota llena de pelo de su cuello y dedicaba al sordo cielo una plegaria para que alguien hiciera algo... para que por lo menos cazaran a uno.

Y el Comité Nacional para el Control de los Vimps se las arregló para unir, en una curiosa mezcla de puntos de vista, a Barney

Holder, apacible investigador y maestro de sociología, con Hugo Martin, un turbulento especialista en la exterminación de ratas al servicio de la Marina. Después de haber dejado cómodamente el problema en el regazo de estos dos hombres, el Comité se quedó como quien se quita un peso de encima.

El Vimp se hallaba en medio de la jaula, mirándoles con sus ojos parecidos a botones negros, con sus redondas orejas muy tiesas sobre su rizada y redonda cabeza, arrugado su pequeño rostro de mono. Los dos grandes colmillos del centro de su boca estaban flanqueados por una doble hilera de dientes como agujas. El animal se balanceaba nerviosamente sobre sus tres delgadas piernas. Sentado sobre sus nalgas, parecía un enfadado gnomio lleno de odio hacia la gente.

—No tiene un aspecto agradable —dijo Barney, volviendo su silla para poder verle más cómodamente.

Hugo Martin se secó el cuello de toro con un gran pañuelo y sonrió irónicamente.

—Tenía usted que haberle visto cuando se dio cuenta de que no podía escapar —contestó—. Yo no sé si poseen un lenguaje o no, pero realmente parecía que estaba diciendo palabras feas. Parecía a punto de volverse loco... —Se relamió con placer—. Ya era tiempo de que se volviera loco uno de ellos, para variar.

Sin dejar de observar al Vimp, Barney sonrió.

—Estas bestezuelas se han burlado hasta ahora de todas las trampas que les hemos tendido. Sin embargo, ésta dio buen resultado... a pesar de que se notaba que era una trampa: un laberinto de espejos con una puerta de ratonera provista de un peso muy sensible.

Barney miró al grueso individuo que se hallaba en el otro lado de la habitación.

—¿Cómo sucedió? —inquirió.

Martin hizo una mueca mirando al Vimp.

—Yo diría que cayó en la trampa debido a su propia malignidad —contestó—. Entró en el edificio a mediodía y pasó la tarde atormentando al gato del laboratorio con tanta crueldad que el pobre animal ya no sabía qué hacer. Finalmente se metió en el

laberinto para verse libre de su perseguidor. Quedó prisionero en el interior, lo que le excitó aún más. Lo siguiente que vi fue que el Vimp se había metido en la trampa tras él, para tirarle del rabo y de las orejas. El Vimp no pareció darse cuenta de que también estaba atrapado hasta que yo saqué al gato por el agujero del cebo. Entonces... —Y sonrió maliciosamente—. ¡Entonces fue digno de ver lo que es un animal que se ha vuelto loco!

Barney se acercó a la jaula y contempló con simpatía al pequeño gnomo de color castaño. El Vimp le miró a su vez, fijamente, con expresión maligna.

—¡Pobrecito Vimp! —murmuró Barney con expresión pensativa. El Vimp, sin pestañear, encorvó su espalda y escupió.

—Vamos, pequeñito, ¿por qué no ser amigos? Después de todo, ahora que estás aquí podemos permitirnos una conversación... ¡Ay!

Retiró la mano vivamente, pudiendo apreciar el pequeño semicírculo de sangre que le habían producido los dientes, semejantes a alfileres. El Vimp dio unos saltos apoyado en una sola de sus esqueléticas patas sin dejar de silbar encantado.

Barney extendió la mano y habló con voz suave y acariciadora. Notó que su rostro se encendía de cólera.

—Vamos, vamos —dijo con intranquilidad—, no has sido muy amable.

El Vimp se sentó, continuó mirándole fijamente y se rascó su blanca panza. Hugo Martin sonrió despreciativamente.

—No sacaré usted nada tratándole bien —dijo—. A mí me ha mordido ya tres veces. Yo diría que hay que tratarlo mal. ¡Asquerosos tiranos!

—No, no —repuso Barney, sacudiendo la cabeza y pasándose la mano por su oscuro cabello—. Esos pequeños seres son inteligentes, no estúpidos. ¡Caramba, hasta ahora han resistido a todo intento de cazarlos! Deben ser capaces de pensar... incluso alcanzar un alto grado intelectual. Y si son inteligentes, podemos obtener algo de ellos, de alguna manera. —Sacó una pipa de su bolsillo y empezó a llenar la cazoleta—. Si son extraterrestres, podremos extraer de ellos un notable conocimiento científico. Quizá si le ofreciéramos algo de comida...

Martin se limpió la frente e hizo un ademán de asco.

—Puede usted probar, si quiere —contestó—. Yo no voy a

acercarme.

Barney cogió del estante un pequeño trozo de pan y avanzó hacia la jaula, observando cuidadosamente al rizado cautivo. El Vimp miró el pan con expresión escéptica mientras se endurecían los músculos de sus piernas. Luego, con un movimiento increíblemente rápido, arrancó el pan de los dedos de Barney, dejándole a cambio otra marca roja en la parte interior de su mano.

—¡Vamos, eres un asqueroso...! —exclamó Barney con súbita ira, dirigiéndose al Vimp a través de los barrotes.

El Vimp se acurrucó junto a los barrotes como un pequeño jorobado, sus negros ojos brillando malignamente. Empezó a silbar y a hacer pequeños y feos ruidos con su garganta. Barney sintió que su rostro se tornaba rojo al ver que el animal daba saltos sobre una escuálida pata, se comía el pan y emitía pequeños ruidos que denotaban un malicioso contento.

Barney tomó asiento en un sillón. Su mano temblaba al apoyarse en el brazo del mismo.

—Esa cosa es capaz de hacer perder el dominio a cualquiera —murmuró, mientras se curaba su mordida mano; luego miró tristemente a Martin—. ¿Cómo puede mostrarse tan vil? ¿Qué habrá que hacer para arrancarle una reacción agradable?

—Nada puede arrancar una reacción agradable de esas bestias —repuso Martin, irritado—. No tienen la más pequeña partícula de bondad.

—Pero... debe haber algún medio de llegar hasta ellos —dijo Barney, frotándose pensativamente la barbilla—. Mire aquí —añadió de pronto—. Estamos recibiendo toda suerte de cartas. Los Vimps le molestan a usted y me molestan a mí... pero hay alguien que no se siente molesto.

Hugo Martin, incrédulo, entornó los ojos.

—Yo creía que todo el mundo hablaba pestes de ellos —dijo.

Barney observó al Vimp durante un momento, y luego buscó en su escritorio.

—Todo el mundo no —contestó—. Aquí hay una carta que llegó ayer de la Oficina de Traducciones.

Sacó un ancho rollo de pergamino con una faja de papel oficial.

—¿De la Oficina de Traducciones?

—Sí. Procede de algún lugar de la India, y dice lo siguiente: «A

nuestros hermanos del Oeste. Os recordamos que la materia no es nada y que sólo el espíritu prevalece. Los cuerpos son materia, tanto los cuerpos de este mundo como los de los otros mundos de Dios. El que ha aprendido a ignorar la materia, ha dado el primer paso en el camino de la verdadera comprensión. Esos seres que llamáis Vimps no son otra cosa que materia y, por lo tanto, pueden ser ignorados, y de esta forma se volverán inofensivos».

Barney dejó de leer.

—No dicen cómo —contestó—. La carta no dice más. Pero ¡caramba! Hay otras cartas. Como la firmada por un monje franciscano. Este monje aconseja, para librarnos de ellos, la plegaria y el ayuno. O bien la de unos recién casados, que dicen que los Vimps no se vieron en los alrededores de la iglesia en donde ellos se casaran, pero que invadieron su cabaña por docenas el catorceavo día de su luna de miel.

Pensativo, Barney se rascó la cabeza.

—¡La religión! —exclamó Martin, levantándose de su asiento; tenía las mejillas encendidas—. ¡Eso puede ser una solución! Quizá estos seres teman a la religión. Quizá no pueden sufrir que se rece. ¡Quizá lo que tenemos que hacer para echarlos de aquí es recurrir a la religión!

Excitado, Martin empezó a andar de un lado para otro.

—¡Quizá el signo de la cruz les haga desaparecer! —añadió.

Barney entornó los ojos.

—Sí, tal vez esto tenga un ángulo religioso —dijo, contagiado por la excitación de su compañero.

Miró fijamente al Vimp, que arrinconado en un lado de la jaula, les miraba enfadado.

—Vamos a tomar un poco de café y pensaremos sobre esto —añadió Barney.

Se sentaron en la pequeña cafetería. Martin murmuraba algo para sí de cuando en cuando, mientras Barney sorbía su café y reflexionaba. Al otro lado de la calle, una multitud se había reunido en un pequeño parque, y un orador ocupaba una tosca plataforma. De pronto, una voz que hablaba a través de un altavoz llegó hasta los oídos de Barney, apartando su pensamiento de los Vimps.

—... el diablo ha vencido, como una maldición, para castigarnos por nuestros pecados —decía la voz dirigiéndose a la multitud—, y tenemos que luchar contra él. ¡Eso es lo que tenemos que hacer! ¡Tenemos que luchar contra el diablo en su propio terreno! ¡Tenemos que arrodillarnos y rezar!

La multitud se acercaba a él, bebiendo sus afiebradas palabras.

—¡El diablo ha arrojado una plaga sobre nosotros por culpa de nuestros pecados! —gritó con fuerza el evangelizador—. ¡Tenemos que hacernos fuertes y luchar contra el diablo! ¡No podemos rendirnos, porque si nos rendimos, el fuego del infierno nos quemará, y el azufre del infierno se nos meterá en las mismas entrañas! —La rica y grave voz resonó a lo largo de toda la calle—. ¡Si queremos librarnos de esto, tenemos que ponernos de rodillas y rezar! —Hizo entonces un fiero ademán y levantó el puño—. Tenemos que limpiarnos, antes de que el Señor Omnipotente nos aparte de Él.

Barney Holder atravesó rápidamente la cafetería y observó a través del escaparate al gesticulante predicador.

—¡Mire eso! —exclamó.

—Sí, es el predicador Simes. Sube ahí y habla cada noche, hasta que su violencia llega a lo inconcebible.

—Pero... ¡mire la plataforma!

El predicador gritaba aún más fuerte que antes, su rostro rojo de indignación. Pero en el podium, mirándole con ojos como cuentas, bebiendo sus palabras y haciéndole burla, se veían cinco gruesos y vellosos Vimps.

—¡Es la maldición del Todopoderoso que nos visita! —El predicador hizo una pausa para ahuyentar a un Vimp que se encaramó sobre él y le mordió en una oreja—. ¡Fuera de aquí, maldito! Quiero decir... ¡tenemos que rezar!

Súbitamente la plataforma se vio llena de Vimps, los cuales empezaron a tirar de los pantalones del predicador, a desatarle los zapatos, a romperle la ropa, a arañarle, a silbar y emitir ruidos, hasta que el hombre, lanzando una exclamación de angustiosa rabia, saltó como un loco de la plataforma y echó a andar, sin dejar de dar puntapiés y manotazos calle arriba.

Barney se dejó caer cansadamente en su silla.

—Bien —dijo con tristeza—. He aquí el ángulo de la religión.

El Vimp cautivo empezó a saltar en cuanto ellos penetraron en el laboratorio. Luego se asió con expresión maliciosa a los barrotes y les miró con sus negros y redondos ojos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Barney en son de queja—. Debe de haber algún medio de conseguir que sean amables.

—No podemos hacer nada, se lo digo yo —contestó Hugo Martin, haciendo un gesto de desprecio al animal de la jaula—. Lo que tenemos que hacer es encontrar un medio de matarles, eso es todo. No podemos matarles a tiros; se mueven tanto que las balas no les dan. No se acercan a ningún veneno. Y el gas no les hace ningún daño.

El grueso Martin dio un puntapié a la jaula.

—Se lo digo a usted, Barney, no servirá de nada querer establecer contacto con ellos. No quieren ser amigos nuestros. Son molestos a propósito. Yo ya he llegado al límite de mi paciencia. Y lo mismo los demás. Están poniendo a la gente en el disparadero, y nuestro deber es encontrar el medio de vernos libres de ellos. —Bajó la voz y miró fijamente a Barney—. Tres coches he tenido que comprar, tres coches nuevecitos, porque esos seres los destrozan. Salgo de mi casa hambriento porque no puedo comprar comida lo suficientemente deprisa. Una tribu entera vive en mi casa, y sus componentes muerden a mis hijos, se ríen de mí, se burlan de mi esposa, estropean las cañerías... Le digo a usted que no puedo más. ¡Y todo lo que se le ocurre a usted es entablar amistad con ellos! ¡Bah! En lo que hay que pensar es en matarles.

El Vimp había centrado su atención en Martin, agarrándose a los barrotes y observando ávidamente al grueso individuo, casi con hambre, mientras la voz del hombre se alzaba muy aguda. Barney miró al Vimp y sintió que por la espalda le corría un estremecimiento.

—Hugo —dijo en voz baja—, ese pequeño ser es muy sensible a usted. ¡Mírele! Juraría que bebe cada palabra que usted pronuncia.

—Bien, entonces espero que mis palabras le ahoguen —replicó Martin—, y que no salga vivo de esa jaula. —Se volvió hacia el Vimp y le miró con expresión de desconsuelo—. Diablos de seres... ¿Por qué no volvéis al sitio de donde habéis venido?

El teléfono empezó a sonar en aquel momento. Martin lanzó al Vimp una última y amarga mirada y levantó el receptor.

—Aquí el laboratorio —dijo; luego hizo una mueca y movió un dedo en dirección a Barney—. Un momento, Flora...

Barney cogió el receptor.

—Sí, Flora —dijo mansamente. Hubo una larga pausa, durante la cual el teléfono pareció graznar irritado. Finalmente respondió—: Flora, ya te dije que venía al laboratorio. Quizá esté aquí toda la noche. ¡Oh, tienes que creerlo! ¿Sabes? Bien, ¿qué voy a hacer si no? ¡Procuro deshacerme de ellos! Estoy jugando a las comiditas con uno que tenemos aquí.

Colgó el receptor bruscamente, interrumpiendo la enfadada charla.

—Hay que hacer algo —murmuró Barney, al tiempo que atravesaba la habitación; en sus ojos había una expresión dura—. Los Vimps tienen a Flora tan fuera de sí que no me deja descansar ni un minuto.

Martin le miró con ironía.

—Corren rumores de que usted y Flora estaban algo distanciados mucho antes de que los Vimps aparecieran.

Barney lanzó una sombría mirada a su compañero, mientras se dirigía hacia la jaula.

—No me llevo bien con mi mujer —dijo con tristeza—. ¿Cómo voy a hacer amistad con uno de esos seres tan antipáticos si no he logrado llevarme bien con ella?

Miró al Vimp y éste contestó a su mirada con redoblada furia.

—Aunque... quizá logremos vernos libres de ellos —continuó; luego se volvió furioso hacia el pequeño animal lleno de pelo—. Yo te podría matar, ¿sabes? Podríamos dejarte morir de hambre o bien traer una ametralladora y acabar contigo rápidamente. Estamos tratando de ser amables, pero te vamos a borrar de la vida si no cooperas con nosotros.

El Vimp le miraba fijamente, como si le entendiera. Luego escupió en el suelo con gran desdén. A continuación dio media vuelta, llegó hasta un rincón y se sentó sobre sus tres patas sin dejar de mirar a Barney como un búho. Barney permaneció observándole durante largo tiempo.

La tarde siguiente, llegó temprano a su casa para la cena. Flora, que

salió a recibirle a la puerta, era una confusa mezcla de lágrimas, ira y terror.

—Esos asquerosos seres han entrado de nuevo en la casa —murmuró la joven, con voz débil—. Entraron sin que yo lo pudiera evitar, y uno de ellos me mordió. —Se volvió hacia Barney con amargura—. ¿Qué clase de hombre eres, Barney Holder? Parecías tan listo, tan inteligente... Pero ahora no puedes siquiera evitar que entren en tu propia casa. No te importa lo que me ocurra cuando te vas. Creí que me casaba con un individuo muy inteligente, pero resulta que eres un maestro de segunda categoría que no puede dominar siquiera a un... a un Vimp.

La joven estalló en lágrimas y se dejó caer en el sofá para curarse su dañado tobillo.

—Lo que dices no es justo, y tú lo sabes —saltó Barney—. Hago todo lo que puedo.

—Bueno, pero todo lo que puedes no sirve para nada. ¡Mira! ¡Están aquí mismo, en la sala de estar, mirándonos!

En efecto, estaban allí. Dos peludos animales de color castaño se habían aposentado en la sala. Tenían los labios superiores curvados, enseñándose mutuamente los dientes, y miraban a Barney y a Flora con el rabillo del ojo. Luego empezaron a darse manotazos el uno al otro, se tiraron el uno al otro de la piel, se mordieron y se escupieron. A continuación, el de mayor tamaño propinó al otro un fuerte golpe que le hizo rodar por la habitación y proferir un venenoso grito. Pero éste se puso en pie y volvió para pegar al mayor en la cara con el puño cerrado. Ambos gritaban, se mordían, se golpeaban, se arañaban... La batalla continuó, aunque en aquella lucha había algo peculiar.

Barney, en cuyo cerebro se había encendido de pronto una increíble y ridícula idea, miró pensativamente a su esposa y luego, de nuevo, a las dos furiosas bolas de pelo.

—¡Flora! —exclamó—. ¡Flora! ¡No luchan! ¡Se están haciendo el amor!

Flora enjugó sus lacrimosos ojos y miró alarmada a los dos Vimps. El más pequeño de ellos había clavado sus garras en el rostro del otro.

—¡Eres una basura! —contestó sucintamente.

—No, no... ¡Mírales!

Los ojos de Barney se habían tornado de repente muy brillantes, y en un momento atravesó la habitación y quedó en pie junto a su esposa.

—¡Levántate! —dijo.

Flora parpadeó por dos veces. Rápidamente, Barney se inclinó, la cogió por la muñeca y la hizo ponerse en pie. Antes de que la joven pudiera hacer ningún movimiento, la abrazó fuertemente y apoyó sus labios sobre los de ella, que se quejó bajo el beso, retorciéndose para apartarle.

—¡Barney, basta!

—¡A callar!

La voz de Barney sonó tan autoritaria que Flora guardó silencio, casi asustada.

—Siéntate —murmuró Barney, excitado—. Y entonces me besas. Aquí, en el sofá. ¡Y debes perder la noción de las cosas mientras lo haces!

Flora, aturdida, se sentó, y Barney lo hizo junto a ella, abrazándola de nuevo.

—Barney...

La habitación permaneció silenciosa durante un largo momento. A continuación siguió otro aún más largo.

—¡Barney...!

La voz de Flora era ahora más suave, y su rostro más suave y más dulce que nunca. Hacía mucho tiempo que Barney no la había visto así. Olvidándose de los Vimps, la besó de nuevo.

—Barney... Hacía mucho tiempo que no nos besábamos en el sofá...

—¡Hum!

—¡Muchísimo tiempo!

—Demasiado, Flora.

—Deberíamos... deberíamos hacerlo más a menudo...

Un ruido, un raro ruido. Como obedeciendo a una señal, ambos alzaron la mirada y vieron a los Vimps, que les miraban con ojos de enfado. Ambos habían olvidado su lucha y retrocedían con la espalda inclinada, silbando, escupiendo, temblando.

De pronto, los Vimps dieron media vuelta y desaparecieron a través de la puerta.

—Ha perdido usted el seso —dijo Hugo Martin con expresión de disgusto—. No sabe lo que dice. Está usted loco. Si usted cree que me voy a tragar esa... esa especie de tontería... —Tragó saliva y su doble barbilla se movió—. Está usted loco... dos veces loco.

Con el rostro rojo y brillante, volvió a su mesa de despacho. Barney sonrió cordialmente; tenía sus delgadas mandíbulas recién afeitadas y los ojos le brillaban.

—No estoy equivocado, Hugo. Tengo la solución. Puede parecer algo ridículo, pero todo el asunto es ridículo. Y lo que pienso dará resultado. ¡Apuesto mi salario a que sí!

Se sentó en la silla que había enfrente de la jaula del Vimp y se frotó su dolorido brazo.

—Escuche esto —continuó—. Siempre que los hombres han ido a nuevos lugares, a nuevos países, ¿qué es lo que han hecho? ¿Se han adaptado a su nuevo ambiente? ¿Han intentado «volverse nativos», ser parecidos a la gente que encontraron? ¿Han intentado asimilar los planes económicos y culturales de aquel lugar? Nada de eso. China, África, la India... en todos los lugares a donde hemos ido se ha repetido la vieja historia. Hemos intentado siempre modificar el ambiente para que éste nos viniera bien a nosotros. Hemos intentado hacerlo parecido al que teníamos en nuestra casa. La temperatura, las costumbres, la cultura.

»Lo último que los hombres harían sería alterar su propia cultura para parecerse a los extranjeros. Y cuando encuentran en el lugar a donde han ido cosas hostiles e inalterables, siempre, siempre han retornado a su lugar de origen.

—Pero... los Vimps... —replicó Martin, impaciente—. No veo qué tiene eso que ver con...

—Pues sí tiene que ver —contestó llanamente Barney—. Los Vimps proceden de otro planeta, de otro mundo, de algún lugar lejano. Son inteligentes y poseen una cultura, según parece. Una cultura más bien aviesa, por así decirlo. Entre los hombres, la cultura básica se funda en la paz, en el amor familiar, en el antiguo ademán de la mano levantada que dice «no tengo armas». Básicamente, el hombre quiere vivir en paz, tranquilo, y lleva esa paz a países extranjeros, y cuando esos países resultan demasiado hostiles, demasiado faltos de paz, se vuelve derrotado a su país. Pues bien, ese otro mundo, el mundo de los Vimps, puede tener otra

cultura, una cultura basada en algo diferente. Algo que los hombres no pueden tolerar. Una cultura no basada en la paz, sino en el odio. Un odio puro, fuerte, maduro, imposible de alterar.

Martin abrió los oídos de par en par.

—¿Quiere usted decir...?

—Quiero decir que se odian el uno al otro y que odian a todas las cosas. El odio es su fuente de vida, el fundamento de sus valores morales. Viven, comen, duermen y mueren con el pensamiento lleno de odio. La idea de la amabilidad y del amor es extraña para ellos: algo increíble, tenebroso, extranjero. Vinieron aquí sin el menor concepto abstracto del amor, y esperaban encontrar odio aquí también. Pero lo que encontraron resultó terrible para ellos, odioso, hostil... una cultura basada en el amor y en la paz. Pero vieron, o por lo menos sintieron de alguna forma, que los hombres, bajo ciertas circunstancias, eran capaces de odiar, y eso lo solucionó. ¡Todo lo que necesitaban era ser odiados!

—Bien, pues están obteniendo lo que deseaban —exclamó Hugo Martin—. ¡Les odio, y espero poder decírtelo, oh Señor! ¡Cómo les odio! Les odio tanto que...

—Y parece usted atraerles, ¿no es verdad? Les odia usted tanto que siempre les tiene en su casa. Ellos no quieren tener nada que ver con místicos, ni con monjes... Atormentan a perros y gatos todo el tiempo, pero nunca molestan a una vaca. Ellos se acercan a usted porque les provee precisamente del ambiente que necesitan. ¿No comprende, Hugo? Si usted les odia, les tiene a su alrededor. Se multiplican, se triplican... —Al llegar aquí, Barney miró al hombre gordo con timidez—. Pero si usted les amara...

La pesada mandíbula de Hugo Martin tembló, y algo parecido a las lágrimas aparecieron en sus asombrados ojos.

—Barney... —dijo débilmente—. Espere un minuto, Barney... Barney, no es posible que tenga usted razón... —Miró con temor al Vimp, que le miraba a su vez a través de los barrotes—. Todo menos eso, Barney. Yo... yo no puedo.

—Pues tendrá usted que amarles —repuso Barney firmemente.

Lágrimas de despecho rodaron por las gruesas mejillas de Martin, que echó a andar hacia la jaula arrastrando los pies como un niño. Luego se detuvo.

—Pero... pero ¿qué puedo yo hacer? —dijo titubeante—. Es

como... como amar a un ciempiés, o algo por el estilo. Es... es semejante a un sacrilegio.

Extendió una mano, a manera de tanteo, hacia los barrotes, pero la retiró en seguida lanzando una exclamación cuando el Vimp se lanzó sobre ella.

—¡Oh, Barney! No puedo...

—Mire —dijo Barney sonriendo—. Yo le enseñaré.

Se calzó un par de pesados guantes de cuero. Luego se acercó a su vez a la jaula, desde donde el Vimp le miraba enfadado. Barney pasó un trozo de pan a través de los barrotes.

—Vamos, Vimp. Bonito Vimp... —Su voz era suave y acariciadora.

El Vimp le arrancó el pan y le mordió malignamente en la mano. Barney se sintió dominado por la ira, pero se esforzó en sonreír e intentó acariciar la cabeza del Vimp.

—¡Dulce y pequeño Vimp! —murmuró—. ¡Bonito Vimp!

El Vimp le mordió de nuevo, esta vez más fuerte. Luego se retiró. Silbaba y en sus ojos había una mirada burlona. Luego comenzó a emitir feos ruidos con la garganta a la par que enseñaba los dientes.

—¡Qué animal más listo! —dijo Barney, rechinando los dientes—. Pero vamos a ser buenos amigos. Vamos, pequeñito, déjame acariciarte.

El Vimp estaba ahora seriamente alarmado. Había combado la espalda y escupió, retrocediendo hasta que llegó al fondo de la jaula. Sus pequeños ojos negros brillaban de miedo mientras luchaba por alejarse todo lo posible de Barney.

—Déjele libre —dijo Barney suavemente—. Abra la trampa y déjele marchar.

Martin cerró su gran puño y avanzó lentamente hacia la trampa.

—Vamos, pequeñito y bonito Vimp —dijo, a regañadientes—. Sal, pequeño y asqueroso...

Barney tosió para disimular. Luego dijo:

—Vete con los demás ahora, pequeñito. Cuéntale a tus amigos lo agradables y felices que van a ser las cosas de ahora en adelante...

El Vimp silbó e hizo burla, pero súbitamente echó a correr llevando a mil diablos pegados a sus pies. Salió por la ventana, deteniéndose un momento sólo para dedicarle una invectiva que

debió ser de las que ponen los pelos de punta. Inmediatamente desapareció.

Barney lanzó un profundo suspiro y miró sonriendo a Hugo Martin.

—Helo aquí —dijo.

—Eso no servirá de nada —exclamó Martin—. No debíamos haberle dejado escapar. Volverá para atormentarnos de nuevo.

Barney sonrió con expresión feliz.

—No pasará tal cosa si le amamos —contestó—. Todo lo que necesitan para desaparecer es un ambiente pacífico, agradable, sereno. Es difícil lograr eso teniendo Vimps alrededor, pero la gente tendrá que aprender a lograr ese ambiente. Es el único medio.

Hugo Martin le miró con desaliento.

—No sabe usted lo que pide, Barney. Un ambiente pacífico y sereno... Desde que aparecieron los Vimps, la gente no puede lograr ese ambiente. Y nadie podrá ser amable con un Vimp. La gente no podrá hacerlo.

—Oh, sí, lo harán —repuso Barney en voz baja—. Por verse libres de ellos, lo harán.

La consigna fue dada por la radio aquella misma tarde, apareció en los periódicos de la noche, y se extendió por todo el país. Era una consigna increíble, ridícula... La gente dejó de maldecir a los Vimps para escuchar, rió luego con desprecio y siguió maldiciendo a los Vimps. Pero algunas personas emprendedoras intentaron cumplir la consigna y notaron que la cosa, milagrosamente, surtía efecto. Uno tras otro, los Vimps empezaron a marcharse, abandonando casa tras casa. Se marchaban rodando como brillantes bolas de tres patas, aunque sin dejar de hacer burlas. Las noticias se extendieron rápidamente y la gente dejó de ahuyentar y golpear a los Vimps, así como de hablar mal de ellos. Y todos comprobaron, maravillados, el buen resultado que esto daba. En pueblos y ciudades, todos intentaron el nuevo procedimiento, y esto actuó como un bálsamo sobre todo el país.

Finalmente, una tarde, la radio informó que un círculo plateado se había abierto en la tierra de pastos de un granjero del sur, y que los Vimps desaparecían por él a centenares, a miles. Barney y Flora

se hallaban allí, mezclados entre una multitud, una multitud curiosa, emocionada extrañamente sin saber a ciencia cierta qué era lo que sentían. Pero amaban a los Vimps con todo el amor compasivo de que eran capaces. Sí, en realidad amaban a los Vimps.

Flora se acercó más a Barney y le miró sonriendo.

—Ha resultado casi divertido observar cómo se marchaban —dijo.

Barney sonrió a su vez.

—Sí, hemos pasado un par de semanas con tranquilidad —admitió.

Flora le miró con los ojos húmedos. Su antigua frialdad y su perpetuo enfado habían desaparecido de su rostro.

—Sé que parecerá tonto lo que digo, pero... casi siento que se vayan. Nosotros... Barney, ¿es que no quedará por lo menos una pareja?

Los múltiples y peludos seres color castaño iban hundiéndose uno tras otro en el plateado círculo. Antes de hacerlo, se ponían jorobados mirando a la gente, levantaban sus labios superiores enseñando los dientes en una mueca de enfado, silbaban, hacían ademanes desvergonzados, se tiraban del pelo el uno al otro y se arañaban. Finalmente, el último de ellos permaneció un momento inmóvil en el borde del círculo, escupió elocuente y malignamente en el suelo y desapareció por el agujero. El círculo tembló y acabó por desaparecer.

Como si despertara de un sueño mágico, la multitud exhaló un hondo suspiro. Cada persona miró a su alrededor, viéndose unos a otros por primera vez. Una aura de extraño contento les envolvía como una ola. Barney y Flora, cogidos fuertemente de la mano, se dirigieron hacia el coche. Él la miró sonriendo, encontrándose con los ojos de ella, inundados de felicidad.

—No sé lo que les sucederá a los demás —dijo Barney en voz baja—, pero en lo que a mí concierne, los Vimps no se han marchado aún.

LA LETRA DE LA LEY

El lugar era oscuro y húmedo y olía a hojas enmohecidas. Meyerhoff siguió al enorme guarda altaireano, parecido a un oso, a través del corredor de resbaladizas baldosas, mientras aspiraba con disgusto el aire con olor a moho. Tiritaba y se envolvió todo lo que pudo en su elegante chaqueta terrestre, evitando mirar los negros y abiertos agujeros de los calabozos ante los que pasaba de cuando en cuando. Sus pies resbalaban a veces sobre las finas baldosas. Finalmente, se detuvo para limpiarse el barro seco que tenía en una pernera de su pantalón.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó con enfado.

El guarda hizo un vago ademán con su garra, ademán que se perdió en la negrura que se abría más allá. De pronto el corredor se torció en una aguda curva y el altaireano se detuvo, produciendo un enorme ruido de llaves, las que debían hallarse en algún oscuro pliegue de su vellosa piel.

—No veo ninguna razón para tal jaleo —gruñó, con voz ofendida—. Le hemos tratado como a un hermano.

Una de las enormes puertas de acero se abrió, haciendo chirriar sus quejumbrosos goznes. Meyerhoff contempló las sombras del interior, distinguiendo una vaga forma humana que se delineaba contra la pared del fondo.

—¡Harry! —dijo vivamente.

Se oyó una exclamación de asombro y un huesudo y nudoso hombrecillo apareció ante la luz que llevaba el guarda. Era como un grotesco y retorcido fantasma que surgiera de la oscuridad. Unos anchos y azules ojos miraron a Meyerhoff por debajo de unas desiguales cejas negras, y de pronto, el rostro del hombrecito se dilató en una lastimosa sonrisa.

—¡Paul! Así que le han enviado a usted. Yo sabía que podía contar con ustedes...

Hizo una profunda reverencia seguida de un ademán, invitando a Meyerhoff a que penetrase en el oscuro cubículo.

—No tengo mucho que ofrecerle —añadió tímidamente—. Pero es lo único que puedo hacer, dadas las circunstancias.

Meyerhoff hizo una mueca y se volvió hacia el guarda.

—Tenemos que quedarnos solos, si hace usted el favor. Normas interplanetarias. Y déjenos la luz.

El guarda gruñó algo, pero salió por la puerta.

—¡Ya era tiempo de que viniera usted! —exclamó el hombrecito—. ¡Este es un gran día! Es una suerte que le hayan enviado a usted, compañero. Estoy aquí desde hace años...

—Escuche, Zeckler. Me llamo Meyerhoff y no soy compañero de usted —replicó el visitante—. Y está aquí hace sólo dos semanas, tres días y aproximadamente cuatro horas. Por lo que hace a la verdad, tergiversa usted tanto las cosas como sus amables guardianes.

A la débil luz, Meyerhoff observó al prisionero. El rostro de Zeckler se hallaba oscurecido por la barba de una semana y sus ojos inyectados en sangre desmentían la penosa sonrisa de sus labios. Sus ropas, cubiertas con grandes manchas de fango y musgo, estaban húmedas. La expresión de Meyerhoff se suavizó un tanto.

—Así que Harry Zeckler está de nuevo en un aprieto —añadió—. A deducir por su aspecto, parece que, en efecto, le han tratado como a un hermano.

El hombrecito lanzó una exclamación de desprecio.

—Esos pequeños osos no saben lo que significa la hermandad, ni siquiera poseen el menor asomo de humanidad. Me han estado dando pan y agua, nada más, y esto si se dignaban a traérmelo. —Tomó asiento con ademán de cansancio en el banco de roca que había a lo largo de la pared—. ¡Creí que nunca llegarían ustedes aquí! El primer día que fui detenido apelé al consulado terrestre. ¿Y qué sucedió? Quiero decir que todo lo que tenían que hacer era enviar aquí a un hombre, obtener la firma en los papeles de extradición y enviar un transporte planetario para mí. ¿Por qué tardaron tanto tiempo? Me he estado pudriendo ahí sentado...

Se interrumpió en mitad de la frase y miró fijamente a

Meyerhoff.

—Ha traído usted los papeles, ¿no es verdad? Quiero decir... ¿nos podremos marchar ahora mismo?

Meyerhoff miró al hombrecito con una mezcla de piedad y disgusto.

—Es usted un loco de cuidado —dijo finalmente—. ¿Sabía usted eso?

Zeckler abrió mucho los ojos.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que soy un loco de cuidado? He pasado un par de semanas en esta trampa para coger neumonías. ¡Pero el convenio valía la pena! He logrado tres millones, que están depositados en el consulado terrestre de Altair Cinco, donde me esperaban para dármelos. Un capital de tres millones, ¿oye usted? ¡Eso es suficiente para vivir boyante toda la vida!

Meyerhoff asintió con un sombrío movimiento de cabeza.

—Si acaso vive lo suficiente para llegar hasta allí y cogerlos —dijo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Meyerhoff tomó asiento en la húmeda celda.

—Quiero decir que en estos momentos usted está prácticamente muerto —contestó—. Puede que no lo sepa, pero lo está. Cae usted en un planeta recién abierto al tránsito, provisto de su pequeño saco de trucos inteligentes; se pasea por aquí con un pasaporte dudoso y sin llevar un permiso seguro, no posee conocimientos sobre los nativos a excepción de dos frases llenas de generalidades sacadas de la Guía del Explorador, y a pesar de todo ello, no se contenta con venir aquí a vender algo legítimo, algo que los nativos puedan usar. No, eso es demasiado sencillo para usted. Ha tenido que hacer de nuevo de las suyas. Y esta vez, amigo, tendrá que pagar los platos rotos.

—¿Quiere decir que no harán valer conmigo la extradición?

Meyerhoff sonrió sin amabilidad.

—Eso es precisamente lo que quiero decir. Usted ha cometido aquí un crimen... uno de importancia. Los altaireanos se muestran muy resentidos, y el consulado terrestre no está dispuesto, para sacarle a usted del apuro, a echar por la ventana todas las posibilidades de comerciar con los naturales de aquí. Ha sido

sometido a un proceso, y esos nativos harán todo lo posible por anularle. Personalmente, creo que acabarán lográndolo.

Zeckler se puso en pie con ademán airado.

—No crea usted todo lo que le dicen los nativos —dijo, intranquilo—. Son unos embusteros patológicos. ¡No podría imaginarse lo que intentaron venderme a mí! Jamás he conocido a unos mentirosos como estos. Probablemente —acabó, mirando a Meyerhoff— me apretarán un poquito y luego me dejarán marchar.

—Apretarán un poquito su cuello —repuso Meyerhoff, sonriendo con ironía—. Ha cometido usted el más horroroso crimen que esos seres pueden concebir, y si cree que no van a hacérselo pagar, está en un error. Creo, amigo mío, que su vida de estafador ha terminado.

Zeckler buscó en el bolsillo de su interlocutor hasta que encontró un cigarrillo, lo sacó y lo encendió con mano temblorosa.

—Así que el asunto está mal —dijo finalmente.

—Eso es: está mal.

La sombra de una tímida sonrisa, apenas perceptible, se insinuó en el rostro del pequeño estafador.

—Bien, de todos modos me alegro de que le enviaran a usted —dijo débilmente—. Nada mejor que un buen abogado para manejar una causa judicial.

—¿Abogado yo? No. Lo siento, pero no. —Meyerhoff sonrió—. Le daré consejos, pero nada más. Estoy aquí para que usted no empeore las cosas para la Comisión de Comercio, eso es todo. De ningún modo querría verme mezclado en un enredo con esos seres. —Sacudió la cabeza—. Usted habrá der su propio abogado, *Mr.* Supervendedor. Todo es cosa suya. Y será mejor que saque cuanto antes las castañas del fuego, pues su caso está más perdido que ningún otro del mundo.

Meyerhoff observó el pálido rostro del hombre y sacudió la cabeza tristemente. En cierto modo, pensó, produce lástima contemplar esta transformación. Antes, Zeckler era un hombre con las mejillas sonrosadas, apuesto, engreído, que hablaba rápidamente y que se había metido y luego logrado salir en más apuros de los que podía contar. Era casi inevitable que en cuanto se descubría un lugar rico y sin explotar, fuera él quien primero caía allí para llevarse la primera presa del negocio.

El comercio hizo nacer revendedores, y estos revendedores habían salido de la Tierra con la primera ola de exploración. Eran los listos estafadores que hablaban deprisa y que trabajarían en los nuevos territorios sin que les molestaran las restricciones legales que existían ya en los planetas que sufrían desde hacía tiempo la explotación. Los primeros hombres que llegaran a los nuevos planetas serían pronto los más ricos, y con curiosa inocencia, creían que podían contar siempre con la protección terrestre, fueran cuales fuesen los métodos que emplearan.

Pero de vez en vez se producía algún conflicto, cuando la civilización y las prácticas de las sociedades extranjeras hacían que resultase poco prudente tratar de engañarles. Altair I fue reconocido inmediatamente por la Comisión de Comercio como un centro comercial de tremendo valor, y los primeros informes advertían ya del peligro que suponía comerciar fraudulentamente con el pequeño y húmedo planeta parecido a una jungla, con sus desgarrados habitantes de tres ojos. Advertían claramente contra la táctica basada en el abuso de confianza, empleada con tanta frecuencia.

Pero siempre hay alguien, reflexionó amargamente Meyerhoff, que no hace caso de las advertencias.

Zeckler seguía dando nerviosas chupadas a su cigarrillo. Su delgado rostro denotaba una concentrada preocupación.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —exclamó finalmente—. Sólo empleé un viejo truco. ¿Por qué se ponen tan mal? Me hice con unos miles y traté de llevar a cabo un negocio rápido. —Se encogió de hombros elocuentemente y extendió las manos con desesperación—. Todo el mundo lo hace. Ellos mismos lo hacen, los unos a los otros, sin pestañear. Tendría que ver usted a esos seres comerciando. Mi pequeño plan resultaba una fruslería comparado con lo que acostumbran.

Meyerhoff sacó una pipa del bolsillo y empezó a llenar la cazoleta con infinita paciencia.

—Y... ¿qué clase de truco era el de usted? —preguntó tranquilamente.

Zeckler se encogió de hombros de nuevo.

—El más sencillo e inocente truco para producir dinero. ¿Recuerda usted el viejo cuento del tío sobre el puente de Brooklyn? Pues lo mismo. Sólo que estos seres no quieren puentes.

Quieren tierra... ese pegajoso y resbaladizo pantano que ellos llaman «tierra de granja». Así que les di lo que deseaban: les vendí tierra.

Meyerhoff asintió fieramente con la cabeza.

—Claro que lo hizo usted. Un centenar de kilómetros cuadrados. Sólo que usted vendió el mismo centenar de kilómetros cuadrados a una docena de indígenas distintos. —De pronto, Meyerhoff echó hacia atrás sus manos y lanzó una exclamación—. De todas las cosas que usted no debía de haber hecho... —empezó a decir.

—Pero... ¿qué es un trozo de tierra? —inquirió Zeckler.

Meyerhoff sacudió la cabeza, desesperado.

—Si no se hubiera mostrado tan codicioso, habría estudiado, antes de empezar el negocio, lo que representa un trozo de tierra para esos nativos. También habría podido usted observar otras cosas en ellos. Por ejemplo, que a pesar de todos sus enredos y sus ganas de pelear, no son tan tontos como parecen. Se habría dado usted cuenta de que son marsupiales, y que dos de cada cinco saltan de la bolsa de su madre antes de tener edad suficiente para sobrevivir, y de que tienen que empezar a luchar por sus derechos individuales casi desde que nacen. Cualquier cosa sirve mientras les beneficie como individuos.

Al llegar aquí, Meyerhoff sonrió ante el horrorizado rostro del hombrecito.

—Nunca se había detenido a pensar en todo esto, ¿verdad? —continuó Meyerhoff—. Y tampoco en otras cosas. No se ha enterado de que aquí hay demasiados altaireanos en relación a la comida que el planeta puede proporcionar, y de que son tan melindrosos que no pueden sobrevivir con alimentos que no se produzcan aquí. Consecuentemente, la tierra es el principal factor de su economía; la tierra, no el dinero. Nada más que la tierra.

»Obtener tierra es tener con qué vivir, y perder la tierra significa hambre. Todo su sistema legal y monetario se basa en semejante principio. Han creado el más confuso e imposible sistema de intercambio que se pueda imaginar, enfocado hacia la supervivencia del individuo, con tierras como valor para responder del crédito. Esto explica lo de las mentiras, ¿no? ¡Claro que han de ser embusteros poseyendo una economía como esta! Han olvidado completamente el concepto de la verdad.

»¿Que eso es patológico? ¡Si apuesta usted a que eso es patológico, se luce! Sólo un tonto diría la verdad cuando su vida depende de ser un poco más embustero que el vecino. Mentir es su tradición, una tradición honrada por el tiempo, consecuencia de todo el sistema legal que les envuelve.

Zeckler hizo un ademán de desprecio.

—Pero... ¿cómo es posible que tengan un sistema legal? Quiero decir, ¿no reconocen la verdad cuando ésta les salta a la vista?

Meyerhoff se encogió de hombros.

—Tal como nosotros entendemos un sistema legal, creo que no tienen ninguno. Poseen tan sólo una nebulosa idea de lo que la verdad representa, y esta idea la han anulado por imposible e inútil.

—Sonrió con malicia—. Entonces usted vino, encontró un trozo de terreno en las tierras altas y la vendió por separado a una docena de indígenas hambrientos y concentrados en sí mismos.

»¿Sabe usted? El abuso de confianza en un asunto de propiedad privada es en esta planeta motivo justificado para el asesinato, y doce nativos, armados hasta los dientes, fueron al mismo tiempo al mismo trozo de tierra. —Meyerhoff suspiró—. Tiene usted sobre sus hombros a doce altaireanos locos de ira, a todo un planeta loco de ira. Mientras tanto, el más valioso filón de uranio de que la Tierra ha dispuesto en cinco siglos amenaza con desaparecer, a menos que la gente de aquí vea la sangre de usted formando un amplio río.

Zeckler estaba visiblemente afectado.

—Escuche —dijo débilmente—, yo no soy tan listo. ¿Qué puedo hacer? ¿Va usted a permanecer sentado mientras me entregan al verdugo? ¿Cómo voy a poder defenderme en un tinglado legal como éste?

Meyerhoff sonrió fríamente.

—Creo que va a tener que devanarse los sesos de estafador —repuso en voz baja—. De acuerdo con los Reglamentos Interplanetarios, tienen que celebrar el juicio contra usted siguiendo la forma legal terrestre... es decir, con juez, jurado, proceso, etc. Los nativos toman eso como una gran broma. Después de todo, ¿qué significa para ellos un juramento judicial? Pero se muestran de acuerdo. Ahora bien, están dispuestos a ahorcarle a usted, caso de que les falle el proceso judicial. Así que lo mejor que puede hacer es pensar en algo para salir del atolladero...

»Ahora bien, si intenta usted complicarme a mí, aunque sea lo más mínimo, me marcharé de aquí con tanta rapidez que no sabrá usted lo que ha sucedido.

Tras de decir esto, Meyerhoff se dirigió hacia la puerta. Abrió ésta violentamente y dos guardianes dieron de bruces en el suelo.

—¡Creo haber dicho en privado! —Gruñó.

Luego empezó a atravesar el resbaladizo corredor.

Por lo menos, aquello parecía una sala de audiencia. En el lugar principal de la larga y húmeda habitación de piedra había una mesa con un sillón tras ella y una silla más pequeña a la derecha. A la izquierda se alzaba un estrado con doce sillones... unos sillones amplios que tenían por delante una barandilla.

El resto de la habitación se hallaba ocupado por asientos colocados de cara a la mesa. Zeckler, moviendo la cabeza con ademán de aprobación, siguió al despeinado guardián hasta el interior de la habitación.

—No está mal —dijo el procesado—. Han asimilado pronto la idea.

Meyerhoff se limpió el sudor de su frente y dedicó al pequeño estafador una mirada de piedra.

—Por lo menos ha logrado usted una sala de audiencia, un juez y un jurado, que desatarán todo este lío. Más allá de eso... —Y se encogió de hombros elocuentemente—, no puedo hacer ninguna promesa.

En la parte de atrás de la habitación, una puerta se abrió con gran estrépito. Se oyeron fuertes y roncadas voces al tiempo que media docena de enormes altaireanos intentaban penetrar a la vez. Zeckler conectó su casco traductor sin dejar de observar con creciente alarma el escándalo de la antecámara. Finalmente, la cuestión de quién tenía que pasar primero pareció ponerse en claro, y en la sala penetró un grupo por orden de estatura. Los recién llegados, que vestían flotantes togas negras —en lo alto de las cuales surgían sus rostros con narices de porra—, atravesaron la habitación con aires de importancia, acomodándose en el palco preparado para el jurado. Pero antes de sentarse gruñeron y se pelearon unos con otros, pues todos pretendían ocupar los asientos

de primera fila.

El juez ocupó también su sillón tras de la mesa de madera, con patente satisfacción. Finalmente, apareció el fiscal flanqueado por dos escribientes, que se sentaron junto a él. El fiscal miró a Zeckler con fría malevolencia y luego, mirando al juez, hizo a éste un tímido guiño.

Un momento después se oyó en la habitación un rumor de gente. Enormes seres parecidos a osos se empujaban los unos a los otros y se peleaban por los asientos, sin dejar de gruñir y de quejarse. Dos pequeñas batallas estallaron en la parte de atrás, pero fueron rápidamente sofocadas por el grupo de gendarmes que guardaba la puerta. Por último, el juez miró a Zeckler con sus tres ojos y luego dio golpes con la maza de madera hasta que el rumor de las peleas fue apagándose. Los jurados se movieron intranquilos en sus asientos, cambiando guiños entre sí, pero al cabo dedicaron su atención a la parte principal de la sala de audiencia.

—Vamos a juzgar el caso que presenta el pueblo de Altair I —dijo el juez en alta voz— contra el llamado Harry Zeckler...

Hizo una pausa que duró un largo e impresionante momento y añadió:

—Terrestre.

Toda la habitación estalló inmediatamente en un gruñido de ira, tanto que el juez tuvo que golpear la mesa con su maza cinco o seis veces más.

—Este... esta criatura —empezó el juez— está acusado de los siguientes crímenes: conspiración para derribar al gobierno de Altair I; brutal asesinato de diecisiete honrados ciudadanos a las tres de la madrugada durante su segundo período de vida en el planeta; profanación del templo de nuestra bienamada diosa Zermat, reina de la cosecha; conspiración con los dioses menores para originar una sequía sin precedentes en nuestro bello mundo; obscena exposición de las marcas de su bolsa en una plaza pública; cuatro separados y distintos cargos de soborno y evasión de la cárcel. —Al llegar aquí, el juez volvió a golpear la mesa pidiendo orden—. Espionaje en favor de la maldita horda de Altair II, que prepara una invasión interplanetaria.

La mandíbula del pequeño estafador se relajaba cada vez más, y el color huía de su rostro. Con los ojos muy abiertos, se volvió hacia Meyerhoff y luego de nuevo al juez.

—El presidente del jurado leerá el veredicto —dijo sucintamente el juez.

El pequeño nativo que se encontraba en medio del jurado se alzó como un muñeco accionado por un muelle.

—Consideramos culpable al procesado de todos los cargos —dijo.

—¡El procesado es culpable! La sala pronunciará la sentencia...

—¡Espere, espere un minuto! —pidió Zeckler puesto en pie, con ojos de loco—. ¿Qué clase de mojiganga...?

El juez, desconsolado, miró a Paul Meyerhoff.

—¿Aún no? —preguntó con disgusto.

—No —contestó Meyerhoff, retorciendo nerviosamente sus manos—. Aún no, señoría. Más tarde, señoría. Primero se hace el juicio.

El juez parecía un niño a quien le hubieran quitado los bombones.

—Pero usted dijo que yo podría pronunciar el veredicto.

—Más tarde. Tienen ustedes que hacer el juicio antes de pronunciar el veredicto.

El altairano se encogió de hombros con indiferencia.

—Bien... Pues más tarde —murmuró.

—Que el fiscal llame a su primer testigo —dijo Meyerhoff.

Zeckler, con el rostro color de ceniza, se inclinó hacia él.

—¡Esos cargos! —murmuró—. ¡Están locos!

—Claro que lo están —le contestó Meyerhoff.

—Pero... ¿qué puedo yo hacer...?

—Tenga paciencia. Dejémosles que presenten las cosas.

—Pero esos cargos... Son unos mentirosos, todos lo son...

Se interrumpió al ver que el fiscal pronunciaba un nombre a voces.

El desgarbado bruto que subió al estrado llevaba un sombrero de color púrpura brillante inclinado graciosamente sobre una oreja. Mirando al fiscal, sonrió. Es decir, enseñó los dientes en un gesto de hambre, cosa que era lo equivalente de una sonrisa para los altairianos. Luego se aclaró la garganta y comenzó:

—Este sinvergüenza terrestre...

—El juramento —murmuró el juez—. Tiene usted que prestar juramento.

El fiscal asintió con un movimiento de cabeza, y cuatro nativos se adelantaron llevando hasta el estrado unos enormes trozos de mármol con algo escrito en ellos. Uno por uno, los trozos de mármol fueron reverentemente apilados a los pies del testigo. Éste colocó una enorme pata peluda sobre el montón y el fiscal dijo:

—¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, lo jura usted ante...? —El juez hizo una pausa, echó una ojeada al papel que tenía en la mano y acabó la frase con entonación misteriosa—: ¿Ante la diosa?

El testigo retiró su pata del montón de mármol el tiempo necesario para rascarse una oreja.

Luego la volvió a colocar y en tono dolido contestó:

—Naturalmente.

—Entonces diga a la sala todo lo que ha visto referente a las actividades de este abominable sinvergüenza.

El testigo se dejó caer de nuevo en su silla, clavó uno de sus ojos en el rostro de Zeckler, otro en el fiscal, y cerró el tercero como si meditara.

—Creo que la cosa sucedió la cuarta noche del séptimo cruce con Altair II... que la diosa mande la mayor sequía a ese planeta... ¿O era tal vez la séptima noche del cuarto cruce? —El testigo sonrió al juez en son de disculpa—. Yo atravesaba mi pueblo camino de mi bendito trozo de tierra pensando en mis propios asuntos, señoría. Después de semanas de trabajo, había llegado el tiempo de recoger la cosecha. De pronto, de la sombra que proyectaba el edificio salió este ser... —señaló con una de sus patas a Zeckler—, el cual me detuvo dando un terrible grito. Llevaba un arma que yo nunca había visto antes, y sin que yo pudiera decir nada, hizo que me acercara a la pared. Pude ver por el cruel brillo de sus ojos que en su corazón no había ni cordialidad ni simpatía y que yo estaba...

—¡Protesto! —exclamó lastimeramente Zeckler poniéndose en pie—. El testigo no puede ni siquiera recordar en qué noche sucedió lo que cuenta.

El juez pareció sorprendido. Luego revolvió inquieto su puñado de notas.

—Denegada la protesta —dijo de pronto—. Continúe, haga el favor.

El testigo miró a Zeckler triunfante.

—Como estaba diciendo antes de esa tonta interrupción —murmuró—, pude darme cuenta de que me encontraba cara a cara con el más desesperado de los criminales, incluso entre los terrestres. No hay más que fijarse en la forma de su cabeza, en la flojedad de sus orejas. Yo estaba petrificado por el miedo. Entonces, indefenso como me hallaba, este abominable ser de dos piernas empezó a amenazar mi bendito hogar y a decirme que envenenaría mi tierra a menos que yo le dijera dónde se hallaba el lugar en que descansa nuestra bendita diosa...

—¡Jamás le he visto en mi vida! —gimió Zeckler, dirigiéndose a Meyerhoff—. ¡Ya le ha escuchado usted! ¿Por qué diablos tenía yo que preocuparme por el lugar donde su diosa...?

—La diosa rige las cosas de aquí. Ella hace que llueva. Y si no llueve, es que alguien la ha insultado. Es muy sencillo.

—Pero... ¿cómo puedo yo luchar contra un testigo como ese?

—Dudo que pueda usted luchar contra algo.

Zeckler miró al jurado, cuyos componentes escuchaban extasiados al segundo testigo, que ya había subido al estrado. Este testigo declaraba a propósito del asesinato de dieciocho personas —«¿O eran veintitrés? ¡Oh, sí, veintitrés!»—, todas ellas mujeres y niños, cosa que había sucedido en el suburbio de Karzan. Al parecer, aquel pogrom había sido llevado a cabo con una enérgica arma que abría grandes agujeros en las paredes de los edificios. Un tercer testigo subió al estrado, continuando los cargos contra el acusado, mientras en toda la sala se notaba hervir la ira y se oían amenazas. Zeckler estaba cada vez más pálido y sus ojos se vidriaban al oír las acusaciones que sin cesar amontonaban contra él los testigos.

—Pero todo eso es... mentira —murmuró, dirigiéndose a Meyerhoff.

—¡Claro que lo es! ¿No comprende usted? Esa gente no tiene la menor consideración a la verdad. Para ellos, decir la verdad es algo estúpido, tonto, una prueba de inteligencia inferior. La única cosa que respetan en el mundo es a un mentiroso más grande y más hábil que ellos.

Zeckler miró de pronto a su alrededor al oír pronunciar su nombre.

—¿Tiene el acusado algo que decir antes de que el jurado pronuncie su veredicto?

—Sí, tengo algo que decir.

Zeckler, cuyas pálidas mejillas se habían encendido súbitamente con un brillo de fiebre, cruzó la habitación como un relámpago. Luego tomó asiento con el mayor cuidado en la silla de los testigos, enfrente del juez. Sus ojos brillaban de miedo y excitación.

—Señoría, yo... yo debo hacer una declaración que tiene mucho que ver con este caso. Debe usted escuchar con la mayor atención. —Miró rápidamente a Meyerhoff y luego de nuevo al juez—. Su señoría —añadió con voz misteriosa— se halla en grave peligro. Todos ustedes lo están. Sus vidas están en peligro... Su mundo lo está también.

El juez entornó los ojos y revisó rápidamente sus notas mientras en la sala se alzaba un murmullo.

—¿Nuestra tierra? —preguntó el juez.

—Sus vidas, su tierra, todo lo que ustedes aprecian más... —añadió rápidamente Zeckler, pasándose nerviosamente la lengua por los labios—. Debe usted intentar comprenderme en seguida —continuó, mirando escamado por encima de su hombro—, porque a lo mejor no vivo lo suficiente para repetir lo que tengo que decirle...

El murmullo se aquietó y todos los oídos se aguzaron dentro de los cascos de auriculares para escuchar sus palabras.

—Esos cargos —continuó Zeckler—, todos ellos, son la pura verdad. Por lo menos, parecen ser perfectamente ciertos. Pero en todas las ocasiones a que se refieren trabajaba con toda mi alma, arriesgando mi vida, por el bienestar del bello planeta de ustedes.

Se produjo un largo siseo en el fondo de la sala. Zeckler frunció el ceño y se frotó las manos.

—Tuve la desgracia —continuó— de equivocarme la primera vez que vine a Altair procedente de la Tierra. Yo... yo desembarqué en Altair II, un grave error, pero que ha resultado ser, en realidad, un error afortunado. Porque al intentar comerciar en aquel feo lugar, establecí ciertos contactos. —Su voz tembló y bajó de tono—. Me enteré de las cosas horribles que esos bárbaros planean contra

este planeta. La conspiración la realizan ellos, no yo. Ellos han sobornado a la diosa de ustedes, la han halagado y le han mentido, coaccionándola para que su todopoderosa fuerza se ponga de parte de sus malvados intereses, preparándola para el día en que puedan al fin persuadirla de que sentencie a esta tierra a sufrir el fiero horno de una sequía que dure diez años...

Alguien que estaba situado en medio de la sala estalló en risas. Los nativos se dieron codazos el uno al otro y todos se pusieron a gritar y a reír, hasta que el ruido fue tan fuerte que apagó las palabras de Zeckler.

—Es obvio que el acusado miente —gritó el fiscal por encima de aquel pandemónium—. Cualquier tonto sabe que la diosa no puede ser sobornada. ¿Cómo podría ser diosa si fuera así?

Zeckler palideció.

—Pero... pero quizás ellos son muy listos...

—¿Y cómo pueden halagarla si ella sabe, sin la menor duda, que es la más exquisita y radiante criatura de todo el Universo? ¡Y usted se atreve a insultarla, a arrastrar su nombre por el barro!

Los siseos se hicieron más fuertes, más beligerantes. En la sala se oyeron frases como: «¡Matadle! ¡Quemadle las tripas!». El juez, cuya mirada era iracunda, golpeo con la maza pidiendo silencio.

—A menos que el acusado quiera seguir robando nuestro precioso tiempo con sus ridículas mentiras, el jurado...

—¡Espere! Señoría, pido un corto aplazamiento con objeto de poder presentar mi alegato final.

—¿Un aplazamiento?

—Sí, unos cuantos minutos para ordenar mis pensamientos, para preparar mi caso.

El juez se echó hacia atrás lanzando una exclamación de disgusto.

—¿Debo concederlo? —preguntó a Meyerhoff.

Meyerhoff asintió con la cabeza. El juez se encogió de hombros, señaló la antecámara por encima de su hombro y dijo:

—Puede usted entrar ahí.

Como pudo, Zeckler bajó del estrado de los testigos, atravesó la habitación en medio de risas y siseos y penetró en la antecámara.

Zeckler dio voraces chupadas a su cigarrillo y miró a Meyerhoff con ojos de alucinado.

—Esto... esto no se presenta bien —murmuró.

Los ojos de Meyerhoff reflejaban también la mayor preocupación. Por alguna razón había sentido admiración y piedad por el desgraciado estafador.

—Se presenta peor aún de lo que yo pensaba —admitió sombríamente—. Ha dado usted con una buena salida, pero el caso es que no sabe lo suficiente sobre ellos y sobre su diosa. —Tomó aliento con ademán cansado—. No sé qué pueda hacer. Piden su sangre y la obtendrán. No le creerán a usted, por más gorda que sea la mentira que diga.

Zeckler permaneció silencioso durante unos momentos.

—Ese asunto de las mentiras —dijo finalmente—, ¿cómo funciona?

—Pues que vence el mentiroso más grande y con más poder para convencer. Ya ve si es sencillo. No importa lo inverosímil que sea la mentira que se les diga. A menos, naturalmente, que crean que ellos son aún más mentirosos. Y eso es lo que ahora ha pasado. No tiene la menor importancia lo que se les diga... mientras se les haga creer.

—¿Y cómo consideran al... al más gran mentiroso? Quiero decir... ¿qué es lo que sienten hacia él?

Meyerhoff se agitó intranquilo.

—Es difícil de explicar. Según mis informes, le respetan en alto grado... quizás incluso le temen un poco. Después de todo, el más convincente mentiroso gana siempre en cualquier transacción, obteniendo más tierra, más comida, más poder. Sí, creo que el mayor mentiroso puede ir a donde le plazca sin que nadie se meta con él.

Zeckler se había puesto en pie. Sus ojos mostraban el brillo de la excitación.

—Espere un instante —dijo con voz tensa—. Hay que decirles una mentira que tengan que creer... una mentira que no puedan por menos de creer... —Se volvió hacia Meyerhoff con las manos temblorosas—. Al pensar, ¿proceden de la misma manera que nosotros? Quiero decir, ¿con lógica, pesando la causa y el efecto, examinando las pruebas y sacando conclusiones? Si se les muestran

ciertas pruebas, ¿sacarían las mismas conclusiones que sacamos nosotros?

Meyerhoff entornó los ojos.

—Bien... Sí. ¡Oh, sí! Son perfectamente lógicos.

Los ojos de Zeckler relampaguearon y una enorme sonrisa dilató sus hundidas mejillas. Su delgado cuerpo sufría estremecimientos. Permaneció un rato pensando, apoyándose ora en un pie, ora en otro, en tanto miraba sin ver con expresión idiota.

—Si yo pudiera acordarme... —murmuró—. Algo... algo que he leído...

—¿De qué está usted hablando?

—Creo que se trataba de un escritor griego...

Meyerhoff le miró fijamente.

—¡Vamos! ¿Es que se ha vuelto usted loco del todo? ¡Piense que tiene usted un gran problema entre las manos, hombre!

—¡No, no! El problema lo tengo ya en el saco —contestó Zeckler, con las mejillas llameantes—. Volvamos a la sala. Creo que he dado con la solución.

Zeckler dio voraces chupadas a su cigarrillo y miró a Meyerhoff con ojos de alucinado.

—Esto... esto no se presenta bien —murmuró.

Los ojos de Meyerhoff reflejaban también la mayor preocupación. Por alguna razón había sentido admiración y piedad por el desgraciado estafador.

—Se presenta peor aún de lo que yo pensaba —admitió sombríamente—. Ha dado usted con una buena salida, pero el caso es que no sabe lo suficiente sobre ellos y sobre su diosa. —Tomó aliento con ademán cansado—. No sé qué pueda hacer. Piden su sangre y la obtendrán. No le creerán a usted, por más gorda que sea la mentira que diga.

Zeckler permaneció silencioso durante unos momentos.

—Ese asunto de las mentiras —dijo finalmente—, ¿cómo funciona?

—Pues que vence el mentiroso más grande y con más poder para convencer. Ya ve si es sencillo. No importa lo inverosímil que sea la mentira que se les diga. A menos, naturalmente, que crean que ellos

son aún más mentirosos. Y eso es lo que ahora ha pasado. No tiene la menor importancia lo que se les diga... mientras se les haga creer.

—¿Y cómo consideran al... al más gran mentiroso? Quiero decir... ¿qué es lo que sienten hacia él?

Meyerhoff se agitó intranquilo.

—Es difícil de explicar. Según mis informes, le respetan en alto grado... quizás incluso le temen un poco. Después de todo, el más convincente mentiroso gana siempre en cualquier transacción, obteniendo más tierra, más comida, más poder. Sí, creo que el mayor mentiroso puede ir a donde le plazca sin que nadie se meta con él.

Zeckler se había puesto en pie. Sus ojos mostraban el brillo de la excitación.

—Espere un instante —dijo con voz tensa—. Hay que decirles una mentira que tengan que creer... una mentira que no puedan por menos de creer... —Se volvió hacia Meyerhoff con las manos temblorosas—. Al pensar, ¿proceden de la misma manera que nosotros? Quiero decir, ¿con lógica, pesando la causa y el efecto, examinando las pruebas y sacando conclusiones? Si se les muestran ciertas pruebas, ¿sacarían las mismas conclusiones que sacamos nosotros?

Meyerhoff entornó los ojos.

—Bien... Sí. ¡Oh, sí! Son perfectamente lógicos.

Los ojos de Zeckler relampaguearon y una enorme sonrisa dilató sus hundidas mejillas. Su delgado cuerpo sufría estremecimientos. Permaneció un rato pensando, apoyándose ora en un pie, ora en otro, en tanto miraba sin ver con expresión idiota.

—Si yo pudiera acordarme... —murmuró—. Algo... algo que he leído...

—¿De qué está usted hablando?

—Creo que se trataba de un escritor griego...

Meyerhoff le miró fijamente.

—¡Vamos! ¿Es que se ha vuelto usted loco del todo? ¡Piense que tiene usted un gran problema entre las manos, hombre!

—¡No, no! El problema lo tengo ya en el saco —contestó Zeckler, con las mejillas llameantes—. Volvamos a la sala. Creo que he dado con la solución.

La sala se aquietó en el mismo instante en que ellos abrieron la puerta. El juez golpeó la mesa con la maza pidiendo silencio. En cuanto Zeckler hubo tomado asiento en el estrado de los testigos, el juez se volvió al presidente del jurado.

—Y ahora —dijo con alegría—, el jurado...

—¡No siga! ¡Sólo un minuto más!

El juez miró a Zeckler como si éste fuera un gusano colocado sobre una roca.

—¡Ah, sí! —dijo—. Usted tiene algo más que decir. Bien, pues hágalo.

Zeckler echó una rápida mirada a la apaciguada sala.

—Ustedes me quieren dar por convicto con todos los agravantes, ¿no es cierto? —dijo suavemente.

Todos los ojos se clavaron en él. El juez mostró una maligna sonrisa.

—Así es.

—Pero ustedes no pueden darme por convicto hasta que no hayan considerado atentamente todo lo que yo diga en mi propia defensa. ¿No es así?

El juez pareció sentirse incómodo.

—Si de verdad tiene algo que decir, dígallo de una vez.

—Tengo tan sólo que declarar una cosa. Breve y tajante. Pero ustedes han de escucharla y pensar cuidadosamente sobre ella antes de decidir si realmente tienen deseos de declararme convicto. —Hizo una pausa mientras mirada insidiosamente al juez—. Ya se que ustedes, al parecer, no aprecian mucho al que dice la verdad. Pues bien, entonces retengan en la memoria la frase siguiente: todos los terrestres —su voz sonó clara y fuerte en la silenciosa habitación— son absolutamente incapaces de decir la verdad.

En los rostros del jurado se produjeron fruncimientos de extrañeza. Algunos cambiaron entre sí miradas de asombro, en tanto que la sala se mantenía completamente silenciosa. El juez miró al acusado, luego a Meyerhoff y, por último, de nuevo al primero.

—Pero usted... —tartamudeó—. Usted es...

Se detuvo en mitad de la frase con la mandíbula relajada.

Uno de los del jurado dejó escapar un pequeño graznido y se desmayó. En general, todos los demás tardaron unos diez segundos

en comprender lo que el procesado había dicho.

Entonces el pandemónium volvió a estallar en la sala de justicia.

Harry Zeckler se arrellanó cómodamente en el sillón de la cabina de control del cohete interplanetario y sonrió al ver que la forma de Altair IV se iba ensanchando por momentos en la pantalla del visor.

—En realidad —dijo con altivez—, la cosa era tan obvia que me sorprende que no se me ocurriera en el primer momento.

Paul Meyerhoff, con los labios fuertemente apretados y una expresión de enfado en su rostro, miraba fijamente el tablero de mandos.

—Al menos debía de haberme dicho lo que estaba planeando —dijo.

—¿Y correr el albur de ser oído? No sea tonto. La cosa tenía que caer como una bomba. Yo tenía que presentarme como un mentiroso, el más mentiroso de iodos, pero tenía que contar la suerte de mentira con la que ellos no podían competir. Algo que les sumiera en tal confusión que no se atrevieran a darme por convicto.

Mirando a Meyerhoff, Zeckler sonrió con ironía.

—La paradoja de Epiménides de Creta. La cosa les dejó completamente fríos. Ellos sabían que yo era un terrestre, lo que significaba que mi afirmación de que los terrestres son mentirosos era una mentira, lo que significaba a su vez que quizá no era yo un mentiroso, en cuyo caso... ¡Oh, fue algo muy bien urdido!

—Sí, seguramente lo fue —contestó Meyerhoff con desprecio.

—Bien, eso me convertía en un mentiroso de un rango con el que ellos no podían competir, ¿no es cierto?

El rostro de Meyerhoff era de color púrpura debido a la ira.

—¡Oh, por supuesto! Y colocaba usted a todos los terrestres exactamente en el mismo plano...

—Sí, pero... ¿qué es el honor entre los ladrones? Salí del aprieto, ¿no le parece?

Meyerhoff se volvió fieramente hacia él.

—¡Sí, salió usted del aprieto de manera brillante! Les dejó patidifusos. Quedaron como al que le pasa la corriente y piensa que jamás volverá a acercarse a lo que pueda producir un cortocircuito. Usted ha cortado para siempre toda esperanza de establecer una

alianza comercial con Altair I, y eso incluye al uranio. Les ha asustado tanto que ya no querrán nada con nosotros.

Zeckler acentuó su sonrisa y se arrellanó voluptuosamente en su asiento.

—Sí, claro —contestó—. El punto de mira de usted era solamente el acuerdo comercial, ¿verdad? ¡Qué lástima! —Chasqueó la lengua con tristeza—. Yo, por mi parte, tengo una fortuna esperándome en el consulado... lo suficiente para vivir forrado durante una temporada, por así decirlo. Creo que me voy a tomar unas hermosas y largas vacaciones.

Meyerhoff se volvió hacia él y una expresión de maligna alegría apareció en sus ojos.

—Sí, creo que se las tomará usted. En realidad, estoy seguro de ello. Y también de que no le costarán a usted nada.

—¿Eh?

Meyerhoff sonrió con ironía. Se quitó de su solapa una mota imaginaria y miró a Zeckler con expresión de astucia.

—Ese... bueno, llámésmole juicio. Los altaireanos no estaban muy deseosos de celebrarlo. Lo que querían era su dinero. Pensaban que un juicio es algo estúpido... pero permitieron que se celebrara cuando ya habían recobrado su dinero. No demasiado. Sólo tres millones.

Zeckler se tornó blanco.

—Pero... ¿ese dinero estaba en un banco, en custodia!

—¿De veras? ¡Dios mío! ¿Suponía usted que iban a perder esos papeles? —dijo riendo Meyerhoff—. Y de paso, le diré a usted que está arrestado.

Un ruido como de ahogo brotó de la garganta de Zeckler.

—¡Arrestado!

—¡Oh, sí! ¿No se lo había dicho? Conspiración para socavar la autoridad de la Comisión de Comercio Terrestre. Una acusación muy seria. Sí, creo que cuando lleguemos a la Tierra pasaremos juntos unas bonitas y largas vacaciones. Y creo también que tendrá usted que enfrentarse con un juicio.

Zeckler explotó:

—¡No hay pruebas! ¡No tiene ni una prueba! ¿Qué clase de acusación está usted tramando?

—Una hermosa acusación. Resulta una jaula hermética y usted

queda encerrado dentro. Y esta vez...

Meyerhoff golpeó su pulgar con un cigarrillo en un ademán de alegre decisión.

—Y esta vez —continuó—, no creo que encuentre usted una salida.

PARECIDO DE FAMILIA

El asunto empezó como una travesura, tal como muchas cosas empiezan, y hubiese quedado en eso si el doctor Herman Tally no hubiese penetrado en el hospital en el momento en que lo hizo... o si no se hubiese peleado un poco antes con el doctor Hogan, cosa que convirtió su espíritu en un campo abonado para las sospechas. Y ni siquiera hubiera sido una travesura de no ser martes y si *miss* Henderson, enfermera de la *nursery*, no hubiese sido tan dada a lanzar gritos agudos siempre que se excitaba.

Pero era martes, y a principios del verano, cuando la vida de un interno del hospital se hace monótona y pesada y más de un médico joven, como por ejemplo el doctor Barret, siente deseos de que ocurra algo excitante que les alivie de la rutina de los pacientes y de los casos de todos los días. También podía echarse culpas —por lo menos en parte— al cocinero del hospital, pues los tres médicos se hallaban aquel día sentados en el comedor de los internos del hospital de St. Christopher dando cuenta del inevitable menú de los martes —cochinillo relleno y *sauerkraut*—, mientras se preguntaban cómo podrían romper la monotonía que les rodeaba.

—¿Qué es lo que produce más ruido que un cerdo encerrado en una jaula? —preguntó el doctor Barret, contemplando su plato lleno de comida.

—Dos cerdos —murmuró el doctor Hines, masticando con expresión pensativa—. O tres cerdos debajo de una manta. Está usted atrasado de noticias.

—¡Oh, no! —exclamó sonriendo el doctor Barret, que tenía un ligero brillo de burla en sus jóvenes ojos castaños—. Para que lo sepan ustedes, la respuesta es: *miss* Henderson cuando se halla bajo un choque emocional.

Miss Henderson, la nueva enfermera en período de prueba en St. Christopher, estaba destinada en la actualidad a la sala de maternidad, bajo las órdenes del doctor Barret. La joven había sufrido numerosos choques emocionales, según parecía, bajo los tiernos cuidados del médico. Miss Henderson, como se decía en el hospital, era un plato apetitoso y también un poco boba.

El doctor Barret sonrió con malicia no disimulada.

—Tendrían que haber oído el otro día —dijo riendo—, cuando descubrió aquel escurridizo y verde lagarto que corría por la parte delantera de mi chaqueta. ¡Chilló como cinco cerdos en una jaula!

Los otros médicos rieron a su vez y, adivinando algo bueno, se acercaron más al doctor Barret. Éste continuó en tono reflexivo:

—Miss Henderson se encuentra esta tarde en la *nursery*. ¿Qué creen ustedes que haría si encontrase...?

Las cosas eran muy fáciles de preparar. El doctor Barret, después del almuerzo, atravesó el recinto del hospital en un rápido paseo hasta llegar al Departamento de Experiencias Agrícolas, regresando inmediatamente al hospital con tanto disimulo como pudo y utilizando una entrada trasera. Confiaba en que ninguno de los jefes médicos notasen el raro bulto que llevaba bajo la chaqueta. Cinco minutos después exhibía su presa a los compañeros internos que conspiraban con él, los cuales lavaron la cosa con agua y jabón y luego la rociaron liberalmente con polvos de talco, —a pesar de las furiosas protestas de la misma—, hasta que una pequeña vaharada de éter hizo que se sumiera en un intranquilo sueño poblado de olfateos.

A continuación los otros dos internos entretuvieron en la sala de consultas a miss Henderson —que se sentía como siempre muy deseosa de reír y muy dueña de sí misma— mientras el doctor Barret colocaba la presa, cuidadosamente envuelta en una manta azul de niño, en una cuna de la *nursery* situada precisamente entre la cuna que ostentaba el letrero «Harrison» y la que ostentaba el letrero «Wojikowsky». Y la dejó allí después de haber colocado al pie de la cuna un letrero que decía «Porker».

Los otros internos, con estudiada y forzada calma, estaban observando desde la puerta de la nursery cuando miss Henderson, todavía riendo y meditando sobre futuras citas con los guapos doctores, entró en la habitación llevando los biberones de las 2:00

para los niños Harrison y Wojikowsky.

Su reacción resultó ciertamente digna de verse. Se detuvo en seco, dejó escapar el chillido más espeluznante de sus dieciocho años y se desmayó.

El asunto no habría pasado de una travesura si no hubiese llegado en aquel preciso momento el doctor Herman Tally, profesor de antropología, especialista en desarrollo infantil y miembro infeliz, que recibía todos los regaños del equipo de investigación antropológica del doctor Hogan. Llegaba para efectuar su ronda semanal por la *nursery* de St. Christopher. El doctor Tally era en esencia un hombre apocado que se sentía satisfecho si su diaria rutina, desde que se levantaba por la mañana hasta que se retiraba por la noche, se desenvolvía sin demasiados contratiempos. Con toda seguridad no se encontraba preparado mentalmente cuando aquella tarde subió la escalera para hallarse ante tres asustados internos, una enfermera desmayada y lo que había en la cuna en cuestión.

Murmuraba algo para sí al recordar las recientes indignidades que había tenido que sufrir por parte de su jefe. ¡El muy cerdo! No bastaba que el jefe le obligase a mecanografiar, volver a mecanografiar, corregir las pruebas, hacer el índice, actuar de supervisor de todas las relaciones públicas referentes al Libro... sino que, además, tenía que ir reuniendo datos cuando el doctor Hogan se sentía demasiado perezoso para pasear su porcino cuerpo por la *nursery* de St. Christopher en una cálida tarde de martes. El doctor Tally suspiró cansadamente. Desde hacía tres años, el Libro ocupaba todas las horas de trabajo de todos los empleados de la sección de Antropología.

—Una vuelta a los monos —afirmaría el doctor Hogan exponiendo entusiásticamente sus teorías— va a representar la última palabra sobre el problema del Origen del Hombre... la última palabra, reto, el golpe final que echa abajo todas las teorías opuestas.

El doctor Hogan resoplaría luego de excitación. Inmediatamente después, sonriendo con su ancho rostro a los que aún escuchaban, añadiría:

—Mi última obra, que va a ser publicada con el título de «Vuelta a los Monos», probará... aseguro que probará, que tanto el hombre como el mono van camino de retornar a su común antepasado.

Y entonces el doctor Hogan sonreiría más radiante que nunca.

El doctor Tally hizo una mueca. Estaba cansado de aquello del retorno a los monos. Ni siquiera el título era un original del doctor Hogan, y algunas de las ideas mejores eran precisamente de él, del doctor Tally, como, por ejemplo, aquellos recientes *tests* sobre las reacciones infantiles...

El doctor Tally llegó hasta el descansillo de la escalera, envuelto en sombras, y se dirigió a la *nursery*. Miss Henderson estaba recibiendo las solícitas atenciones de los tres jóvenes internos, y el doctor Tally quiso conocer inmediatamente la causa de aquel súbito desmayo. Lo que vio en la cuna le dejó lo que se dice anonadado. Durante un momento miró aquello sin creer lo que veían sus ojos, hasta que adivinó que se trataba de una broma de los internos. Sin embargo, continuó mirando la cuna, y permaneció mirándola durante largo rato.

De pronto se le ocurrió la idea, una idea que casi le asustó. Algo había producido un acorde, una hermosa armonía, en el fondo de su memoria. Un parecido a algo que había visto o leído...

Se pasó una temblorosa mano por el cabello mientras reflexionaba, ahondando en el vasto almacén de material incidental y desorganizado que guardaba en su memoria. ¿Tenía aquello algo que ver con la anatomía, con la fisiología... o era la embriología? Mientras más miraba al «niño». Porker, que olfateaba metido en su cuna, más fuerte se hacía la idea que se iba introduciendo en su cerebro, empujándole cada vez más hacia la conexión familiar.

¡Embriología! ¡Allí estaba el quid de la cosa! El doctor Tally se calzó el sombrero en la cabeza y efectuó una rápida retirada escaleras abajo. ¡Embriología! En el fondo de su mente sabía que lo que buscaba tenía algo que ver con la embriología. Si pudiera encontrar el libro...

El doctor Tally llegó muy tarde a cenar, y después de dejar su estropeado Chevrolet atravesó, con los brazos cargados de libros, la senda hasta su casa. Había estado ciertamente estudiando

embriología y muchas muchas más cosas. Había pasado la tarde en la biblioteca, leyendo texto tras texto de embriología. A la hora de estar allí se sintió seguro sobre el camino a seguir, pero se trataba de un camino muy complejo, con muchos engaños y desvíos. La cosa le llevó a consultar libros de anatomía, de fisiología y bioquímica.

Besó a su esposa casi sin mirarla y tomó asiento ante su cena, que le estaba esperando desde hacía tiempo, tras de abrir, a un lado de su plato, la *Parasitología* de Benson, y al otro, el libro *Bases fisiológicas para la práctica de la medicina* de Best & Taylor.

Unos momentos después se hallaba inmerso en su lectura, y sus delgados hombros temblaban de agitación.

—Querido —dijo *Mrs.* Tally, con esperanzas de lograr un éxito —, ¿te gustan las chuletas?

—¿Chuletas?

—Chuletas de cerdo. Estás comiéndolas. ¿No son deliciosas?

Tally levantó la vista de sus libros y miró primero a su mujer y después a las costillas. Su rostro tenía un ligero tono verde.

—Querida —dijo apartando el plato con amabilidad, pero resueltamente—, temo que esta noche no pueda disfrutar de la cena. Tengo muchísimo trabajo que hacer, y me gustaría que nadie me molestase.

Inseguro, se puso en pie y, con los libros bajo el brazo, se retiró a su estudio.

La pista era inequívoca, clara y concreta. Durante años, la gente había asentido sumisamente, aceptando sin protestas lo que les decían sobre la cuestión los hombres autorizados, a pesar de que habían visto la pista una docena de veces. Pero la cosa estaba allí, abriéndose camino a través de una docena de libros nunca examinados, nunca relacionados entre sí. Cualquiera con mediana inteligencia podía darse cuenta de ello. No lo había hecho nadie porque no se habían atrevido a buscarlo. ¡Y tanto hablar del método científico!

Miró algo en el libro de *Parasitología* y a continuación buscó algunos capítulos que trataban de fisiología humana. Luego le llegó

el turno a *El origen de las especies*, de Darwin, que fue seguido de un texto sobre embriología y un enorme volumen sobre la cirugía dental. Tres grandes tomos sobre las condiciones psicológicas y las reacciones reflejas le ocuparon casi una hora, antes de que los apartara con un suspiro para leer un capítulo sobre cirugía nasal humana.

Todo estaba allí, todo muy claro, ¡y nadie había pensado en establecer una relación! El doctor Tally tenía el corazón en la garganta y toda su mente inflamada por el poder de lo que vislumbraba, cuando su esposa apareció llevándole un vaso de leche y un bocadillo. Hacía rato que había pasado la medianoche. *Mrs.* Tally descubrió en los ojos de su marido el brillo que no había visto durante diez años, el tiempo que llevaba bajo la tiranía del doctor Hogan.

—Querida, ¿te gustaría hacer un viaje? —dijo el doctor Tally después de mordisquear el bocadillo—. ¿Tomarte unas largas vacaciones, por ejemplo?

—¿Hacer un viaje? —contestó sorprendida *Mrs.* Tally—. ¡Oh, Herman, no hemos ido de vacaciones durante diez años! ¿Y a dónde iríamos?

El rostro del doctor adquirió una expresión abstraída.

—A alguna hermosa isla... Quizás al sur del Pacífico. Quizá podamos ir a Nueva Zelanda o al África Central. Me he enterado de que en África Central necesitan antropólogos.

Mrs. Tally, con los ojos muy abiertos, se echó hacia atrás su gris cabello con sumo cuidado.

—Herman, esta noche no estás bien. ¿Qué te pasa? ¿Te hallas en un apuro?

Puesto en pie, el doctor llenó de aire su delgado pecho.

—¡El apuro mayor en diez años, querida, y el más maravilloso! He descubierto algo que probablemente me hará perder mi trabajo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Algo que... está en contradicción con las teorías del doctor Hogan?

—¡Eso es! Es un golpe para sus teorías... ¡y me echará en el acto! Los directores me harán pasarlo muy mal si no les convengo. Pero yo voy a convencerles por encima de todo. El gran doctor Hogan me ha estado molestando durante años, pero ahora poseo yo

un bastón lo suficientemente grande para molestarle a él.

El despacho del doctor Horace Hogan era el más grande, el más brillantemente iluminado y el mejor equipado de todos los despachos laboratorios del edificio de Zoología. Su primer libro, *La esencia del mono*, le había proporcionado el laboratorio y poder sobre sus subordinados, así como una buena mesa por los pasados cinco años.

Su macizo cuerpo hizo que el sillón giratorio diera media vuelta con objeto de enfrentarse con el doctor Tally. En su grueso rostro había una expresión de fastidio.

—Sí, sí, doctor Tally. ¿Qué pasa? Ya sabe usted que no me gusta que me molesten cuando estoy escribiendo.

—Doctor Hogan, tengo que formularle una pregunta.

El rostro del doctor Tally estaba tenso y en sus ojos había un brillo de determinación. Se preguntaba, de una manera abstracta, qué aspecto ofrecería el doctor Hogan asado y con una manzana en la boca.

—Bien, pues tendrá usted que hablar conmigo más tarde. Ya sabe que *La vuelta a los monos* es lo primero en este despacho. Tengo que hacer algunas correcciones.

—No se preocupe por las correcciones —declaró sucintamente el doctor Tally—. No necesitará usted hacerlas. —Se puso muy tieso, rebosante de orgullo—. Además, quiero que mi pregunta sea contestada aquí... y ahora mismo.

El grueso doctor lanzó una exclamación y volvió a hacer girar su sillón.

—Muy bien —dijo irritado—. Siga.

—¿Cuál es la clasificación biológica completa del hombre?

El rostro del doctor Hogan se puso pálido por efecto de la sorpresa.

—*Chordata, Craniata, Mammalia, Primata, Hominidae, Homo sapiens* —repuso de forma mecánica—. A nuestros estudiantes de medicina se les hace esta pregunta en su primer examen, doctor Tally.

—Sí —respondió suavemente el doctor Tally—. Y supongo que también se les pide que expliquen toda la evolución humana,

remontando sus comienzos a un antepasado que también era antepasado de los monos, ¿no es cierto?

—¡Naturalmente! Éste es sin duda el más precioso y fundamental conocimiento que se les puede suministrar.

Y el grueso doctor Hogan, con el rostro rojo, se estremeció. El doctor Tally sonrió.

—Pero esos estudiantes, al dar la respuesta de usted, pueden estar completamente equivocados.

—¡Doctor Tally! —El doctor Hogan se puso en pie, pero lo pensó mejor y volvió a sentarse, adoptando una postura de indignación, aunque sentado—. Eso que ha dicho usted es una herejía, doctor Tally. ¡Una herejía!

El doctor Tally sacó de su cartera un montón de papeles.

—Escúcheme un momento, doctor Hogan, y corríjame si estoy equivocado. Al trazar la línea de evolución de cualquier especie, buscamos formas generalizadas y no especializadas, ¿no es cierto? Y por esa razón consideramos al hombre desde el punto de vista de la familia biológica *Hominidae* más bien que desde el punto de vista del genus especializado, o sea el *Homo sapiens*.

—Eso es cierto.

—Y cuando queremos encontrar al progenitor del hombre buscamos la forma ancestral con las mismas características especializadas, ¿no es así?

—Naturalmente. Ya lo sabe usted de sobra.

—¿Y está usted enteramente satisfecho de que la cadena evolutiva del hombre arranque de la familia *Tarsius*, ahora representada por ciertos monos y orangutanes?

El doctor Hogan jadeaba por efecto de la agitación.

—Estoy enteramente convencido de ello, doctor Tally, y lo proclamo muy alto por la dignidad del hombre. Ya sabe usted que siempre digo: «la vuelta a los monos». Toda la evidencia apunta...

—¡No toda la evidencia, doctor Hogan! La encontrada en antropología y en paleontología quizá sí. Pero existe otra evidencia, una evidencia moderna e inequívoca. ¡Usted no puede enrollar sus métodos científicos a un solo palo para seguir sus antojos! Existe una evidencia que no apunta hacia la familia de los *Tarsius*, ni siquiera hacia ningún mono. ¡Apunta directa e inequívocamente hacia los *Suidae*!

El doctor Hogan lanzó una exclamación. Sus mandíbulas, que parecían de cerdo, bajaban y subían.

—¡Absurdo! —exclamó—. Naturalmente, puede existir cierto ligero parecido, pero... ¡relacionar a los seres humanos, a los seres humanos, fíjese bien, con los cerdos...!

El doctor Tally sonrió con ironía.

—Claro que hay parecido. La evidencia que usted presenta para lo de los monos es antropológica y paleontológica, pero yo poseo, para lo de los cerdos, una evidencia anatómica, psicológica y embriológica.

El doctor Tally se arrellanó en su silla y continuó:

—Haga caso de la evidencia, doctor Hogan. Recuerdo que durante mis días de Universidad, alguien, durante un curso de embriología, hizo notar que estudiábamos los embriones de cerdos en lugar de estudiar los de seres humanos porque los primeros eran más fáciles de utilizar y esencialmente iguales a los segundos. Yo lo he comprobado ahora. Indudablemente son iguales, doctor Hogan, y en todos sentidos. Sólo en las últimas semanas de gestación se diferencia un embrión de cerdo de un embrión humano. Y después del nacimiento... ¡qué relación anatómica hay entre ambos!

»Los órganos, las vísceras, la distribución interna del cerdo es prácticamente idéntica a la del hombre. El mismo tamaño, colocación, forma y función para los órganos de uno y del otro. Los monos presentan un cuadro anatómico diferente. Tanto los hombres como los cerdos poseen apéndices vermiculares; los monos no. Los incisivos de los hombres tienen una raíz, y dos los premolares que siguen a los caninos, mientras que los monos cuentan con tres raíces en esos mismos dientes. Los cerdos, por el contrario, tienen las raíces de los dientes de la misma manera que el hombre. Y hay más... Los hombres y los cerdos poseen un breve vestigio de cola, o ninguna, mientras que los orangutanes y los monos tienen larga cola. Los hombres y los cerdos tienen la piel sin pelo, en tanto que los monos, incluso los gorilas, lo tienen en abundancia.

El rostro del doctor Hogan estaba adquiriendo un peligroso matiz púrpura y sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas.

—¡Superficialidades! —exclamó, limpiándose la frente con su gruesa mano—. De todas las impertinentes y desatinadas ideas que he oído...

—Pero es que hay otras «superficialidades» —interrumpió el doctor Tally—. Los cerdos y los hombres tienen cartílagos a todo alrededor de sus narices, mientras que los monos tienen narices abiertas. Los cerdos y los hombres tienen ese extraño trozo de tejido inútil, la úvula, en la parte de atrás de sus paladares, mientras que hay muy poca o ninguna úvula en los monos. ¿Son todas esas superficialidades? ¿No reclama la ciencia que se preste atención a las cosas pequeñas?

—¡Absurdo! —repitió el doctor Hogan.

—¡Oh, no he terminado aún! Vamos a profundizar un poco. ¿Qué me dice de los parásitos? ¿Ha oído usted hablar de la triquina? ¿O del *macracanthoynchus* y otros gusanos con la cabeza en forma de gancho? ¿Y qué dice usted de la forma en que esos parásitos atacan? Atacan al hombre y al cerdo, pero nunca al mono. Y ¿qué me dice sobre las comparaciones serológicas, el suero sanguíneo, las células y todo lo demás? El hombre es tan parecido a los cerdos desde el punto de vista serológico como a los monos. ¡Oh, podría seguir durante horas, doctor Hogan! Pero hay algo que pone el colofón a todo. Hemos hablado de paleontología, de anatomía y de fisiología... ¿qué me dice de la psicología?

—Bien... ¿qué hay sobre la psicología? —gritó el doctor Hogan, cuyo cuerpo temblaba.

El doctor Tally sonrió.

—¿Por qué cree usted que ahora se emplean en los experimentos cerdos con preferencia a las ratas, a los perros y a los gatos? Pues porque los cerdos reaccionan de un modo más parecido al del hombre que todos los demás animales. En la escala de la inteligencia, los cerdos están muy por encima de gatos, perros y ratas, e incluso de muchos monos. ¿Y qué otro animal, doctor Hogan, además del hombre, es tan profundamente perezoso, glotón, sucio, egoísta, traidor y belicoso?

El doctor Hogan temblaba ahora de rabia, su redondo y grueso rostro cubierto de pequeñas gotas de sudor.

—Usted... —dijo con un ronco bisbiseo—, ¿usted no se atreverá a publicar eso! ¿Qué le ocurriría a nuestra cultura? ¿Qué pensaría, qué diría la gente? Nunca creería nadie eso, ni lo aceptarían. Tendríamos que refundir todo nuestro proceso intelectual, nuestros valores filosóficos. Eso arrojaría al mundo a un caos, doctor Tally.

Todos los grupos religiosos del país se echarían sobre nosotros.

El doctor Tally sonreía.

—Pero a mí me sería posible hacer que la gente se preguntase si Horace Hogan ha metido la pata con su famosa «vuelta a los monos», ¿no le parece?

El doctor Hogan hizo un esfuerzo para que su voz no temblara demasiado.

—¡Vamos, Herman, sea usted considerado! —dijo—. Hemos sido amigos durante años, hemos trabajado en la misma tarea, podría decirse que hemos sido casi como hermanos...

Se detuvo jadeante, mientras sus ojillos de cerdo observaban con agudeza a Tally. Luego continuó:

—Sé que usted no quiere desacreditarme, a mí, que he hecho tanto por usted, y sé que no desea usted armar ningún jaleo sobre esto. Ahora, si usted está de acuerdo, podemos establecer una asociación entre los dos, y yo veré si puedo proporcionarle un notable aumento de sueldo.

Sonriendo ampliamente, el doctor Tally sacudió la cabeza.

—Tengo algo más urgente que hacer —contestó—. Y ese quehacer es ver adelgazar poco a poco a Horace Hogan... por efecto de las preocupaciones, se entiende. Usted no puede sobornarme, Horace. Ni siquiera hablarme de ello. Voy a colocar la bomba precisamente sobre ese libro de usted.

Esta vez el hombre grueso saltó de su silla. Su rostro tenía un matiz púrpura muy subido.

—¡Traidor! —gritó—. ¡Ingrato! ¡Salga de aquí! ¡Está usted despedido! ¡Salga! ¡Haga lo que le plazca, pero no logrará usted nada! Los jefes no le tomarán en serio y será el hazmerreír del mundo intelectual. Conque cerdos, ¿eh? —Frenéticamente tomó el teléfono—. Ahora mismo voy a llamar a los jefes, y usted quedará en la calle.

El doctor Tally tosió con ironía.

—Doctor Hogan, no tiene usted que llamar a los jefes. A decir verdad, le están esperando ahí fuera. Yo ya les he hablado, ¿sabe? Y se muestran muy... interesados. Sí, puede decirse que están interesadísimos, y yo me he tomado la libertad de prepararles una pequeña visita. Sí, irán al hospital de St. Christopher.

Se trataba de cinco caballeros de edad. Los cinco eran altos, delgados, provistos de estrechas narices de halcón, hombros caídos y agudos ojos azules. Miraban desaprobatoriamente al doctor Horace Hogan mientras subían la escalera de la *nursery* del hospital. El doctor Hogan marchaba delante, jadeando y balbuceando cosas incomprensibles como una vieja cerda arrojada de su pocilga. Su grueso rostro estaba húmedo de sudor y sus manos temblaban al agarrarse a la barandilla. De cuando en cuando se detenía para respirar y para lanzar algunas palabras de protesta:

—¡Cerdos! ¿Imaginan ustedes, caballeros, la temeridad de este hombre?

—Sí, sí, doctor Hogan —le contestaban—. Pero si, como dice, existe alguna razón para creer...

—¡Absurdo! Mi trabajo es completamente científico y en él no hay cabos sueltos. Todas las evidencias importantes...

Uno de los caballeros de edad inclinó hacia el doctor Hogan su larga nariz.

—Pero... un hombre de la categoría de usted y que gusta de emplear métodos científicos, debería estar deseando escuchar una hipótesis.

El doctor Tally fue el primero en llegar al descansillo. Su rostro estaba pálido y tenía en la frente arrugas de preocupación. Se detuvo para indicar a los visitantes los asientos de la antecámara.

—Si hacen el favor de sentarse, caballeros, yo entraré antes para estar seguros de que no molestamos. Podrían estar dedicados al asunto de la alimentación...

Desapareció por una puerta pintada de blanco y a punto estuvo de darse de bruces con el doctor Barret. El interno levantó la vista y asió nerviosamente la manga del doctor Tally.

—¡Mire, doctor, están ahí los jefes! ¡Vienen a investigar! No me diga que fue usted el que les llamó esta mañana. Entonces dijo usted algo oscuro y extraño.

El doctor Tally hizo con la cabeza vigorosos movimientos de afirmación.

—¿Lo ha arreglado usted todo?

El interno, preocupado, miró hacia atrás por encima de su hombro.

—Sí, todo está como usted dijo, pero... jamás logrará lo que

busca.

—¡Pues tengo que lograrlo! He plantado la semilla en fértiles mentes, y ellas verán lo que quieran ver. Y, sobre todo, verán a Horace Hogan...

Dio un nervioso golpecito en el brazo del interno y regresó a la sala de espera.

—Ahora, caballeros —dijo a los que aguardaban—, si tienen la bondad de seguirme...

Lentamente atravesaron la puerta y luego el oscuro corredor, donde se encontraban las ventanas acristaladas que permitían ver el interior de las salas. Así llegaron a la última. Los cinco jefes, junto con el doctor Hogan, se acercaron al cristal y miraron desde allí el interior. En el grupo se hizo de pronto el silencio.

En el interior, una tal *miss* Henderson —que había sido cuidadosamente puesta en antecedentes— caminaba solícitamente de cuna en cuna, arreglando las mantitas de color rosa o azul.

—¡Cómo!

—¡Parece imposible! ¡Si no lo viera con mis propios ojos...!

—Sí, existe un parecido. ¡Inequívoco! ¿Cómo hemos podido no darnos cuenta en todos estos años? Doctor Tally, éste es el más notable...

De pronto, en el corredor se oyó una exclamación de angustia y de desesperación, seguida de un ligero gorgoteo y de un gran golpe. Esta vez era el doctor Hogan el que se había desmayado.

Los viejos caballeros miraron alarmados a su alrededor mientras aparecían varios solícitos internos que se dedicaron a colocar el cuerpo de Hogan en una camilla con objeto de comenzar el trabajo de resucitarle. El doctor Tally condujo de nuevo a los visitantes hacia la brillante luz de la antecámara.

—Muy poca firmeza —murmuró, señalando con el pulgar por encima de su hombro—. No ha podido resistir el que sus ideas fueran refutadas. Pero yo estoy seguro, caballeros, de que ustedes ven que aquí hay algo digno de una cuidadosa investigación.

Los cinco caballeros de edad se miraron el uno al otro, y luego miraron al doctor Tally. De súbito, en sus rostros se abrieron amplias sonrisas de comprensión.

—Sí, doctor Tally. Estamos completamente seguros.

—Lo que no comprendo —dijo el doctor Barret más tarde, mientras el doctor Tally le ayudaba en la tarea de devolver las pesadas canastas, de las que se escapaban gruñidos, a la Sección de Experimentos Agrícolas— es cómo puede usted asociar esto que ha hecho con el «método científico» del que siempre habla. Quizá descendemos del cerdo... Es posible. Pero esto que hemos hecho es una manera muy extraña de probarlo.

—Oh, quizá tenga usted razón. Pero en realidad no lo he hecho para probar nada. Me he tomado la libertad de hacer un ensayo. El doctor Hogan ya no nos molestará más a propósito de ese maldito Libro.

El doctor Tally hizo una pausa y guiñó un ojo al joven interno.

—Aunque temo que mis métodos para convencer hayan sido un insulto a una de las más grandes mentes que han existido jamás... al verdadero padre del método científico.

El doctor Barret, sorprendido, levantó la cabeza.

—Se refiere usted...

El doctor Tally asintió con ademán de disculpa.

—Sí, a Francis Bacon^[2] —murmuró.

FIN

Notas

[1] «Muy importante amenaza» es una traducción aproximada al castellano. (*Nota del rev. digital*). < <

[2] La palabra *bacon* es tocino en inglés. (*Nota del rev. digital*). < <